



# NOSOTROS

---

## SIGNIFICADO PEDAGOGICO DE LA VOCACION

¿Cuál es el significado de la crisis de la pubertad en la solución del problema vocacional? Apenas ella concluye, el joven, hombre ya, fija los sentimientos y tendencias que han de ser las características durables de su conducta; sentimientos y tendencias de un valor dinámico altísimo en el momento de la aparición, lo que hace al joven decidido en sus elecciones, para atenuarse después de los 18 ó 20 años.

El momento vocacional, predestinados o no, se define entre los 14 y 17 años; al ciclo escolar de la crisis, incumbe la misión delicadísima, de la que están eximidos la escuela primaria y el Colegio, de preparar el espíritu para este momento trascendental en que el hombre elige para resolver el problema social y económico de toda su vida. Si la escuela no lo sitúa en un ambiente adecuado, en el que pruebe y ejercite sus inclinaciones, podría equivocarse el rumbo; se tendría, entonces, un disgusto de sí mismo, un desilusionado, sin iniciativa y sin empeños, un vago-bundo de los oficios o de las carreras, un adolorido de su pasado. «La herencia psíquica estalla en el momento de la crisis» (ST. Hall) y se define al comenzar la adolescencia. Las inclinaciones y afectos nuevos se acentúan, por su actividad; ninguna crisis posterior se producirá para quemar, diremos así, esta nueva brotación, reemplazada por otra. De suerte que el genio, el talento, el late-

ralizado, el destinado a culminar bajo un solo aspecto, a desear una sola cosa, se manifiesta en esta época de las nuevas facultades si es favorecido por el ambiente. De lo contrario frustrado, no tendremos de él sino un pesimista, tal vez un bulasténico, porque el ambiente es extraño a su mundo interior o imperativo. En el tipo *indiferente*, estalla la crisis sin inclinaciones, sin tendencias. Las disciplinas educativas y culturales, resultan suplicios. Inútil es empeñarse en averiguar qué trabajo le es grato. Tal vez se pronuncie momentáneamente por algo. Pero lo abandonará luego disgustado. A estos individuos hay que obligarlos a una actividad de educación fácil y rápida. Incorporarlos cuanto antes al ejército de los autómatas, que trabajan por la ley del hábito. El tipo, se caracteriza por el sistema de imágenes vivas y predominantes en sus centros perceptivos y motrices. Ahora bien, *l'imagerie* estalla no bien estalla la crisis y se organiza con una asombrosa rapidez, de suerte que a los 15 años los grandes aspectos y los grandes caminos están trazados, no siendo, en lo sucesivo sino perfeccionamiento, nunca cambio; la imaginación creadora que es lo característico de la vocación, superior será, al través de la edad adulta la que se pronuncie a los 14 o 15 años, sin disciplina, sin cultura, tal vez, pero decidida, tenaz.

Es común oír a los jóvenes de 12 a 17 años, en 5.º y 6.º grado, 1.º, 2.º y 3.º del Colegio: «A mí no me da para las matemáticas». «A mí me gusta la Historia o el Dibujo». «¡Cuánto me fastidia la Química!» Son manifestaciones innegables de tendencias y de aclimatación a estudios que el alumno no abandonará ya; la observación así lo comprueba; al través de los años de la escuela normal, del Colegio y aun de las actividades post-escolares las aficiones no cambian; al que desde los primeros años fué buen algebrista, lo hemos encontrado diez o quince años más tarde en la cátedra de matemática; no así al rebelde, que encontramos enseñando Castellano o Historia.

El adolescente necesita en este segundo comienzo de la vida, en que las tendencias se pronuncian tumultuosamente y libran ardorosos combates en el campo de la indecisión para hundirse unas para siempre en lo inconsciente; para continuar las otras imperativas en la conciencia, un ambiente variado, amplísimo, sin limitaciones en donde todo pueda conocerse, todo pueda probarse para que la tendencia se manifieste y encuentre un cauce. Una prueba de tres años, antes de los 16 ó 17, parece su-

ficiente, bajo la dirección de hábiles profesores, para dar con un rumbo, después de palpar todas las resistencias en la relación entre sus actividades y las cosas del mundo que al hombre civilizan. Es en razón de ese período de extraordinaria viveza de imágenes que al partir de los 13 años, la belleza suscita emociones de un carácter antes desconocido y que todo espíritu nacido para el arte (poeta, escultor, músico, pintor) surja en esta crisis en que la imaginación vuela tanto, sin que la Historia pueda darnos sino excepcionalmente, ejemplos de individuos que no se hayan pronunciado, fuera ya de la vacilación, a esta edad. Lancaster afirma que la vocación artística nace a los 10 años, se eleva a los 12 y decrece a los 15 en los no definidos (op. cit. pág. 101). Los artistas han sido siempre precoces, los músicos más que los escultores. Según Ribet (*L'imagination créatrice*, pág. 120), «en las artes plásticas, la vocación y la aptitud de crear se manifiestan hacia los 14 años». Mozart, Weber, Schubert, Cherubini, Giotto, Rafael, Miguel Angel, Durero, Bernini, Rubens y mil otros, son los ejemplos acabados de esta tesis. Ningún educacionista ignora, por otra parte, que la inclinación a tal o cual manualidad artística — la facilidad y el deseo — se pronuncian al comenzar la adolescencia. De ahí que padres y maestros, si no son indiferentes a estas manifestaciones, dirigen a conservatorios o talleres a sus hijos o sus alumnos cuando expresan su deseo. En el fondo de toda actividad artística, no se olvide, hay una disciplina muscular, está el taller. Por cierto, una vocación artística no explotará si el medio no la favorece, porque toda afectividad está precedida por el conocimiento o percepción de las cosas. Del huevo nunca nacerá la vida sin el calor del ala. «La vocación poética se manifiesta en la adolescencia; nunca antes, rara vez después; infinidad de nombres podrían citarse en apoyo de esta afirmación: Shelley, Byron, Goethe, Schiller, Leopardi, Musset, Hugo, Darío. Los primeros ensayos son, tal vez, humorísticos o bufonescos, para ser, luego, pesimistas y melancólicos.» (H. L. Brittain, *A study in img.* Ped. Sem. XIV p. 169).

Un educacionista y escritor suizo, del College de la Universidad de Ginebra, AUG. LEMAITRE, dice, en el capítulo «La pensée de l'adolescence»: El utilitarismo egocéntrico que se advierte en grado máximo en el adolescente, es el más poderoso motor de una sana actividad. He aquí algunas cifras acerca del ideal soñado por jóvenes de 14 a 15 años, acerca de la elección de una

carrera. El 38 %, quisieran ser ingenieros o arquitectos; el 14 %, profesores; el 13 %, comerciantes; el 5 %, militares; el 5 %, médicos; el 5 %, agricultores; el 3 %, misioneros; el 2 %, exploradores; el 1 %, veterinarios; el 1 %, abogados; en la misma proporción historiadores, entomólogos, aduaneros, empleados. Lo que sorprende en esta estadística, dice Lemaitre, es la atracción que para el adolescente tienen las *ciencias técnicas*, que él juzga según lo que de ellas ha visto en: máquinas, motores, talleres, etc. (*La vie mental de L'Adolescence*, cap. I; 1910).

«El problema de la vocación, dice Mendousse, se complica en el sentido de que los tipos mentales son tan numerosos que la mayor parte no encuentra la ocasión para declararse a causa de la rígida uniformidad de los métodos utilizados en educación; oponiendo los espíritus científicos a los literarios, se cree haber agotado los recursos de la electividad» (op. cit. p. 168). Toda vocación es en sí, una gran carga afectiva; como se ha podido ver en el curso de este trabajo, ningún período ofrece una manifestación más intensa de la afectividad (las ideas se prolongan en forma de sentimientos) y, por tanto, de estados de conciencia de los que aquéllas son la fuerza. Luego, evidentemente, también es la adolescencia el período de la decisión y de una manera indiscutible la en que se fija el sentimiento de la conducta, y de los hábitos que han de servir de timón y remo al individuo durante toda su vida.

Dijo Sarmiento, en su autobiografía: «Llévome de la escuela a su lado, enseñóme el latín, acompañéle en su destierro en San Luis, y tanto nos amábamos maestro y discípulo, tantos coloquios tuvimos, él hablando y escuchándole yo con ahinco, que a hacer de ellos uno solo, reputo que haría un discurso que necesitaría dos años para ser pronunciado. Mi inteligencia se aminoró bajo la impresión de la suya y a él debo los instintos por la vida pública, mi amor a la libertad y a la patria, y mi consagración al estudio de las cosas de mi país, de que nunca pudieran distraerme ni la pobreza, ni el destierro, ni la ausencia de largos años. Salí de sus manos con la razón formada a los quince años, valentón como él, insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco y vanidoso, honrado como un ángel, con nociones sobre muchas cosas, y recargado de hechos, de recuerdos y de historias de lo pasado y de lo entonces presente, que me han habilitado después para tomar con facilidad el hilo y el espíritu de los aconteci-

mientos, apasionarme por lo bueno, hablar y escribir duro y recio, sin que la prensa periódica me hallase desprovisto de fondos para el despilfarro de ideas y pensamientos que reclama. Salvo la vivacidad turbulenta de su juventud, que yo fui siempre taimado y pacato, su alma entera trasmigró a la mía, y en San Juan mi familia, al verme abandonar a raptos de entusiasmo, decía: ahí está don José Oro hablando; pues hasta sus modales y las inflexiones de su voz alta y sonora se me habían pegado.» (Sarmiento, t. III, p. 69).

El estudio que hemos hecho, nos permite llegar a estas conclusiones: 1.º Que en el hombre existen dos períodos vocacionales diferentes: uno correspondiente a la niñez (antes de los 11 ó 12 años); otro a la adolescencia, definido por la crisis de la pubertad. 2.º Que la vocación es un fenómeno psico-moral determinado por valores hereditarios, a veces encontrados, en cuyo caso pierde los grados intelectuales de adquisición más reciente para detenerse en formas inferiores.

3.º Que la vocación adulta, se define no bien la crisis de la pubertad estalla; pero no es una característica propia de todos los individuos. En unos no existe, en otros es inestable, en otros es precisa y lateral, en otros es poliédrica, según la palabra especial de Lombroso.

4.º Que del punto de vista pedagógico la capacidad vocacional del alumno, puede definirse de los 12 a los 15 años. Los inestables o los indiferentes, incapaces de decisión pueden ser arrastrados u obligados por una voluntad extraña (la de los parientes) al ejercicio de una actividad especial, sin que ello pueda darnos sino frutos mediocres o negativos, con la creencia fatalista de que los triunfos se deben a la suerte; tal es el parecer vulgarizado ya no en la gente inculta sino en la juventud que se educa.

Estas conclusiones traen consigo otras de orden pedagógico, advertido ya, lo prematuro que sería descubrir los facies de hijo en las herencias paterna y ancestral que podrían resumirse en ejecutivas como éstas: 1.º Observar las manifestaciones del alumno al comenzar la adolescencia y clasificar sus afectividades; 2.º Ofrecer el mayor número de oportunidades posibles para que sus tendencias se manifiesten sin contrariar su voluntad; 3.º Protejer la inclinación que nazca del juego libre de sus actividades; 4.º Considerar a sus elecciones como un programa de educación y cultura.

El estudio formal de una asignatura exige una disciplina para observar y para pensar; pero estas dos operaciones se subordinan a la capacidad para atender, para retener y para razonar que sufren la crisis de la pubertad en tal forma que a los 15 ó 16 años, nos ofrece facultades renovadas y por tanto, aptas para esfuerzos de otra índole. Es evidente, así, que no podemos hacer, de ellas, el mismo uso, a los 9, a los 13 y a los 17 años. Pero pueden prepararse en el sentido de la duración e intensidad, aplicadas a un solo objeto, consagradas a actividades fáciles que favorezcan el reposo mental que parece exigir el cerebro, mediante una ejercitación que no pierda su carácter primario pero que preste todo su apoyo al desarrollo físico, que puede resolverse en disciplinas útiles como el trabajo manual, desde que todas las investigaciones constatan una extraordinaria eclosión orgánica particularmente muscular y un receso del espíritu. Todo parece indicar un período para el aprendizaje de las industrias menores al aire libre, que constituyen por otra parte, la primer forma de protección de la especie por el hombre, históricamente considerada.

Otra causa no menos profunda contribuye a estas desigualdades que reclaman con voz imperiosa la lateralización por una parte, por otra, la exclusión de las aulas de los que no deben estudiar. No todos poseen espíritu matemático; resultarían inútiles los empeños que pusiéramos en hacer ingenieros a ciertos jóvenes como lo pretenden algunos padres; o poetas, o médicos, o escultores a quienes carecen de éso, que es, por fin, la inclinación. El ejemplo más categórico de la incapacidad nos lo ofrece el conservatorio en cuyo primer año se inscriben treinta candidatos a violinistas. Después de seis años, a pesar del mismo profesor, las mismas horas, los mismos ejercicios, tendremos dos solistas eximios, la plata labrada del curso; diez o doce ejecutantes; siete u ocho mediocridades que la tenacidad empuja, sin que el oído ni la mano dejen de ser rebeldes a las disciplinas musicales; nueve o diez negados hasta el punto de no afinar sus instrumentos ni sostener el ritmo de un compás simple. Como si con el estudio desaprendieran. Este fenómeno de reversibilidad es común a todos los estudios; típicamente, señala a los que no deben aprender materias para las que carecen de aptitudes, pues, en los grupos escolares, son los obstáculos que el curso encuentra para el avance, cuando el profesor no los abandona y conspiran

contra la economía del tiempo y el interés de las clases. Lo mandáis a la pizarra con otros seis; lo encargáis de una ecuación; a los quince minutos, interrogáis; en cinco, cuatro de sus compañeros, explicaron satisfactoriamente sus trabajos, sostuvieron la atención del curso y los clasificasteis. Pero él olvidó el enunciado y necesita leerlo; no reconoce el coeficiente fraccionario de un término; ha hecho mal la resta de dos quebrados; pedís la regla aritmética y, después de balbucear varios minutos, empeñados en extraérsela, lo declaráis ignorante de un conocimiento, sobre el cual mil veces llamasteis su atención; al pasar un término olvidó cambiar el signo... su memoria, su lógica y su lenguaje resultan afligentes. Vuestras explicaciones, innecesarias para el curso, os tomaron 25 minutos; el curso contrariado, cae en el fastidio y acabáis con vuestro plan deshecho porque la distribución del tiempo os falla. ¿Pero, conseguisteis siquiera iluminar a vuestro alumno? No. La escena se repetirá cien veces si cien veces cometéis la imprudencia de llamarlo a recitar. ¿Por qué, pues, obligar a esos jóvenes que estudien ciencias para las que no tienen capacidad? ¿Por qué esa ciencia ha de ser indispensable para Zoología o Historia? De ahí el fraude. Ese inepto pondrá en juego su astucia para conseguir de cualquiera manera la promoción a fin de realizar sus aspiraciones tal vez literarias. Nada, pues, tan desigual como las aptitudes, aun supuestos individuos de la misma edad, del mismo ambiente, y de la misma raza. La herencia paterna, la higiene, las enfermedades, la nutrición, los vicios las modifican profundamente y, sin que tengamos enfermos, tenemos enfermedades que dejan a los unos en el umbral del saber, mientras los otros vuelan a la cima. La psicología morbosa ha hecho estudios prolijos, sobre cada aptitud; pudo, así, establecer actividades específicas para cada una y los grandes hiatos que desconciertan a la mente cuando trabaja. Las perturbaciones de la sensibilidad; las obtusidades de los sentidos, las dismnasias, las disprosesias, las disfancias, las cecidades, las asimbolias, las dislogias, las disfasias, los desarreglos del lenguaje articulado, los tipos de retención de comprensión, son fenómenos que modifican la marcha de un proceso psíquico, debilitándolo en un sentido, reforzándolo en otro, que arrojan fatalmente una variedad de inteligencias que el colegio, contra todo lógico dictado, se empeña en someter a las mismas disciplinas: la misma aula para todos; el mismo plan, las mismas materias, los mismos pro

gramas, los mismos profesores. Por último, otro inconveniente grave con que tropieza la formación de una capacidad, es la multiplicidad de materias. Primero, porque el tiempo de consagración a un mismo género de conocimientos, disminuye; luego, porque no es posible organizar estados de conciencia intensos y duraderos sobre un conjunto de ideas, a causa de que el proceso mental cambia continuamente de estímulo y por tanto debe, por los nuevos componentes, recomenzar la marcha con todas las demoras que trae consigo el primer tiempo de adaptación.

Si el estado de debilidad de la atención del niño producido por la crisis, así lo constatan las estadísticas, lo reagravamos, obligándole a renovar los motivos cinco o seis veces al día de nueve o diez asignaturas, tendremos explicado esa indesarraigable antipatía por el estudio que es la preocupación del maestro honrado. El aula se ha parecido siempre a un cinematógrafo; pero éste distrae mientras que aquélla mortifica. La atención está íntimamente ligada a la afectividad y al interés sobre un motivo nuevo. Lo nuevo exige al espíritu una preparación larga para organizar en los centros, una conciencia. La afectividad se produce mediante la comprensión de lo nuevo y la preocupación de lo nuevo, lo que no se obtiene sino merced a un esfuerzo dirigido sobre lo mismo, de una manera continua, sin otras interrupciones que las del reposo que exige la fatiga. De esta suerte, el espíritu comienza por *vivir un ambiente*, un ambiente mental; cuando estímulos, sensaciones, recuerdos, razonamientos, ideas, actos no son sino elementos de ese ambiente la conciencia así reforzada, actualizada todos los momentos, adquiere esa intensidad que constituye precisamente el dominio del conocimiento, la memoria, la facilidad de entrar en el juego de su mecanismo, el interés, el espíritu de la asignatura. Pero este dominio se obtiene consagrando el espíritu a un solo campo. Cuando el cerebro debe organizar varios estados de conciencia, entonces el proceso deja de ser continuo y la substitución importa una extraterritorialidad de actividades; excluir de nuestras preocupaciones, absolutamente los elementos del estado de conciencia que estábamos formando y recomenzar la tarea de una organización con el esfuerzo consiguiente que requiere el comienzo. Pero el estado B es una relegación del A. Cuando volvemos al A se reproduce el mecanismo de la substitución y un extraordinario gasto de energía preparatoria para que la conciencia reviva su ambiente y readquiera

los valores que tenía cuando fué substituída por B. Ahora bien, si este juego es frecuente, claro está que las organizaciones resultarán inconsistentes, disgregables a la menor presión que sufran. Y se comprende cómo la atención, distribuída en varios campos, pierda su poder fijador y el interés, de ella derivado, se diluya en mil partecillas sobre mil solicitudes diversas. En verdad, esto, psicológicamente mirado, es la distracción. Varios años de ejercicio de esta naturaleza incapacitan, en razón del hábito, a la atención para detenerse sobre un problema y profundizarlo. Esta es una de las razones más graves que tenemos para combatir los planes y los horarios de los colegios, cuando se pretende con ellos una cultura científica y la formación de un espíritu. Es, sin embargo, uno de los fines indudables del colegio, formar la aptitud para atender, que es concentrar la atención sobre un punto, el mayor tiempo posible. De ahí que hayamos calificado al cinematógrafo, de la manera en que se le usa, utilizando la natural tendencia del espíritu a no trabajar, de aparato para cultivar la distracción; ocurre algo semejante con la escuela.

Si alguno de mis lectores ha escrito un libro, comprenderá el significado de vivir el ambiente del libro. Cuando por una circunstancia cualquiera, por una conferencia, os visteis obligado a interrumpir el trabajo, sabéis cuánto os ha costado retomar el hilo y volver a la tarea.

Necesitamos de nuestro país, pequeño pero lleno de savia, formar una nación grande. Lo conseguiremos cuando conduzcamos a las alturas una juventud inteligente tenaz para el trabajo, apasionada por el saber, convencida de la obra que puede realizar el estudio serio y la voluntad. El tipo que, incapaz de comprender esta marcha y con el disfraz de la mentira pretende las alturas, debe sin piedad ser excluído del colegio, porque, corrompiéndolo todo, será el mayor tropiezo que los elementos sanos encontrarán para desenvolver una acción eficaz y vigorosa. Por eso la inspección general, en el reglamento de promociones de 1916, dispuso que dejaría el colegio todo alumno que, durante tres meses consecutivos resultara aplazado en dos materias o en una, durante dos años. Sólo una selección sin condescendencias, estímulo de los mejores, podrá darnos esa mentalidad, robusta de los países llamados a no ser esclavos y a realizar empresas superiores sobre la tierra. Los latino-americanos estarían enfermos no de inacción sino de distracción, acostumbrados a esos éxitos fáciles que no

son sino accidentales en la vida de los pueblos, mientras dura el vacío de las zonas geográficas que ocupan. De esta suerte, esa errabundez propia de los clanes primitivos, es notoria en las clases pudientes, perennemente en viaje, sin lugar fijo ni preocupadas en dar útil empleo a sus rentas, es notoria en la juventud de las clases artesanas en esa tendencia a trabajar siempre menos y a vagabundear. Esta doble fuga del capital y del trabajo trae, inevitablemente, la conquista pacífica del extranjero que en razón de su mayor constancia y preparación, absorbe el comercio, la industria, el capital, la cátedra, todo lo que, signo de superioridad, exige grande atención y grandes actividades. La nacionalidad hoy, es un problema psicológico. Es inútil nuestro patriotismo; si renunciáramos a ser superiores por nuestro saber, nuestra cultura y sobre todo por nuestra voluntad de hacer. Vencidos por nuestras propias necesidades, creadas por una civilización a la que no podemos renunciar, seremos conquistados silenciosamente, renovados, substituídos, sin advertirlo, porque en el siglo XX, los pueblos no se desplazan violentamente como en la época de Darío; las familias pierden sus propiedades, sus fortunas, sus influencias, su prestigio, sus apellidos en quince, treinta, cincuenta años, absorbidos por una conquista de penetración lenta, vigorosa y hasta seductora, cuando son incapaces de reaccionar a la mollicie, a la mentira y al ocio. En todos los pueblos existe una masa de elementos inferiores que adolece de los males apuntados. Pero ningún camino se les abre para elevarse y contaminar los impulsos sanos de los capaces cuyo 5 % basta para que una nación ocupe el lugar avanzado de los que dictan sus destinos al mundo. Es una misión santa del colegio y de la universidad — sino conspirarían contra la patria — preparar esta clase superior de inteligencias y caracteres, elegida no por su abolengo o fortuna, sino por su aplicación, su tenacidad, su genio y sus virtudes. Mientras esto no suceda, una canalla ignorante y ensoberbecida, con sus títulos de doctor y sus actitudes heroicas por escudo, entregará el país a otra raza que no traerá armas de fuego para tomarnos ni cadenas para aherrojarnos. ¡Vivamos nuestra sangre!

VÍCTOR MERCANTE.

## TRIPTYQUE

*Pour Thérèse Wilms Montt.*

### **La Mystérieuse.**

Es-tu donc la Sorcière ou bien l'Enchanteresse ?  
J'ignore si je t'aime et suis pourtant jaloux !  
Mon cœur est comme un cerf harcelé par les loups,  
Qui tremble et veut s'enfuir et brâme sa détresse !

Ce cœur est jeune encore, idéale Maîtresse,  
Quand je baise tes mains et tombe à tes genoux !  
Mais les ans vont bientôt sur tous mes rêves fous  
Laisser choir à jamais leur neige de tristesse...

Mortelle Inquiétude : un ciel va-t-il s'ouvrir ?...  
Car mes yeux éblouis par tes nobles désastres,  
Même clos, garderont l'âme du Souvenir !

Et je retrouverai mes bonheurs disparus,  
Les Songes de Beauté pour un jour apparus,  
Par tes bras enlacé dans la Gloire des Astres.

Juin 1917.

### **L'Absence.**

Voici bientôt huit jours qu'une tristesse immense,  
Immense de douceur et de rage et d'orgueil,  
Navigue dans mon cœur comme un morne cerqueuil  
Sur l'Océan banni de toute l'Espérance.

J'ai beau lutter encor si j'aime ma souffrance  
Comme aime la rosée un cimetière en deuil.  
Mais sur moi l'Astre pur toujours darde son œil  
Et me dit : — Chéris fort son immortelle essence !

Même lointaine au cieux, sa lumière est en toi,  
Mais ELLE est sur la terre et souffre ton martyre  
Comme un archet vibrant suscite le délire.

Mon âme est palpitante et mon cœur en émoi :  
Astre pur, redis-moi qu'ELLE n'est point absente  
Car son fier souvenir me bénit et me hante ! . . .

5 Août 1917.

#### La vision disparue.

C'est fini maintenant ! . . . Car son « Adios » brutal,  
Son regard plus cruel qu'acier de boucherie,  
M'ont fait voir tout à nu son cœur sentimental . . .  
Moi qui pensais pleurer, il faut bien que je rie !

Ô Chevalier Poète, en l'Azur tu planais !  
Ton esprit, fécondé par le plus pur des songes,  
Redevenait croyant et tu l'illuminais  
Aux sublimes rayons d'un Astre sans mensonges !

Sans nulle Inquiétude, ainsi qu'un fier Croisé,  
Tu rêverais son nom comme un Saint Oriflamme :  
Richard-Cœur-de-Lion était apprivoisé  
Et se mourait d'amour aux doux pieds de sa Dame . . .

Sa voix était pour toi l'âme du violon  
Et sa grâce en ton ciel allumait des étoiles !  
Déployant l'Idéal au fond de l'horizon,  
Sur l'Océan ta nef cinglait à pleines voiles !

Telle mystique fleur, ornement du jardin,  
Tu la voyais en rêve et respirais son baume  
Sentant bouillir en toi le sang d'un Paladin,  
Tu conquérais pour ELLE un sidéral Royaume !

Tout ton être ingénu et hanté de pitié  
La croyait Sororale et Muse Inspiratrice.  
Tes chastes baise-mains d'amoureuse Amitié  
Évoquaient les temps purs de Laure et Béatrice...

\*

Cher Autrefois, heureux Jadis, gentil Naguère!...  
Maintenant c'est la Haine et l'atroce Ranceur!...  
Tout en pleurant, je ris comme on tremble à la guerre  
Et j' étouffe en chantant les sanglots de mon cœur!

CARLOS DE SOUSSENS.

Novembre 1917.

---

## LA PALABRA (1)

Para mí, que llevo entre los más sutiles y puros recuerdos el de mi asombro al penetrar en la vida, la palabra es luz. Sin sus matices orientadores, ¿cuál sería mi senda? La vida era para mí un camino que yo empezaba a seguir pavorido por el misterio de su belleza. ¿Qué podía guiarme? ¿Cómo saber el significado de esta pinta de color, de aquel aspecto de la lejanía? Indeciso, pero impulsado por no sé qué ansiedad medrosa, continué mi andar. A veces, al advertir la línea de una enredadera que subía por un árbol, o el brío de alguna ola que repechaba la ribera, mi pavor se convertía en ensueño. ¿Por qué? ¿Era un principio de sentimiento religioso lo que se removía en mí, frente a la pureza de la línea y al denuedo de la ola? ¿Qué me unía a la idealidad con que ellas ofrendaban lo más puro de sus fibras y de sus rumores, al cielo azuloso y vago? ¡Alegría de la sensibilidad en flor! ¿Qué podría reanimarla? ¿Qué volver a impregnarme de su frescura? Seducido por el encanto del temor que me disolvía en ensueño, detenía mi paso, y como un viajero que descansa, permanecía a la vera del camino, deslumbrado o absorto. ¿Cómo seguir? Nada me indicaba la senda, nada el término de mi andar, nada el nombre de lo que veía florecer o agostarse; todo era indefinido, misterioso, anónimo. Mas una vez, en el instante mismo de lucir en el cielo una chispa vívida y ardiente, — ¿de dónde vino la voz? — me dijeron: ¡es una estrella! Otra, al inquirir con la mirada en la revuelta masa de unos árboles crepusculares, me estremecí bajo un rumor: ¡es la selva! Y otra vez aun, al divisar la inmensidad de unas aguas azules y undosas, — ¿qué labios removieron el viento? — me arrebataron en un grito: ¡el mar!, ¡el mar!

\*

(1) Prólogo del libro próximo a publicarse: «Los Líricos y los Epicos»

Las palabras me iniciaron en la vida. Atento a su venir, las sentía, aunque fueran sutiles, con deleite infinito. Su luz tenía el encanto de lo desconocido; parecían llegar del punto ilusorio en que duerme la substancia de los sueños por abrir. Indecisas y leves, algunas se definían apenas; mas a pesar de su inseguridad expresiva nunca dejaron de revelarme, con su matiz psíquico, su alegría, su dolor o su esperanza. Llegaban con distintas apariencias. Junto a la indefinida y pálida, se adelantaba la que parecía estar presta para florecer en azul o deshojarse en rosa. Y apto ya para percibir las, yo las esperaba seguro de penetrarme de su significado. Y me penetré. Al seguir un día, con la mirada, la línea de una rama mecida por el viento, me sentí tan influido por las palabras que definieron en mi espíritu el dibujo de las fibras y la degradación de los verdes, que estuve por volverme para ver si lo por mí admirado estaba a mi espalda, pues frente a su belleza era yo algo transparente en que todo se reflejaba como los árboles en el agua. El dominio de las voces evocativas fué, sobre mí, absoluto. A la proximidad de una esclarecida de candor, de esas que se ve en el alma de la naturaleza inocente, — la creadora de lo blanco, — yo palidecía como si en el confín de mi espíritu despuntase una claridad de alba; y al acercarse de una saturada de grises verpertinos, de esas en que asoma el alma de la naturaleza maligna por lo medrosa, — la creadora de lo sombrío, — me entristecía como si dentro de mí se ensombreciera un cielo.

Junto con saturarme de su luz, las voces me envolvieron en sus sonos. Desde la más indecisa a la más denodada, todas llegaron definidas por un matiz canoro. ¿Cómo decir la timidez con que alguna se insinuó hasta mi conciencia, y allí, pálida y medrosa, musitó su alegría o su ansiedad? Recogido en mí mismo, me dí a distinguir su vida, y hallé, en más de una, el acento de las hablas primeras, fluído y claro como el de las aguas de la ocarina, o enronquecido y turbio como el clamor de los caracoles marinos. Inmóvil y mudo, las dejé divagar por mí, seguro de que su belleza implorativa o amedrentadora no se acrecentaría porque mis labios las diesen al viento. ¿A qué decirlas? ¿A qué exponerlas a las incidencias de la expresión? Me reduje a ser su ambiente, el aire abstracto en que se disolvieran sus certezas, sus dudas... Sentado a la orilla del camino, mis ojos de niño se hundían en las apariencias evocadas por esas voces. ¿Cuándo

llegaría al fondo de su hermosura? En el silencio de mi espíritu, ellas eran luz, acento y emoción. Cada una extendía una perspectiva o una imagen húmeda de claridad, y así, de asombro en asombro, la visión de las cosas fué siendo, para mí, tan bella que, a veces, me detenía ante su profundidad de selva y, absorto de admiración, me entregaba a sus rumores y al aroma de su flora vocal, esa en que las palabras se convierten, si son leves como un suspiro, en capullos, y en insurrección de pétalos y estambres si son un grito de placer o de victoria.

\*

Seguro ya de mí mismo, seguí mi senda. Dilaté, por sobre la maraña de las líneas y las luces, un espíritu. Y como desde su principio cada palabra trae un fin, un rumbo, — el de la chispa sensitiva, la idea o la emoción que la creó, — las que venían a mí me dieron el suyo, a veces vago, pero siempre dirigido hacia no sé qué de puro y gozoso. ¿Qué partícula de fuego divino pudo encenderlas en esa ansiedad? Atento a ella, advertí la sutil que impele las voces tímidas y vagas, las que buscan lo diseñado por el perfil que duda y la penumbra que teme; todo lo que es, más que naturaleza, alma; y advertí la vehemente de las que lucen la energía originaria de su carácter, las que son un gesto sonoro, el ¡ay! de los deseos vencidos, el ¡ah! de los deseos victoriosos. Entré al despliegue de sus idealidades. ¿Qué bellezas no vería en ellas yo que las admiraba en la virginidad de su colorido moral, su sentimiento? Me impregné de sus más diversos significados. Sí, aun me seduce el recuerdo de los instantes en que divagué penetrado por el alma de algunas voces: por la serena y vasta de la palabra azul — ¿infinito?, ¿cielo? — que me llevó, una vez, como de la mano, por entre los riscos de un despeñadero; y la melancólica y fría de la palabra gris — ¿niebla?, ¿ceniza? — que una tarde me ámedrentó con la visión de la pálida muerte de mis sueños. Al divolverme en el matiz, sonido y significado de las voces, la naturaleza se convirtió, para mí, en una selva de palabras.

Mas, a poco, empecé a meditar, a fijarme en qué difería y en qué no de lo que admiraba. ¿Cómo describir mis sorpresas? ¿Cómo revivir la delicia de las veces que, frente a una brizna o a un tono del aire me detuvo el espanto lúcido de saber que mi

vida no era la suya, puesto que en su aspecto, en su alma, no estaba ni mi alegría, ni mi aspirar? Las palabras me ayudaron a descubrirme, oponiendo, a mi sentir y pensar, la visión de las cosas inertes. Principié, pues, a distinguir lo que hasta ese instante había vivido enlazado a mí, a separar el ensueño de la lejanía; fuí un espíritu; una entidad moral. Enardecido por el hazgo de mí mismo, quise internarme otra vez en la selva por donde fuí, de niño, como un reflejo o una sombra, en la selva de las apariencias. Y me interné. Al discurrir por su silencio, busqué los puntos que pudiesen esclarecerme, los que tuvieran algo de lo que era en mí único y hacia los que sintiera el deseo de correr gritando, como después de una dicha, al ver una rama de laurel: — ¡Eso es mío! ¡Eso es mío! Quise verme en el confín, en la luz, en las cosas; inquirirme en sus aspectos insinuativos, adivinarme en los anunciadores. Al avanzar, mis labios temblaban indecisos; y eran balbuceos de duda si el perfil de lo que admiraba discurría lento y enervador como una de mis caricias, y eran exclamaciones de alegría si, llevado por el capricho de la senda, me detenía frente a este o aquel punto revelador de lo que en mí divagaba con obscuridades de misterio; y eran gritos de asombro si las cosas, en vez de revelarme algo de mí mismo, me sugerían un recuerdo de la leyenda o de la historia; si la espuma de la ribera suspiraba como Andrómeda junto a la roca; si la luz se apagaba en la cumbre de algún monte con la agonía purpúrea de los labios de Jesús; o si la luna discurría por la profundidad de una selva, pálida y medrosa como la duda por la conciencia de Hamlet.

Pero no siempre dije mi sentir. Más de una vez, al dirigirme hacia el confín, tuve que enmudecer, ya fuese que lo admirado por mí suscitara en mi espíritu el intento de una blasfemia que estrangulé como a sierpe a fin de que sus dientes no dilaceraran la pureza de lo que un tiempo creí sagrado, ya fuese que, unido a lo que sube con lineamiento de aspiración mística, murmurase un comienzo de plegaria que dí al olvido por no tener a qué divinidad ofrecer el candor de su frescura. ¡Silencios deliciosos! ¿Cómo volver a vivirlos? ¿por qué medio tornar a los minutos en que yo no decía ni mi esperanza, temeroso de que al expresar su belleza pudiera ser desnaturalizada por la luz, el viento o la sombra? Indefinido, pero brioso, aquí llevo aún, en los labios, el recuerdo de la tarde en que, frente a la pavorosidad de lejanía ignea, llegó a mí, una a una, la multitud de las palabras ardientes,

las que traen cuanto hay de febril y de devorador en el amarillo de las flores, en la púrpura lingual de los animales, en las brasas ilusorias de las ideas, — y que no dije, sino que, pertinaz, las dejé arder hasta que, consumidas por su propio fuego, pude desparramar sus cenizas en el soplo de heroicidad que me encendía la frente y me arremolinaba los cabellos. Y desvanecido sí, pero medroso, aun llevo allá en lo íntimo, el recuerdo del escalofrío con que, al errar lentamente bajo la luz de un cielo que moría, y cerca de floridas y frondosas adelfas, sentí deslizarse una a una, hasta invadir el fondo de mi ser, todas las palabras oscuras, las que aportan cuanto hay de lóbrego en la naturaleza y el espíritu, — el miedo, la penumbra, el mal, — y que no dije, y que no grité, sino que, denodado, las dejé enlazarse alucinadoramente hasta que su negrura, tiñéndome de pavor, me confundió con la sombra de los follajes nocturnos.

\*

¿Cuántos años viví así, en la busca de mí mismo? Sin nada que no fuese una ansiedad pura, iba yo por entre los matices y reflejos de la vida en una especie de ensueño. La línea de la senda era melodía; los efluvios del valle, aromas; el viento, caricia. Pero un día, después de un instante de recogimiento, acaso de fatiga de mi sensibilidad, advertí que las translucideces de la tierra, a mí descubiertas por las voces, perdían poco a poco su hermosura. Parecía que una dolorida y secreta combustión las iba velando de polvo gris. Sus pintas, sus tonos lúcidos, sus manchas, caían en una insenescencia vaporosa. Mi pupila, animada por el recuerdo, les daba frescura, pero en vano; el hechizo moría. Una a una evoqué, entonces, las voces que extendieron delante de mis ojos la perspectiva de mi primera mañana; mas las voces no eran ya sonidos y matices: se habían transformado en ideas; eran valores abstractos. Ya no ponían frente a mí lo que pusieron ante mi paso de niño, ni me decían los misterios de la selva, ni llegaban vívidas como chispas o vagas y claras como niebla con luna. Habían perdido su luz. Moría, pues, mi idealizada visión de las cosas. ¿Cómo impedir que se descolorara la lejanía, que se ensombrecieran las formas? No lo sabía. Solo y perdido en lo inseguro, me dí a discurrir, y de imposible en imposible, lejos de las ideas y del brío avivado por mi primer anhelo; libre de todas mis im-

presiones infantiles, y de la alegría suscitada por mi primera esperanza, me absorbí en la melancolía de quien se siente herido de ansiedad divina... La vida, que empecé amedrentado por las cosas anónimas, iba a continuar, para mí, en el hastío de las visiones repetidas y mustias.

Y continuó. Mas una vez, al advertir cómo se extinguían en los rincones cinerarios de mi espíritu tantas bellas palabras que un día fueron ardientes, la tristeza del recuerdo me dominó con tal dulzura que, al decirla, mi voz adquirió ritmo. Lo que antes aparecía sin más enlace que una idea evanescente, el decir descolorido y lánguido, se levantó alado y arrebatador; era una melodía; era el verso. Su llegada me pareció la de una brisa que me hubiese movido para ver si era estéril o fecundo, para saber si tenía o no polen de ensueño que esparcir sobre las almas en espera. A su paso, me sentí esbelto y florido. Su suavidad me hizo apurar el impulso que recibí de mi primer contacto con la tierra. Soñé, soñé. Las voces recobraron su virtud evocativa. El enlace de sus valores ideológicos volvió a ser dibujo y color. La naturaleza volvió a enmarañarse como una selva de símbolos, y yo, anheloso, torné a penetrar en su encanto. Mi paso, dirigido por el verso, tuvo la serenidad de una meditación. La selva vivía poblada de insinuaciones misteriosas, de reticencias y anuncios. Al ir por su profundidad, me detenía hechizado ante las voces sutiles, ante la que insinuaba un tinte de acuarela propio para teñir el dibujo de una ilusión o ante la pálida en que soñaba la blancura necesaria para espiritualizar un sentimiento nevado de virtud. ¿Hasta donde subía la finísima que se alimenta de la misma humedad de misterio aspirada por la enredadera que está en contacto con la frescura del cielo? ¿Y hasta dónde descendía la que absorbe la misma vida ardorosa de las raíces que están en contacto con el fuego de la tierra? Unidas en la expresión de su significado, las voces se desplegaban, finas, alucinadoras, revueltas, vagas. ¿Cómo no teñirse de su idea, de su colorido abstracto? En ésa, tímida, yo percibía un resto de ternura idílica; en aquélla animada por chispa de heroicidad, no sé qué intento de frase victoriosa; y en ésta, de rudo acento, el clamoreo que resuena en el fondo de las leyendas bárbaras. Y así, enardecido por el verso que acudía a mis labios, o por el de los poetas que leía y que recordaré aquí en lo que de ellos me fué dado entender, me perdí en la selva misteriosa. Al avanzar me he sentido, como en mis

primeros años, puro. El ritmo del verso, que me aleja de lo fugaz, de los conflictos terrenos, es para mí una delicia y una moral. A su soplo, las voces me dan su vida entera. Algunas, las risueñas, las nacidas en la tierra de los mares celestes y las ninfas desnudas, su alegría; otras, las brotadas en las edades dolorosas, sus ideas y temores sombríos; y otras aun, las casi divinas, las venidas de los montes pensativos y los lagos extáticos, sus reminiscencias de amores y de martirios. La selva sonríe, ora, gime, arrulla, grita. Es un himno en que se entrelazan las palabras todas: las que dirigían las festividades gentílicas, con sus alaridos; las que impelen los tumultos heroicos, con sus clamores; y las que guían las teorías religiosas, con sus plegarias. ¡Oh, los éxtasis! ¡Oh, los pavores!

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Santiago de Chile, 1917.

---

## MONOLOGO DEL HOMBRE DE TREINTA AÑOS

Encuétrase a veces un hombre frente a su alma como ante un libro, o una flor, o una carta guardados en cajón secreto, y de tan escondidos, olvidados. O como ante un trozo de agua mansa y profunda que se ve relucir al sol desde lo alto de un barranco. O como ante el niño oculto temeroso del castigo. O como ante el león libertado que eludió la vigilancia del guardián. O como ante una columna de humo que asciende y se disipa lentamente en el espacio. He aquí, alma, que te he sorprendido en un instante de imprevista lasitud. Déjame que te mire. Mirémonos, alma. Eres para los ojos de mi espíritu como uno de esos semblantes continuamente entrevistados a lo largo del cotidiano camino. Algo exteriormente conocido y profundamente ignorado, como los ojos infantiles que se reencuentran en una mujer de treinta años. Esa expresión es tu antigua expresión, alma; pero hay en tí una cosa nueva e incoercible, que te renueva y torna extraña. Tienes ahora, como ciertas palabras, un sentido oculto que causa daño descifrar. Ciertamente, eres la mía, alma; pero hay en ti algo que ha dejado de ser mío o que no me pertenece aún. Alguna cosa extraña y amarga como la sonrisa que no conocíamos en la boca del amigo adolescente y que regresó de un largo viaje lleno de experta madurez. Eres como un cofre vacío cuya riqueza se dilapidó; y eres también como trozo de roca que aun no ha sido labrado. Deja que te observe, alma.

Eres amiga y hostil, conocida y extraña al mismo tiempo. Advertido, alma mía, que hemos vivido largo tiempo el uno junto al otro como vecinos de habitación. Sólo un frágil muro nos separaba; y en el muro una puerta; pero la puerta debió cerrarse frecuentemente por que repasando el tiempo vivido descubro que muchos momentos de la vida pasada quedaron vacíos por tu ausencia, alma. Muchas cosas hice que tú no amabas. Palabras, actos, pensamientos fundidos en un molde exterior, sugeridos por la imposición implacable de la pasión que pasó. Objetos trabajados en vil arcilla por manos asalariadas de menestral, que no puso

en ellos ni amor ni emoción. Pasos dados vuelto de espalda a la verdad. Inútiles excursiones por los caminos de donde se vuelve con los ojos secos y sabor de ceniza en los labios. Cosas desconocidas para ti, alma, y que acaso abominabas, pero que callaste cobardemente, cerrando con mano temblorosa aquella puerta por donde debías atisbar constantemente para guardar este depósito de vida que te había sido confiado. Porque, después de todo, también me has sido muchas veces infiel, alma. Débil o indiferente, admitías calladamente aquellas transacciones del hombre consigo mismo. Fuiste a veces como el dragón dominado que se dejó arrebatar el tesoro. No ignoras, alma, el cuento maravilloso de la fuente custodiada por cuatro leones:

Dos velaban de día y dos montaban la guardia nocturna. Bajo la claridad del cielo azul y al fulgor sereno de las estrellas las fieras vigilantes hacían su ronda sempiterna. Llameaban sus ojos, y de sus fauces nacía el rugido. A lo lejos, por los caminos, a la luz crepuscular de las tardes, marchaban las caravanas. ¿Quién sería osado a llegar hasta la fuente? Pero alguien llegó, alejándose en seguida con un cántaro henchido del agua del prodigio. Los temerosos leones fueron seducidos por el príncipe a quien el hada armara del mágico talismán. Y a ti, ¿quién te encantara, alma, para adormecer tu vigilancia y domesticar tu fiereza? Porque aun resuenan los pasos del ladrón que se aleja cargado con el ánfora llena del agua espiritual hurtada en el manantial escondido que arranca de lo hondo de nuestro ser.

Ambos hemos sido culpables, alma. Yo vivía y tú vivías. Pero esta carne mía, renovada secretamente, no es hoy lo que fué ayer ni será mañana como es hoy. Vibrará en todos los acordes como el arpa bajo la mano diestra. Pero tú, alma, inconsútil y continua, debiste ser como la milagrosa columna de fuego ante la horda extraviada en el desierto. Caudillo de mis sentidos, señora de mis pasiones, freno de mis descarríos, debieras haberme emancipado como el hábil jinete al potro indócil. Pero tu puño fué débil y tu moral frágil, alma. El caso es que un día pactamos como el pescador de la fábula. Y cada uno fué por su lado. En veces, me fué dado divisar tu fugitiva silueta como sombra cambiante en un camino de ensueño. En otras oreaba mi frente como un soplo tibio, con esa suave tibieza que se exhala de la tierna carne de los niños. Era que pasabas, alma. Nos saludábamos como viejos amigos a quienes la vida separó. Y así hemos vivido, cer-

canos y largamente lejanos el uno del otro. No me atrevía a oírte, alma; no te atrevías a llamar. La puerta estaba sellada.

Y he aquí que ahora nos confrontamos bruscamente. Contemplémonos en paz, vieja y alocada alma mía. En verdad, un claro resplandor emblanquece ligeramente mis sienes. No es la gloria; es el tiempo. Ya no fulgura en mis ojos el brioso lustre varonil; ni en mi antebrazo el músculo elástico flexiona vigorosamente para la acción. No te preguntes, alma: es el tiempo. Pero déjame que te mire a mi vez; acércate, alma. Eres la misma, sin duda; pero cuán otra! Es el tiempo. Como una lima sutil en trabajo infinito y eterno, el tiempo te ha raído finamente. Eres una valiente alma, arrojada y entusiasta. Has quedado como un bosquejo de ti misma, artificial y medrosa. Te has civilizado, alma. Marchas acompasadamente en la fila, y tu movimiento es un armonioso aporte al ritmo colectivo. Dime, alma: ¿a eso íbamos? ¿Tal nos propusimos en la fragante mañana en que salimos por la vida? Como el criado de la parábola, compares ante mí confusa y temblorosa por que adivinas la pregunta: ¿Qué has hecho del talento que te fué confiado?

Bien sabes que como el servidor descreído y perezoso lo has enterrado en lugar secreto. No poseías la virtud que hace fructificar la savia en el extremo del gajo vibrátil. Quedó en tus manos, no como simiente grávida, sino a la manera de estéril guijarro.

Pero no cambiemos reproches, alma. La reconvención es amarga cuanto el daño irreparable. No acrecentemos la vergüenza de la cobardía con la vileza de la excusa. En verdad bello hubiera sido ser de otro modo. Pero es de la manera como ha sido y no de otra.

Has cambiado, alma. Yo te creía inmutable y eterna, serena y pura. Soñaba hallarte como te dejé, juvenil y briosa, ascensional y alada como la victoria, intacta en tu altiva castidad como una doncella zahareña en su refugio silvestre. Siempre se cree tener el alma así. Pensamos que es como un manantial constante e inagotable que corre secretamente por la vida. Alguna vez — decimos — hemos de volver a abreviar en sus frescas aguas. Mas he ahí que, cuando el cansado paso repecha la postrera cuesta, la vertiente se ha tornado en turbia poza malsana. Es el tiempo, alma. Alfarero infatigable, ha cogido aquel puñado de arcilla para intentar todas las formas. Hoy fuimos ésto, después aqué-

llo, mañana otra cosa. Ensayos inconclusos, esbozos truncos, bosquejos defectuosos, apariencias cambiantes de un profundo y versátil anhelo de ser. Y a la postre, alma, descubrimos no haber sido plenamente nada. Quedamos irrealizados como la obra maestra en el corazón del bloque amorfo. Tal vez alguien se detendrá ante el trozo inerte y dirá: — Hay aquí algo que pudo ser estatua o flor o potro o niño. Algo que pudo proyectarse en el tiempo, profundizarse en la eternidad. Duerme en el fragmento una hermosa lección que nadie jamás dió, una idea aprisionada como una vida en el embrión, un puñado de polvo cósmico, que hubo de ser estrella o diamante.

Y otros pasarán y habrán de encogerse de hombros, preguntándose por qué los perdnales inútiles escombran los caminos.

Y al fin otros pasarán y nada habrá.

Porque entonces habremos sido, alma. Será pasado el tiempo en que es posible rectificar sus destinos, pues la vida se consume sutilmente en los días como la bujía en el espacio. Unas iluminan el muladar y otras la sala del trono, y cada cual escoge el sitio donde habrá de extinguirse, llenando la misión de amor que cumple la luz. Y bien, alma, preguntémonos: ¿dónde ardemos?

Callas, alma, y tu silencio te acusa. Hemos sido como lámpara en las manos de vírgenes insensatas. Lucimos al azar de los caminos sin derrotero y sin utilidad. En ocasiones iluminamos al soslayo la fronda donde vibraba el piar nocturno de la parvada insomne. Otros, corrimos por los caminos cazando fugitivas quimeras. Muchas veces ardimos calladamente para nuestro propio deleite, como se alza la llama solitaria para el regocijo pueril.

Hasta que el ritmo pausado del tiempo nos conduce, alma, hasta una encrucijada. Estás frente a mí y yo frente a ti. Mirémonos, alma. Sin rencor y con amargura, como cuando se olvidó el agravio y sólo queda el dolor que produjo. Y el que no tenga culpa, como siempre, que alce la primera piedra.

Este fué el monólogo del hombre de treinta años. El mismo no supo si decía verdad o hablaba falsamente, porque, tanto había analizado su curiosidad sacrílega, que terminó por extraviar su sinceridad. El alma fuése aquella misma noche al «cabaret», y después de vacilar corto tiempo se entregó por poco dinero a un necio. Debe advertirse que vaciló un tanto porque en todo esto sólo hay de humano esa vacilación.

VÍCTOR JUAN GUILLOT.

## EL ESTIMULO DE VIVIR

### I

Un cuento infantil narra así el castigo que, en su propia culpa, tuvo una criatura que destruía las plantas y martirizaba los animales:

«El niño malo se perdió en el bosque, lejos de la casa paterna. Sintió hambre, al siguiente día, y no halló que comer. Entonces trepó a un árbol, para coger fruta. Pero, en sus manos, la fruta se tornaba en piedra. Cazó pajarillos. Pero, en sus manos, eran sólo un montoncito de plumas de colores».

Como otros muchos cuentos infantiles, éste finalizaba formulando, el protagonista, juramento de respetar todas las cosas, y siendo, después, feliz.

En verdad que este cuentecito es más serio de lo que parece.

¿Qué otra cosa ocurre y ha ocurrido siempre, no sólo en la selva donde padeció el niño malévolo sino en todas partes? Y, ¿de qué otro modo finalizan las historias de felicidad sino reconociendo que todas las cosas son dignas de respeto?

En cuanto a la milagrosa transformación de la fruta y los pájaros, tiene también gran realidad, y es símbolo exacto de lo que, con frecuencia, suele ocurrir.

Tales, pues, diremos que somos, niños más o menos malos en un bosque donde hemos de permanecer, lejos de la casa materna y protectora, sin otro recurso que lo que podamos hallar o sepamos descubrir, y no nos extrañará que persigamos, para alimento que nos perdure y alegre un poco, pajarillos que, una vez tenidos, resultan un leve montoncito de plumas de colores, o un puñado de ceniza, fría y áspera.

De modo que, algo habituados, aunque no muy resignados, a esa magia autotélica, aparentemente interesada en engañar la

avidez y el descontento de nuestra condición, lloramos un instante sobre el despojo de la presa transfigurada, vertemos sobre ella algunas lágrimas, digo, casi siempre invisibles para los demás, muchas veces insospechables hasta para nosotros mismos, y continuamos, con cierta timidez, la tarea de conquistar nuevas presas.

Pero no siempre es la vida una magia que quiebra así tan infantiles propósitos, tan pobres distracciones .

## II

Suele resultar que no logramos ni más ni menos que lo deseado, y que nada se previene ni atenta contra nosotros sino nosotros mismos, que acostumbramos ser demasiado irrespetuosos y desagradecidos con aquello que nos favorece y de lo que se nos da. Suele resultar que el premio de la busca es superior a cuanto pudimos esperar, y que el menos exigente resulta colmado de manera que aún aquél que pidió con excesiva codicia, se hallara satisfecho si reflexionara bien.

Mas nada nos persuade de que no ha sido frustrada nuestra ilusión y de que la dádiva no sea, en efecto, otra cosa que un poco de polvo miserable.

De no ser así, ya nos hubiésemos corregido del defecto de esperar, y habrían llegado los tiempos en que el hombre se contentase con lo que le deparare la suerte o le retribuyeren sus méritos, para decir mejor.

Muchos hay, sin embargo, que viven así, sin esperar demasiado de los acontecimientos, y hasta desconfiando de su estrella, pero sin despreciar de los acontecimientos la bondad que los combina en regiones más altas que la razón, y sin recriminar a su estrella ni el fugaz instante en que la eclipsa una nube. Parecen saber que cada suceso tiene una finalidad fundamental y armónica, sobre la finalidad relativa, y que, aun tras las nubes más sombrías y duraderas, brilla el astro custodio, claro en los cielos serenos.

Y en verdad que no son, los que viven resignados así, los menos respetuosos de la vida, o los más próximos al castigo del niño de que hablábamos.

Pero, ¿quién se levantará, ante nosotros, invocando qué derecho, para exigirnos, ni con el pretexto de enseñarnos la clave de la felicidad humilde, que nos curemos de vivir por adelantado,

que nos privemos del aliciente que nos vigoriza, o, con igual loable propósito, para invitarnos a que nos resignemos con ellos, a pesar de que tienen razón?

### III

Junta y paralelamente a tales gentes seguras, viven los que, sin esperar nada que no puedan conseguir, tienden los brazos dando la bienvenida a los sucesos cuya recepción habían preparado en las regiones más constantemente propicias del espíritu. Estas gentes no siempre quedan satisfechas, pero, en resumen, tampoco son menos respetuosas de la vida que los otros, ni aun diríamos, las más propensas a sufrir desengaños.

Como el hombre no puede ser engañado por otro que por sí mismo, quienes están expuestos a todos los peligros y quienes, a la vez, merecerían sindicarse como conspiradores contra el bienestar de nuestros hermanos, son los que, o ansían cosas fuera de toda posibilidad razonable, o no se detienen a meditar si lo percibido tiene algún valor, y si es menos o más de lo que se les hubiese otorgado con justicia.

Y con justicia se les otorga siempre, aun cuando no se les da.

Estas terceras gentes, viven con sobresalto: las más inocentes manifestaciones de la actividad en general y psicológica, les toman de sorpresa; todo les parece confabulado. Y, en verdad, ellos son los inconscientemente confabulados contra la paz de los otros. Así, no sólo desconfían, sino que, más a menudo, se consideran viviendo con arreglo a una predestinación maligna, o sujetos a la influencia de un astro adverso, y se estremecen cuando les refieren la historia de Edipo o de otro personaje cualquiera, hijo de la fatalidad.

Algunas veces porque no tienen clara conciencia de la realidad de los objetos anhelados; otras veces porque no están en condición de merecer lo que anhelan, y, en ambas oportunidades porque una como providencia inteligente — que parece haberlas ciegas, también — reserva a cada individuo aquello que ha merecido durante las horas de ansiedad o sencillamente durante las horas, créense burlados por cuanto sucede a su alrededor. Entonces objetan que un gran designio obtiene recompensas miserables y que cualquier mezquino capricho consigue lo que hubiese bastado al

héroe o al sabio para satisfacción o para alguna mas sólida tranquilidad. Entonces dicen que grandes empresas han abortado en el desastre y que el hombre perverso fué, durante muchos años, tutor de pueblos dignos de mejor suerte. Pero ignoran infinidad de circunstancias, regularmente casi todas en estos casos; ignoran los pensamientos ocultos que, siquiera como consejeros imperceptibles, tenía el alma de cada protagonista, e ignoran, además, los sucesos, más humildes, tal vez, pero no menos importantes, que han recompensado sus lágrimas al afligido y su soberbia al dominador.

Y viven precipitada, superficialmente, sin que puedan comprender que no se obtiene en la vida, que no se ha obtenido nunca, en último análisis, sino lo que se ha merecido.

Podemos, pues, decir, refiriéndonos de nuevo a lo que ocurriera al niño del cuento, que si no hubiese sido malo, que si su temor, su maldad o su desconfianza no estuvieran presentes en cada acto suyo, habría visto que la fruta que en sus manos era un pedazo de roca y los pajarillos que se-tornaban plumas y tristeza, eran productos de agradable sabor, y sinceros, exactamente como él los imaginaba al trepar al árbol o al soltar la piedra.

Y, alegre y retribuído como merecía, se hubiese alegrado en ellos, ya los hallara o buscara cuerdamente, porque, en realidad, «eran buenos».

#### IV

Lo importante es saber, ya a esta altura, hasta qué grado fueron más burlados los que miraron las cosas después de haberlas preconcebido y esperado resueltamente, y los que dedujeron cómo sería en caso de ser y que las contemplan, serenamente, sin confrontarlas con ningún arquetipo. Lo importante es saber, antes de proseguir, cuales son los motivos de que unos tengan los ojos hechos de manera que todo se les torne feo y deleznable en la manos, y otros tan perfectamente formados que vean, con facilidad, la parte en que da la luz a los objetos, y que no se dañen con su espectáculo.

Seccionaremos, para simplificar, en dos grupos a los hombres de que hablamos: en el primero involucraremos a los dos diseñados al principio y en el segundo a los aludidos últimamente. Y

repetiremos que aquéllos son los resignados y respetuosos de la vida, y éstos los que atribuyen una magia funesta a la realidad de sus esperanzas.

Sin que nos esté permitido atribuir a los primeros una pasividad exagerada, ni a los otros una perturbación imaginativa, supondremos que los mismos hechos les han constituido así.

Los resignados han visto, en torno suyo, verificarse las series de los acontecimientos normales; han oído anunciarse las horas con voz serena, y han visto, en la mayoría de los casos purgar sus extravíos a la injusticia y disfrutar su galardón a la virtud.

Los segundos, es decir, los predispuestos a que ante ellos cambien de valor las cosas, han observado, desde sus días iniciales, el llanto y la inquietud cotidianos, han contemplado a las horas pausadas rondar en torno suyo, enmascaradas con túnicas negras, y han sabido, mejor que los otros, que el malvado obtuvo honores y que el sabio bebió la cicuta.

## V

Por eso, pues, aquéllos están más en la realidad específica de la vida y éstos en la realidad demasiado artificial y humana. Por eso aquéllos no necesitan tanto del estímulo de la esperanza en los acontecimientos futuros y éstos, por lo contrario, precisan anticiparse la fruición del logro, y hasta, diremos — ¿por qué no? — creer, aun engañándose un poco respecto al valor que pueda tener y a la alegría que le dará, todo cuánto el tiempo incorpore a su existencia.

De modo que los unos contemplarán los objetos por la parte en que los hiera la luz, y los otros más de costado y con alguna pequeña sombra. Pero aquéllos, aun en el mismo punto de vista que éstos, ¿no se inclinarían a pensar que el objeto es agradable, puesto que en una parte le baña la luz?; y éstos, aún en el punto de vista de aquéllos, ¿no pensarían que el objeto pudo ser mejor, puesto que tiene un lado sombrío?

La cosa es una y, por cierto, poco costaría al triste modificar su opinión.

## VI

Algo más hay, todavía; algo que constituye, esencialmente, el motivo digno del asunto; algo que nos interesa en forma más directa que saber si somos nosotros o si es la vida quien nos engaña.

Porque puede ocurrir muy bien, como casi diría que es mayormente posible, que ninguna de ambas fases nos importe, y que, sin embargo, en las dos, a modo de punto de coincidencia, esté la ley inalterable que rige lo que de permanente, fatal y exotérico ocurre o resulta: la substancia que puede interesarnos en el concepto de apreciar los favores de la vida. Porque puede ocurrir muy bien que cada hecho, aparte de lo que signifique en sí, de lo que sea para nosotros, tenga una influencia, un motivo y una ley, superior a nuestro concepto, y que resultaría la más sencilla, útil y segura de las explicaciones.

Volviendo, pues, a lo que decíamos anteriormente, sobre las dos maneras de aceptar la vida «existe la necesidad de cazar pajarillos o de coger fruta», como en el niño del cuento. Y esa necesidad es capital, porque tal busca constituye el estímulo de vivir, más interesante, sin duda, que la misma vida. Existe la fuerza que nos mantiene entre tanta gente desconocida, entre tanta inquietud: fuerza más poderosa que lo que a cada cual acontece.

Eso, en definitiva, para aquél que recibe lo esperado y para aquél que recibéndolo también juzga que es menos, tiene idéntico valor. Tal valor es lo que podemos considerar como la influencia, el motivo y la ley.

Pascal no lo ignoraba, puesto que nos dijo que la presa nunca nos da el placer que suministra su persecución, su busca. Es muy natural y explicable, porque en la consecución de cada cosa, sea mejor o peor de lo que creímos merecer o esperábamos, y ya nos traiga una gran paz o una gran inquietud, perdemos un estímulo de vivir.

Y pues que aparte del desencanto de la realidad, del cambio de valores de la cosa esperada a la cosa tenida, existe el estímulo vital; y pues que esa es ley fuera de toda compensación — aunque pueda influir el que se cumpla o no en el entusiasmo que nos quede para otras empresas, seamos nosotros quienes no le damos

valor o ella no lo tenga —, nos priva, al fin, de un incentivo, resulta ser que, de todas maneras, agotamos una fuerza en cada logro, y que, ya nos proporcione tristeza o alegría, hemos de recuperar o intentar recuperar, al menos, para que la merma no nos desequilibre o entregue, débiles, a los malos genios que tan cerca de nosotros están en cada contratiempo.

Y esta pérdida que en cierto modo es un desencanto, tarde o temprano hace que la cosa lograda vaya perdiendo su valor, gradualmente.

Tanto en los agradecidos como en los descontentos, la pérdida de la esperanza en el objeto de deseo y la pérdida del poder estimulante de cada esperanza, son distintas, pero simultáneas e inseparables.

Respecto a lo primero, como en los hombres resignados de que hablábamos, la razón hallaría reflexiones que le valdrían mucho, y todo bastaría con un poco de seriedad al enterarnos de lo que pasa; respecto a lo segundo, nada, nadie nos podrá resarcir, porque la disminución se opera en las fuentes vitales, en la cantidad total de estímulo que poseemos, y cuya pérdida completa suele marcar, casi sin excepción, la última hora en el cuadrante de nuestro tiempo.

## VII

Nada podemos contra tal pérdida sino tratar de adquirir, en fuentes más misteriosas e inagotables, nuevos estímulos vivificadores para nuestro tesoro. Nuevas horas, nuevas esperanzas, nuevas circunstancias nos recompensarán en algo. En algo, nada más, porque nuestra pobre alma se fatiga, se cansa a cada estímulo que se va definitivamente, o se torna desconfiada porque pierde en cada estímulo una ilusión.

Y el nuevo producto vivificador, los nuevos estímulos, las nuevas esperanzas, van llegando a ella más pequeños, más inseguros que los anteriores, como si se contaminaran con las esperanzas y los estímulos perdidos, y como si éstos salieran a su encuentro, igual que misteriosas aguas por cauces insospechables, y advirtieran, a las que hemos de recibir, la sombra, profunda o tenue, en que nos dejó su partida. Cada vez, por tanto, ese producto renovador y vivificador va teniendo menos poder de entu-

siasmo, y unos y otros, ya próximos a cerrar los ojos, notamos, con la serenidad que únicamente proporciona ese solemne instante, que, en cumplir nuestra misión, buena o mala, sencilla o novelesca, se nos ha consumido el tiempo, y que coincide con ello, en la tranquilidad de prepararnos al sueño y al reposo eternos, el agotamiento completo del tesoro de los estímulos.

### VIII

Para no olvidarnos del niño del cuento, diremos que, tanto aquellos que obtienen fruta cuando la buscan como los que sólo encuentran un pedazo de piedra desesperante, ya queden satisfechos o no, han perdido en cada consecución una fuerza de las que contribuyen a que prosigan viviendo.

¿Debemos, de acuerdo con esto, no ansiar nada, puesto que al obtenerlo perdemos de la fuerza estimulante una partícula irremediablemente inmensa o inapreciablemente pequeña? ¿Debemos renunciar a vivir por adelantado cuanto sea probable que nos satisfaga un día, por temor a igual pérdida? o, por la misma causa ¿debemos no amar lo que nos rodee, para que, cuando pase el entusiasmo primero y el amor se torne reposado y confiado no nos arrebatase una de esas preciosas monedas con que pagamos al tiempo el precio de la vida y de lo que nos da, que no es otra cosa, al fin y al cabo, que la vida?

¿O debemos ansiar cosas imposibles de obtener, para que no nos entristezca la decepción del logro o la costumbre de la posesión? ¿Deberán consistir nuestras mejores aspiraciones en una esperanza tan hipotética, tan indefinida, que hayamos de confiarla a los días de la ancianidad o a la muerte, pero sin que nos prive de la certidumbre de que serán cumplidas?

### IX

Casi sería insensato dar una ley general, útilmente aplicable a las gentes que reconocen el valor intrínseco de la realidad y el relativo a sus merecimientos o a las que se anticipan el placer de la posesión ajustando sus deseos con la posibilidad, y a las gentes que llevan su ansiedad hasta más allá de lo que les puede

ser otorgado. Casi sería insensato aconsejar a ambas a la vez o que no amen las cosas para precaverse de una pérdida, o que amen lo imposible, a fin de que la decepción no se les aproxime nunca.

Pero lo razonable, previamente, es advertir a unos y otros, a aquéllos para confirmación y a éstos para seguridad, que todo egoísmo que ofenda la personalidad ajena, en cualquier aspecto, que agravie la buena fe con que la vida nos va dando sus dones, o que olvide la justicia, en cuyo seno se verifican desde el hecho que a través de los siglos y lugares será conocido por infinidad de generaciones hasta el modesto acto de caridad que pasa desapercibido; es razonable advertir que todo egoísmo que ofenda una cualquiera de estas tres cosas, decimos, ahora o después, inmediatamente o al transcurso de años y años, redundará en perjuicio propio, y que no se desconfía de la vida y de la razón de los sucesos, ni se atribuyen a otros faltas de que somos responsables, sin que, para nuestro mal, o los ofendidos nos paguen con igual moneda, o sin que ese falso concepto, aun como equivocación instantánea, constituya el cristal a través del cual veremos, como el niño que destruía las plantas y martirizaba los animales, que todo se torna hostil para nosotros.

Lo razonable sería, a modo de ley contraria para establecer el equilibrio, aconsejar a los que proceden segura y cuerdamente, no esperando más de lo que es posible obtener, que sobre todas las cosas de cercana e indubitable efectividad, tengan una esperanza superior y permanente, que sólo después de la vida pueda ser asequible. Y a los que desordenada y precipitadamente cifran sus aspiraciones en cosas que no podrán lograr, que respeten un poco más la ley lenta pero inalterable de las dádivas de la vida, y que no le inflijan una ofensa tan inexcusable, confiando en que ella les depare presentes que, aun en el caso de que pudieran dársele, serían feos por injustos.

De ese modo, los hermanos que hemos sindicado como conspiradores contra la paz de los otros, serenarían su espíritu elevándolo al nivel del de «los respetuosos de todo», y también podrían, al finalizar su peregrinación por la tierra, como aquéllos, contemplar sin desesperarse, que el tesoro de los estímulos estaba agotado coincidentemente cuando la jornada tocaba a su fin.

Entonces sí, a unos y otros, podríamos formular un consejo, imaginando a éstos arrepentidos y dispuestos, como el niño malo.

a ser felices: que las esperanzas necesarias para la economía moral, en nuestras relaciones con los que comparten, sea cualquiera la magnitud de ello, nuestra vida, sean naturales y fácilmente accesibles como realidad, y, sobre todo, sencillas y dignas, para que el estímulo que nos quite su logro no nos prive de un placer mayor, o por lo menos desproporcionadamente mayor, que el placer sereno de haber logrado la cosa merecida. Y que sobre todas estas pequeñas, sencillas y cotidianas esperanzas, tengamos otra muy superior, con cierto carácter de designio, y que ella sea, sobre todas las cosas, no como la fruta y los pajarillos de aquella pobre criatura maligna, sino como un dragón imposible en una tierra remota y desconocida. Y que la senda única que a ella nos pueda guiar sólo la descubramos cuando en el reloj de nuestra vida esté próxima a sonar la hora interminable.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA.

---

## POESIAS

### Mi barca aventurera...

A JULIO NOÉ.

(En recuerdo de su paso por Madrid, en 1917.)

Mi barca aventurera, con su vela latina,  
cuya grácil silueta el agua, al reflejar,  
convierte en dos, parece como un ave marina,  
tendida un ala al viento y otra hundida en el mar.

Así en mi pensamiento dos alas, o dos velas,  
creadas por mi ensueño, en un raro espejismo,  
trazan en mi camino dos sombras paralelas,  
una bajo los cielos y otra sobre el abismo.

Mi barca silenciosa navega velozmente  
por el ignoto mar del Destino, al acaso,  
como un audaz albatros con alas de quimera.

De este viaje incierto sólo sé que un Oriente  
fué el punto de partida, y el fin será un Ocaso. .  
¡ No se hundirá en la Duda mi barca aventurera!

### Las viejas ramerás.

¡ Oh, las viejas ramerás  
que cantan sus nostalgias a la luna,  
de alegres primaveras  
pasadas sobre ruedas de fortuna! . . .

¡ Oh, las viejas ramerás  
que gozaron la esencia del amor,  
en las verdes praderas,  
deshojando una flor tras otra flor! . . .

¡ Oh, las viejas rameras  
que durmieron en todos los caminos  
y fueron compañeras,  
una noche, de varios peregrinos! . . .

¡ Oh, las viejas rameras  
que pasaron la vida sobre flores,  
hermosas pregoneras  
de pérfidos y fáciles amores! . . .

¡ Oh, las viejas rameras  
que guardan en su pobre corazón,  
marchitas, las postreras  
rosas de la desilusión! . . .

¡ Oh, las viejas rameras  
que cantan sus nostalgias a la luna  
y evocan, con sus voces plañideras,  
lejanas primaveras  
pasadas sobre ruedas de fortuna! . . .

### **Vendimiadoras de corazones.**

La anuncia el viento con su voz de otoño,  
extendiendo a su paso  
un ajado tapiz de hojas marchitas.  
¡ Es la vendimiadora de humanos corazones! . . .  
¡ Pescadora de ojos! . . .  
Llega con paso alacre, seguida de las Horas:  
Veinticuatro doncellas, con túnicas distintas  
de colores alegres y colores sombríos . . .  
Todas llevan sus ánforas y sus cestos repletos  
de ojos y corazones . . .  
de lágrimas y sangre . . .  
¡ Son las vendimiadoras de la vida! . . .  
Han llegado al viñedo más fecundo,  
donde el Tiempo y la Guerra hacen orgía . . .  
¡ Cuántos ojos humanos, semejantes  
a racimos de uvas  
maravillosas! . . .

ojos por el espanto dilatados,  
 dondē la Vida, avara,  
 encerró sus tesoros  
 de todas las verdades y de todos los sueños...  
 ¡Ah, si un ojo, tan sólo, es como un cofre hermético  
 donde el Día y la Noche guardaron sus bellezas!...  
 ¡Si un sólo corazón es como un mundo  
 de diversas pasiones!...  
 Todos los corazones y todas las miradas  
 de una vasta cosecha,  
 ¿qué múltiples tesoros de vida contendrán?...  
 Yo no envidio a los reyes todo su poderío;  
 yo no envidio a los Cresos sus inmensas riquezas,  
 (¡Un poeta es el rey de la maga ilusión!)  
 ¡Pero envidio a la Muerte su colección de ojos,  
 donde se han reflejado los hechos de la vida,  
 desde que el mundo es mundo,  
 y todos los paisajes y todas las bellezas  
 que han desaparecido  
 ¡y las que han de venir!...  
 ¡Cada ojo que se cierra es un libro que guarda  
 una historia distinta de raras aventuras...  
 Un corazón no es nada... ¿Una lengua secreta  
 de cautos interiores?... ¡quién puede asegurarlo!...  
 ¡Un ojo es una luz!...  
 ¡Vendimiadoras!...  
 Aquella de vosotras que recoja mis ojos,  
 en su otoño propicio,  
 librellos del lagar...  
 Ellos han visto  
 las cosas más diversas...  
 y la propia Belleza, muchas veces,  
 en ellos se complace contemplarse,  
 como en unos espejos favoritos.  
 Y el amor, como blanco de sus flechas,  
 ejercita en mis ojos su destreza  
 constantemente...  
 ¡Yo te los lego, oh Muerte, para tu colección  
 selecta e infinita!...

Ahora que mi rostro . . .

Cuando yo tenía las mejillas frescas,  
los labios puros y  
los ojos sin cansancio,  
me gustaban, ¡oh amor!  
los rostros atormentados  
como esas rosas de otoño, medio mustias,  
que parecen despedirse de la vida  
en un suspiro de perfume intenso  
y desesperado . . .  
Y ahora . . .  
Ahora que mi rostro empieza a marchitarse,  
y mi corazón, ¡oh amor!  
es como una rosa roja,  
abrasada por todas las pasiones . . .  
me inclino hacia los rostros  
suaves y radiantes  
como las rosas nuevas, en abril . . .

Parece que mis ojos  
buscasen  
su antigua pureza en otros ojos,  
como en bellos espejos que no han de reflejarlos . . .  
que mis labios anhelaran beber  
su primitiva sangre  
en fuentes ilusorias,  
que mi corazón, en fin,  
necesitase toda la frescura de ajenas juventudes  
para renacer en una nueva primavera . . .  
Sólo cuando te hemos perdido,  
¡oh, juventud!  
te conocemos y te deseamos,  
porque entonces te ofreces en otros cuerpos  
que podemos amar  
¡y poseer! . . .

GOY DE SILVA.

## LA FILOSOFIA DE LA PAMPA

Yo adoro la pampa, esa uniformidad verde que se esconde en su inmensidad.

Ay, ya no es virgen. Acá y allá se ven islotes de eucaliptos, y a lo largo de los rieles, que la sujetan por el talle, se ha difundido el cardo, ese cartujo, amigo de las soledades, ásperamente vestido, nacido de un botón de la indigencia, y, con todo, con tanta cabeza como un filósofo. Cuando su sistema azul le florece como un penacho encima de la coronilla, parece la brocha gorda que ha servido para pintar el cielo.

Cuando los conceptos están maduros, la cabeza se abre, como una caja, y cada soplo que pasa se lleva una bandada; y, vagando sin rumbo, cediendo a cada impulso e indecisos siempre, avanzan, retroceden, huyen si se los quiere agarrar, y llegan a todas partes, revoloteando alrededor de la cúpula de los pasos perdidos del Congreso. Su nombre suena como una cápsula que revienta. Se llaman *papos*. Palabra eminentemente educativa. Las *mises* la pronuncian cuando están a solas, para dar forma graciosa a los labios.

---

Los antiguos lectores de NOSOTROS acaso recuerden los interesantes artículos del doctor Hans Friedrich sobre filosofía, publicados años atrás. El distinguido profesor danés, que nos dejó en 1912, para volver a su patria, ha regresado, con gran sorpresa de mi parte, pues yo creía sin vuelta su viaje, como tuve ocasión de manifestarlo a raíz de su partida (véase el número 36). Ciertamente es que la guerra que no concluye ha influido en su determinación de volver a visitar esta su segunda patria; pero más ha podido, estoy seguro, el cariño que nos tiene. Sonriente prueba de este cariño es esta fantasía que a continuación se publica, en la cual el anciano filósofo se finge disputando de metafísica, en plena pampa, con un gaucho, ni más ni menos que si fuera con un doctor de Tubinga. Cómica fantasía, con mucho de estrafalaria, pero con no poca substancia, para quien sepa separar en ella la broma de lo serio. El diálogo, como se verá, se corta de pronto, bruscamente; sería un error considerarlo inconcluso: así quedan todas las disputas filosóficas. — R. G.

La grama de la pampa es digna de atención. Tallos largos, sutiles, tenaces, tupidos, formando un mechón que se levanta unos cuantos centímetros, doblegando la cima como un penacho. Esta hierba no sirve para el ganado, al que corta los labios; el ganado se nutre de hierba extranjera, traída sin darse cuenta por Gaboto o Garay, y de hojas de cardos, antes que echen el tallo.

Sus muchas lagunas, que parecen trapos azules tendidos al sol, son los ojos de la pampa y las ágoras para la asamblea de las aves. Allí todo es vida, y las aguas rebosan de pejerreyes y ranas musicales. Es una música fregoliana de campanillas, orquesta y no canto; es lo primero que impresiona al forastero.

Nuestras ranas de Europa, más evolucionadas hacia la humanidad, han llegado hasta la vocal *a*, acompañada de una consonante tan gutural como la voz de los automóviles. Estas ranas son cascabeles saltadores. Hay que convenir en que la pampa tiene buen gusto. Nada iguala para un glotón esa blanca tersura de los lomos del pejerrey o los muslos de la rana, sino otra elaboración de la pampa, la *mulita*. La carne de la mulita no se parece en nada a la del lechón, que tiene todo lo insípido de la inocencia; la mulita puede, con sus gordas molicies, luchar con el faisán. Su sabiduría es de otras épocas.

¡Dichosa Argentina por tus ranas, tus mulitas, tus pejerreyes!

*Ma per dire del ben che io xi trovai.*

repetiré con el Dante,

*Diró dell'altre cose che io xi ho scorte.*

También podría decir con el gran poeta que no sabría explicar como me encontré en medio de la pampa, ni qué figura hacía allí solo en el centro de lo infinito. Probablemente llegué hasta allá, paso tras paso, buscando el color local.

El terreno de la pampa no tiene guijarros. Nada asoma. Para sentarse, a uno no le queda más remedio que hacerse escabel de sí mismo. Así estaba, cuando me sentí golpear el hombro.

No necesitaba moverme. La sombra me lo decía todo. Era un gaucho: chiripá, poncho, pañuelo... todo.

Muchas descripciones he leído del gaucho. El exterior de aquel que me estaba detrás era conforme a lo que me imaginaba. Aquello, pues, era el chiripá, aquello el poncho, aquello el tirador.

Lo que me interesaba conocer era lo que estaba dentro de esas prendas. ¿Sería tal cual lo pintan? ¿Un gentilhombre rústico, un sabio ignorante, un parisiense a lo Hegel, es decir, que afirma negándolo, el tipo del parisiense?

Esto me preguntaba yo, cuando por fin resolví volverme y levantarme, quedando así de frente, él, el gaucho, y yo, Hans. Su sombra me eclipsaba, y sólo me dejaba resplandecer la cabeza al sol de las nueve. *Krife*, me dijo, *ádelse*.

Me quedé como quien ve visiones. «Usted habla griego?» «¡Ja! ¡ja! ¡ja! (La risa era argentina). Como que el griego es nuestra jerigonza, cuando no queremos que nos entiendan las mujeres.»

*Yo*. — Es singular.

*Gaucho*. — ¿Se puede saber que estaba usted haciendo?

*Yo*. — Toma; estaba pensando en la metafísica.

*Gaucho*. — Nuestro pan cotidiano. Por lo visto quiere usted hacerse gaucho.

*Yo*. — Si he de hacerme metafísico, no por cierto.

*Gaucho*. — ¿Y de dónde esa ojeriza?

*Yo*. — Pero ¿es que usted se ha propuesto ponerme a prueba? ¿No sabe lo que se dice de la metafísica? Lo que se piensa, después...

*Gaucho*. — De la *Crítica de la razón pura*...

*Yo*. — Cabalmente. ¿Y cómo lo sabe?

*Gaucho*. — ¡Si lo sé! como si algo pudiese ignorarse por un gaucho. Mas, antes de todo, amigo Hans... No me has dicho tu nombre, pero se adivina...

*Yo*. — Esa tenemos.

*Gaucho*. — Es un nuevo estudio, una ciencia nueva. Hasta el día no ha salido de la pampa. La base no podría ser más firme. La palabra que más se pronuncia deja cierta conformación en los labios y la garganta, que no escapa al oído analítico de un gaucho. El nombre que uno pronuncia más a menudo, y sobre todo, con mayor energía, es su mismo nombre. Así que, el aparato fónico adquiere especial disposición a pronunciarlo; disposición que se esparce como un tenue velo sobre cuanto uno dice, alterando ligeramente la pronunciación de cada palabra. De modo que cuanto te sale de la boca lleva como nota armónica: *Hans*. Mientras tú hablabas, yo no oía sino *Hans*.

Mas volviendo a la metafísica, si quieres hablemos de ella; vamos paseando hacia algún punto del horizonte.

Así lo hicimos. A mí me parecía ir andando sobre la caparazón de lo infinito. Sólo se distinguía no sé que tenue ronquido, que supuse ser el ruido del eterno fluir de las cosas, la voz del *devenir*.

La palabra, empapada de infinito, encontraba no sé qué dificultad para recogerse, formularse y desprenderse de la garganta.

*Gaucha*. — El error consiste en creer que el odio a la metafísica empiece después de *la razón pura*; y que la metafísica por Kant despreciada sea *la antigua*.

Son dos errores igualmente perniciosos.

La metafísica verdadera fué siempre despreciada y combatida desde que apareció, y seguirá siéndolo mientras las mulitas y los peludos anden por la pampa.

La metafísica, combatida por Kant y con razón, es otra cosa; es un monstruoso engendro de la pereza y la presunción; pero es amada por las razones mismas por las cuales se odia la primera. El odio que Kant excitó contra la metafísica falsa, dirigióse contra la verdadera. Que desde su aparecer la metafísica provocara una salva de silbidos y ruidosas protestas, nadie lo ignora de cuantos han hojeado las primeras páginas de la historia de la filosofía.

*Yo*. — Como eso me suena a nuevo, he de confesar que estas primeras páginas no las he hojeado.

*Gaucha*. — No te calumnies, Hans. Las has hojeado, pero sin entenderlas. La guerra contra la metafísica empezó cuando aun no había el acaso forjado esta palabra. Ni Platón ni Aristóteles conocieron el nombre de metafísica; es decir, conocieron la metafísica bajo otro nombre.

Aristóteles alude con bastante frecuencia a los libros, que se llaman hoy *Metafísica*; pero los indica por circunstancias exteriores o por partes. El objeto de las obras mismas no lo designa sino por el título de *Filosofía primera* y también *Filosofía* a secas.

Por *Filosofía primera* se ha de entender la más *alta*, aquella que sólo es propiamente *filosofía*.

*Primero* se aplicaba en antiguo empezando desde lo alto, y no desde abajo. No sé si la inversión que se produjo en el uso de los ordinales se debe a la revolución francesa y a Marat. *Primero* entraña la idea de plenitud de la esencia de una cosa. Instrucción *primera* o *primaria* deberá por tanto ser la *Universitaria* y no la elemental. *Filosofía primera* era pues la más alta.

Pues sucedió que los *trece libros* de la *filosofía primera*, no llevando nombres, por los ordenadores de las obras de Aristóteles fueron colocados después de los que tratan de la naturaleza; y se titularan *los libros* (Tá) *después* (metá) de las cosas físicas (fú-siká). Así forjóse el nombre de *metafísica* aplicándose al conjunto de las materias tratadas en aquellos libros.

No sé qué decir del acaso al que se debe la denominación, si fué cuerdo o necio.

Cierto es que por una equivocada sugestión de la palabra, *metafísica* vino a significar para el vulgo, *algo más allá de la naturaleza*, una investigación sin rumbo, sin criterios; una caza al milodón. Se consideró la metafísica como una aspiración al vacío, el reino de Hades de los griegos, o Plutón, como decían supersticiosamente, para evitar aquel nombre de Hades que tenía *jettatura*. Se cargó de este modo la metafísica a los ojos, se entiende, de los necios, de todo el desprecio que nos merecen la *cábala de los sueños*, y el fastidio que inspira la teología, a la que se asocia la idea de grandes *in folio*, de papel amarillo con manchas de aceite, de amplios pañuelos azules, narices llenas de tabaco, barrigas hidrólicas del color del papel, y un menudear de eructos.

*Yo.* — Pero no hay metafísica sin Dios.

*Gaúcho* — Despacio, amigo. Metafísica y filosofía no son sino una cosa. Verdad que hoy se extiende el nombre de filosofía a la lógica, psicología no experimental, ética, etc. . . Es una clasificación debida a los estoicos, presupuesta por Aristóteles, porque no hubiese llamado filosofía primera a la metafísica, de no haber una filosofía segunda.

En realidad, *metafísica* y *filosofía* son sinónimos. Trátase del saber, de la *ciencia*. No hay conocimiento científico sino por la causa. ¿Por qué se sostiene en el tubo del barómetro la columna de mercurio? ¿Por qué no pasa de aquella altura? Por la presión del aire. He aquí la causa. Conocemos pues el fenómeno científicamente, porque podemos con seguridad absoluta indicar la causa.

Pero ¿y de dónde nace la presión del aire? He aquí otro fenómeno. El aire pesa porque es materia. Aquí ya nuestra ciencia vacila. No conociendo la esencia de la materia no podemos saber si el peso es propiedad esencial de la materia. Tan es así que por siglos se siguió hablando de materia o cuerpos *imponderables*, y aun hay quien supone la existencia de una materia sin peso.

Si el peso nace de la materia, toda materia será pesada; si no,

habrá que ir más allá y buscar la causa de que unos cuerpos pesan y otros no.

Mientras tanto esta proposición, *el aire pesa porque es material*, no es científica. Así debe de ser, pero no basta para la ciencia el *debe de ser*, se exige el *debe ser*; la *necesidad*, amigo; lleva las cosas hasta la *contradicción*. Tal sería, si conociendo la esencia de la materia, viésemos que el peso es propiedad esencial de ella. Porque entonces, si ser materia quiere decir ser pesada, no podrá haber materia que no pese.

Pues en esta ascensión de peldaño a peldaño por esa escalera de Jacob de la causalidad, hay quien dice que se ha de llegar hasta el último peldaño, y ésta, amigo, es la filosofía o, si quieres, *la metafísica*. Es evidente que si no se llega hasta el último peldaño, hasta la última causa, no habrá ciencia verdadera. La filosofía no es otra cosa sino *la pretensión de llegar al verdadero saber*. Naturalmente esta pretensión implica la posibilidad del saber verdadero perfecto. Sin embargo, esta posibilidad de hecho no se admite. Y he aquí la aparente contradicción. Aristóteles, al principio de la metafísica, después de dar la idea, que acabo de exponerte, de la verdadera ciencia, conviene en que sólo Dios pueda poseerla. Dejemos ahora lo de Dios; baste notar, que según Aristóteles *el saber perfecto o ciencia verdadera* no es asequible.

*Yo.* — ¿Y la geometría no es ciencia perfecta?

*Gaúcho.* — Me has abierto una sima, donde, si dejamos caer el discurso, no lo podremos recobrar.

*Yo.* — Vuelvo a repetir: ¿la geometría no es una ciencia perfecta?

*Gaúcho.* — ¡Hans! ¡Hans!

Esta exclamación, como si fuera un conjuro, tuvo la fuerza de evocar un zorrino. Casi le pongo el pie encima. Mi maestro, con una velocidad que no podría llamar sino *gaúcha*, me abrazó, levantó y puso a un lado; y no sé qué turbia trayectoria vi surcar el aire. — Estás salvado, me dijo. Eso es como la mancha de la sangre de Duncan, en la mano de Macbeth, que no basta para lavarla toda el agua del océano. ¡Que de decepciones del orgullo, de mal humor concentrado, de impotencia y presunción, se habrán necesitado en los siglos de los siglos para que adquirieran y transmitieran por herencia las glándulas del zorrino, la propiedad de tales destilaciones! No es tan maligna la palabra de Yago en la escena de los celos. En esas glándulas se concentra la envidia

de la *pampa*. Parece mentira que sea capaz de tan sucio sentimiento cosa tan grande, y capaz, además, de la sublime indignación del pampero.

*Yo.* — Pregunto si la geometría es o no ciencia perfecta.

*Gaicho.* — Lo es amigo; como lo es la matemática o lo era.

*Yo.* — Pues ¿hasta a las matemáticas les pone usted reparos?

*Gaicho.* — Deje eso para después. La geometría es ciencia, lo que es fácil de comprender. Se conoce científicamente un fenómeno, una vez conocida la causa. En la naturaleza la *causa* y *esencia* se confunden. Si supiera en qué consiste la electricidad, no deduciría del concepto sus propiedades, como se dice por gente que demasiado demuestra a las claras no haber sido educada en la pampa, ni tampoco en Koenisberg. Sus propiedades hay que descubrirlas, como se descubrieron en geometría las propiedades del triángulo. Mas, una vez descubierta la propiedad, se vería su relación con la esencia, es decir, que esto lo produce la electricidad porque es electricidad; y tal conocimiento sería científico, universal y necesario.

En química se conoce la esencia de muchos cuerpos compuestos.  $H^2O$  es la esencia del agua, y por eso el químico procede tan seguro en sus combinaciones, como el geómetra en sus medidas. Quedan  $H^2$  y  $O$ , quedan el Hidrógeno y el Oxígeno, cuyas propiedades se conocen, pero no su esencia.

Si conociéramos en que consiste la animalidad, y que la muerte del animal deriva necesariamente del ser animal, la proposición: *Pedro morirá*, sería científica.

*Yo.* — ¿Y no lo es?

*Gaicho.* — No, amigo, mientras no se conozca la causa de la muerte. Es cierta, de una certidumbre que diremos *de hábito*. La proposición: *después de la noche viene el día*, es cierta, pero tampoco es científica. Se conoce la causa del alternarse la noche y el día, que es la rotación de la tierra; mas no conocemos la causa de la rotación misma, y no podemos por tanto saber si la rotación es o no necesaria, y si no puede la tierra detenerse de golpe.

¿Cuántos químicos hay que sueñan con la síntesis de la albúmina humana, y una prolongación indefinida de la vida? Prueba de que la *certidumbre de la muerte* no es científica. Nadie sueña, amigo, con un triángulo de cuatro lados.

Así es en la naturaleza. La esencia no se conoce, y sólo se

conocen las propiedades, mano a mano que se manifiestan en los hechos. No podemos saber por tanto si la necesidad es esencial, es decir necesaria. Hoy, según dije, la química ha descubierto muchas esencias de cuerpos compuestos, y ha extendido inmensamente el reino de la ciencia. Las *esencias* primas no se conocen aún. Tal vez se descubrirán mañana, y las nuevas ideas sobre la materia, de las que hizo hace poco una sabia exposición el doctor Virgilio Tedeschi, parecen prometer un paso tal vez definitivo.

En geometría, al contrario, conocemos la esencia antes de las propiedades; éstas se descubrieron mano a mano, y fué posible demostrar su derivación de la esencia, y por tanto su necesidad y por eso es ciencia. Y lo fué mientras no se introdujeron conceptos aparentes, como el de lo infinito en la geometría analítica, o el del espacio de  $n$  dimensiones en la proyectiva. Pero en esto no me extendo. Sería demasiado largo y no quisiera habérmelas con los matemáticos.

*Yo.* — Tampoco yo. Tengo mil Pilades a quienes no quiero enojar. Vamos ahora a la metafísica.

*Gaucho.* — Vamos. Debemos considerar la metafísica como el amor del saber verdadero, o, lo que da lo mismo, del saber perfecto. Por eso se la llamó filosofía. Filósofo es aquel que está enamorado de la ciencia absoluta; aunque no ignore que por más que corra, no logrará alcanzarla jamás, ni sacarle el velo. Mientras la persigue anhelante, su fantasía, quiera él o no, se le anticipa, y se esfuerza en representársela. Y estas representaciones no son sino la forma de sus ocultos deseos y aspiraciones.

Hay filósofos blancos y los hay negros, amigo. Al blanco se le presenta en una blanca aparición; al negro, en una negra. Estas representaciones con que se ilusiona son los sistemas.

*Yo.* — ¿Y no es sanar de un gran mal, hacerse amputar la metafísica?

*Gaucho.* — Despacio, amigo. El caso es mucho más serio. Trátase, amigo, de la verdad y del amor de la verdad. Déjame usar estas viejas palabras. Adrede he dicho antes *esencia* y no *concepto* ni *número*, *causa* y no *condición*, evitando una vana palabrería que lleva hasta el último el relativismo o negación de la verdad y la realidad.

*Yo.* — Me parece que nadie odia la verdad ni puede odiarla.

*Gaucho.* — Allí está el engaño. Nadie debería odiarla y nadie la odiaría por cierto, si la verdad fuera conforme a nuestros

deseos, a los deseos de cada cual. Allí estriba la dificultad, lo sublime de la vocación filosófica.

Siendo la verdad lo que es, ni pudiendo de ningún modo modificarse; no cediendo a deseos, rechazando toda violencia, todo compromiso, para amarla como es, hay que renunciar a sí mismo, es decir, estar dispuesto, a renunciar a sí mismo. Si el ojo nos impide verla, hay que sacárselo.

Por eso la filosofía antigua se presenta también como una renuncia.

Pues la verdad se ama, pero de un modo extraño; se querría que lo que se desea fuera verdad, y no ilusión; en una palabra, se ama la ilusión, a cualquier costa, y se querría que no fuera tal. Para ello, para poder creer en la verdad de la ilusión, se cierran los oídos a todo lo que amenaza desvanecerla, se sofocan con gritos las voces de la razón, y se obliga a ésta hasta a renunciar a sí misma.

Es un bien singular fenómeno.

La verdad es la *x* ¿no es así?

Pero sabemos también que sólo procediendo conforme a ella no tendremos tropiezos y un doloroso despertar.

Pues nosotros, sabiendo como proceder, queremos proceder como nos da la gana. Y para suprimir aquella inquietud que se mueve en la punta del corazón, pretendemos que lo que perseguimos es la verdad; que no hay otra, que es necesidad buscar otra.

Y he aquí la posición sofística.

El filósofo no quiere sino la verdad, no busca otra cosa, y al mismo tiempo reconoce que no la posee: *hoc unum scio me nihil scire*. Pero su mismo buscar continuo, sin descanso, implica la posibilidad de alcanzarla.

Por una parte afirma que la verdad no se conoce, y tal vez el hombre no la conocerá jamás; por otra que no hay nada que se deba buscar fuera de ella.

Su obra no es vana, en la parte negativa, por lo menos, porque desengaña de todas las verdades aparentes, y enseña a desconfiar de sí mismo. Esta sinceridad de la pesquisa, este no pagarse con ilusiones, lleva muy lejos, y si no se alcanza la verdad suprema, hace descubrir por lo menos miles de verdades secundarias. Nuestras ciencias no han nacido de otro modo. Han nacido del deseo de no engañarse ni engañar.

Es que en este campo no puede haber interés en engañarse y

mucho en no engañarse. De nada sirve hacerse ilusiones sobre la estática, si la ilusión se paga con el derrumbe del edificio.

Hubo, es verdad, también en eso, un tiempo, cierto interés, el de la vanidad y el de la pereza.

Pero Galileo, el gran platónico, no sintió vergüenza de confesar que no sabía nada de mecánica, y que había que empezar desde el principio.

Los sabios de entonces, sentados en la cátedra y mirando a sus discípulos admirados, empezaban: «Señores, dos son las líneas simples, la línea recta y la circular; y por lo tanto los movimientos simples no pueden ser sino tres, seguir la línea recta, de abajo arriba, y seguir la circular.»

Cierto que uno de aquellos alumnos podía preguntar porque motivo llamaban simple al círculo. Si línea es *dirección*, la recta es simple, porque es una dirección sola, pero el círculo resulta de infinitas direcciones. La observación había sido hecha, y se le contestó con cavilaciones. Por lo demás así decía Aristóteles y basta.

Pues bien, al aparecer Galileo todos aquellos sabios hubieron de mirarse uno a otro, y si no estalló la carcajada, es que los sabios no carcajean; si no se avergonzaron, es que los sabios no se avergüenzan. Sin embargo, se trataba de buena gente y después de unos estiramientos que Galileo hubo de sufrir, y que tampoco sufrió, todo quedó arreglado.

Esas ciencias, pues, tienen por punto de partida el *nihil scio* filosófico, y el amor a saber de veras y a no engañarse.

Mientras, pues, por una parte se iba descubriendo la realidad, por otra se pensaba en conformarse a ella. Nada había en nosotros que repugnara a esta adaptación. Y es que no había más que adaptarse a las leyes de la naturaleza, o renunciar a lo que se deseaba. Adaptación y deseos iban por allí de consuno.

Pero hay otro campo, precisamente donde busca la filosofía, o, si quieres, la metafísica, en que el ser la verdad de un modo o de otro, no es indiferente.

*Yo.* — Puesto que no se alcanza...

*Gaúcho.* — Es cierto. Mas si no se alcanza, puede de un conjunto de mil cosas crearse una presunción muy probable. Después de hablar de Dios, Jenófanes, de Colofón, por más señas, proclamó: «Estas cosas no hubo ni habrá hombre que las sepa o supiese «claramente; y lo mismo digo de todos los asuntos que trato:

« porque aun cuando alguien llegara por azar a decir la cosa más acertada, con todo, no será saber; y no será la suya sino una opinión.»

¿Y por qué? Porque no hay posibilidad de pruebas. Por ejemplo, en tiempo de Homero, o mejor, para Homero, *la conciencia* está condicionada por el cuerpo. El alma, al separarse del cuerpo, no se destruye, mas en ella cesa la conciencia y toda posibilidad de gozar o padecer.

Si Tántalo padece en el Tártaro, es que Tántalo cayó en él con el cuerpo.

Hoy se ha vuelto con Ribot a Homero o tal vez a la edad micenea o más allá.

Nada se dice del alma (edad paleolítica); pero la conciencia se considera como condicionada por el cuerpo.

Otros niegan. Víctor Hugo pensó en el problema toda su vida. Ya se le creía muerto, y una mano piadosa le había bajado los párpados sobre las pupilas fijas e inmóviles. Cuando con indecible susto de la dueña de aquella mano, el gran poeta levantó la cabeza, que iluminóse de vida por un momento, y dijo: «*La conciencia sobrevive.*»

Pues a pesar de esto, la cosa no es clara aún, como dijo Jenófanes. Para que lo fuera, se precisaría la gran prueba que *un muerto* se presentara sin cuerpo y lo dijera.

Yo. — No todos creerían.

Gaúcho. — Lo sé; pero creerían los que asistieran al hecho, y no dudasen de su realidad. El gran filósofo italiano Angel Brofferio asistió muchas veces a las sesiones espíriticas que daba Eulalia Paladino, y quedó persuadido. La prueba él la tenía.

El caso es que nadie cree de veras, hasta conformar su conducta a su creencia (y si no, no es creencia) sino a su misma experiencia. Será uno, si quiere usted, el más bobo hombre del mundo, pero en su punto céntrico abriga la fe que no hay nadie ni hubo ni habrá, que le iguale en sabiduría. Y la prueba es que en estos casos no nos rendimos a ninguna autoridad. Aun los amigos del profesor Brofferio, los gauchos sus admiradores decididos, sospecharon que fué víctima de alguna treta. Pero Brofferio no podía dudar de sí, de su agudeza y de haber tomado todas las posibles precauciones; porque Brofferio no podía creer de veras más que a Brofferio; ésta es ley natural, es la *suprema ilusión*: B no se rinde enteramente sino a B.

*Yo.* — ¿Y qué hizo después?

*Gaicho.* — Nada. Siguió siendo el hombre más liberal del mundo, espejo de honradez bondadosa y enemigo del catolicismo.

*Yo.* — ¿Y creía en Dios?

*Gaicho.* — Su tratamiento del tema termina por estas palabras: «El hombre se ha quitado a sí mismo a sabiendas la posibilidad de creer en Dios; porque rehusa creer en Dios, si no hace un milagro, y si Dios lo hace, niega la posibilidad del milagro».

*Yo.* — Me gusta.

*Gaicho.* — Faltando, pues, esta prueba suprema, no podremos jamás tener certidumbre científica en este campo.

Querido amigo, fuera de la matemática, en que la esencia es lo primero que se conoce, en todos los demás campos conocemos sólo las propiedades (por el momento no quiero ser más exacto); y cebemos pues adivinar la causa por suposición. Si la causa cae bajo la experiencia, tenemos entonces la certidumbre de lo acertado de la hipótesis; si no, siempre quedará este defecto.

*Yo.* — ¿Entonces la metafísica no es ciencia deductiva?

*Gaicho.* — ¡Qué aberración! Y sin embargo, hasta entre los gauchos hay quien habla de ciencias deductivas; hasta entre los gauchos ¿comprendes? Mentira parece que una infantil bestialidad haya podido llegar a diundirse tanto; lo que prueba en que manos fué a parar la filosofía. Pero así debía de suceder, toda vez que la policía no le prohibió a los Descartes y compañía hablar de estos asuntos.

*Yo.* — Vamos, vamos, más respeto, amigo.

*Gaicho.* — ¿Más respeto? ¿Es que el fetiche merece respeto? Escucha, amigo. ¿Crees que la idolatría tiene una forma sola? ¿Qué no haya más fetiches que las monstruosas figuras de los dioses indios? Los pueblos no cambian. Tales se manifiestan en su religión, como en su panteón. La cultura ha dado otra forma a sus supersticiones, pero el sentimiento es el mismo.

Ejemplo insigne de ello Alemania. Bárbaros, cuando por sus sombrías florestas se buscaban los unos a los otros por el olor, lo que adoraban era la fuerza brutal, Wotan, el huracán, la destrucción, aspiración de su íntima esencia.

Ya no tienen el culto del huracán, que en su generosidad quisieron atribuir a todos los pueblos. Pero su esencia es la misma, sólo es distinta la manifestación; ahora se manifiesta en el panteón de sus glorias. Sus grandes hombres, los que llaman suyos, son en

cada rama de la actividad humana los destructores, los que dan a la raíz.

*Yo.* — ¡ Pero si Descartes no era alemán !

*Gaucho.* — He hablado así como aliado, para que me entiendas. Dejemos pues esta tecla.

Ninguna ciencia es deductiva en el sentido que se da a esta palabra ; en el sentido que de una proposición evidente pueda deducirse algo.

Su aplicación no es deducción. *El que dos y dos hagan cuatro*, me servirá para saber el número que he de aplicar a los pesos que tengo en el bolsillo.

Deductiva en otro sentido, en el de que en ciertos campos se conocen primero las causas y después los efectos, está bien dicho ; con tal que no se entienda que las propiedades o efectos se deducen de la causa. El gran trabajo de Kant sobre los juicios analíticos y sintéticos no tuvo otro objeto que dejar bien sentado este punto contra Descartes y no contra los antiguos. Hombre de intuición confusa como todos los de su raza, procedió por un camino que da mil vueltas, y dejando al que lo sigue, si no tiene la experiencia de la pampa, más confuso que antes.

Kant quería, por cierto instinto filosófico que no se le puede negar, conquistar el punto de vista antiguo, neциamente abandonado por Descartes ; demostrar que el *silogismo*, como dicen hoy, no dilata el saber.

Un triángulo es la unión de tres segmentos de rectas por los cabos. Este es el *concepto de triángulo*. Pues de este concepto no se *deduce* ni una sola de las propiedades del triángulo. Podré decir la misma cosa en otra forma, a saber : que un *triángulo tiene tres lados*, que *es rectilíneo*, que *tiene tres ángulos*, y nada más.

Estos *juicios* son los que Kant llama *analíticos*. No dicen sino lo que está en la definición de triángulo. Pero cualquiera propiedad no se deduce de la idea del triángulo. La observación la descubre o una intuición genial y luego la demuestra, esto es, demuestra como el tener esta propiedad depende de ser triángulo, y que, por tanto, no puede haber triángulo sin ella.

La proposición : *en un triángulo la suma de dos lados ha de ser mayor que el tercero*, implica ya una nueva idea, una observación, que uno sólo puede hacer cuando pasa a componer un triángulo. Esta proposición que enuncia la condición de la posibilidad de un triángulo y que da un nuevo conocimiento, Kant la

llama sintética, porque une algo al simple concepto de tres líneas que se cruzan.

Kant, pues, tenía sobrada razón para decir que para la segunda proposición se necesita una intuición nueva, una nueva observación, no indicada en el simple concepto; y que por tanto no puede deducirse de él.

En su formulismo, los teoremas geométricos son sintéticos, es decir representan todos una propiedad descubierta en el triángulo por la observación y la intuición.

Descartes creía al contrario que aquellos teoremas se dedujeron de la idea de triángulo, lo cual es absurdo; son propiedades que se descubrieron en el triángulo y no que se dedujeron de su idea.

Pero una vez descubierta la propiedad, hay que demostrar que nace de la misma esencia del triángulo. Entonces como un triángulo será siempre un triángulo, y no otra cosa, todo triángulo tendrá aquella propiedad necesariamente.

No hay ciencias deductivas sino en el sentido metafórico antiguo, y en este sentido, no hay sino la matemática, que se fué formando por continuas geniales intuiciones y fué después dispuesta en el orden que la demostración exige; esto es, antes el teorema que sirve de demostración al que le sigue. Mas esta disposición que da casi la ilusión de que una proposición nazca de la antecedente, obedece a las leyes de la demostración y nada tiene que ver con la génesis de la matemática.

A Descartes, pues, y su teoría del método, refuta Kant. Este no conociendo bien a los filósofos antiguos, crecido en un ambiente de desprecio para Aristóteles, no considerando como filósofos sino esos menguados que se llamaban así entonces en el círculo en que se crió; siendo hombre agudo sintió el error que envenenaba el ambiente en que se había formado, y se esforzó en corregirlo. Pero su reflexión, por sobrehumana que fuese, no le permitió advertir todos los falsos presupuestos; muchos hubo de que le era imposible sospechar, y éstos inutilizaron su obra, e hicieron de él una calamidad, cuyas consecuencias se están pagando ahora. Nosotros, desde la serenidad de la pampa, seguimos con ojos despejados todas estas evoluciones; nada se nos escapa; y si el mundo corre al precipicio, a pesar de nuestras previsiones, esto obedece a que no se viene a aprender filosofía en la pampa.

## IDEARIUM

### EL CARNET DE UN HOMBRE DE ESTE SIGLO

A medida que los años transcurren, nuestra alma siente un mayor deseo de sosiego. Como nuestro padre don Alonso Quijano allá en sus postrimerías, nosotros — en plena juventud — nos sentimos cuerdos: es decir, lógicos, razonadores.

De ahí que no intentemos ninguna nueva salida quijotesca. ¿Para qué?...

#### Defensa de la misantropía.

Estamos un poco desencantados con el mundo, por lo mismo que fuimos conociendo a los hombres. Hemos leído en el fondo de cien almas. Y hemos visto siempre el mismo sentimiento egoísta, el mismo afán absorbente, la misma venidad pueril...

Por eso nos hemos alejado un poco de los amigos, en tanto que buscábamos afanosos la camaradería con los libros. ¡Los libros! Ellos nos reservan su desinterés, su emoción, su inquietud, su enjundia, su omnisciencia... Los hay suaves y consoladores, como la voz acariciante de la amada; sobrios y sentenciosos como la parla de un severo maestro que abriera perspectivas a nuestra inteligencia; enérgicos y doctos como aquel noble espíritu que, en un largo viaje, templó nuestro carácter...

Por el rincón donde leemos desfilan visiones sombrías o panoramas radiantes; hombres que atormenta el tráfigo de los negocios y soñadores cuyas sandalias golpean impacientes el duro pavimento urbano... Como en el *Persiles* de Cervantes, de estos hombres es posible decir:

---

(1) Del próximo libro *La tragedia de todos*.

— Todos deseaban, pero a ninguno se le cumplían los deseos. Sólo nosotros, con el renunciamiento, le hemos hallado su sentido a la vida. Porque la vida no era — ¡no podía ser! — aquel gastarnos sin tregua, de nuestra mocedad, corriendo tras cosas inasequibles: la gratitud, el cariño popular, la gloria...

### **El pecado de la curiosidad.**

Un hombre para el cual la vida no guarda secretos, es hombre perdido. Ha de pesarle la existencia tanto, que sentirá el agobio de su masa encefálica como Cristo Nazareno el peso de la cruz. El mejor día una bala libertadora irá hasta su cráneo. ¿Qué otro remedio?

La sabiduría lleva al dolor, a la muerte...

A medida que afinamos nuestra sensibilidad, ampliamos la zona donde ha de «trabajarnos» el sufrimiento.

Larra murió tempranamente por lo mismo que la vida, a los 27 años, tenía ya poco de arcano para él. Le perdió su excesiva curiosidad, aquella gran curiosidad que, según propias palabras, era la «única indemnización al pecado de haber nacido».

Para saber del «dolor de vivir» hay que llegarse hasta donde están los que nos parecen triunfadores. (Se está hablando de artistas). El otro día leímos un reportaje a Benavente. Decía cosas tan sinceras, y amargas, y desencantadas, que estremecieron nuestro corazón. En verdad que no vale la pena de torturarse el cráneo. Lo único que se consigue es que le acibaren a uno la existencia.

A mayores méritos, más crueles diatribas. Todo está «equitativamente» repartido en este mundo. Para vivir tranquilo, hay que ser un infeliz, un idiota o un gran sinvergüenza. De ese modo o se inspira compasión o dejan de suscitarse envidias. Ramón Pérez de Ayala, al referirse a esos ataques estúpidos que se ve en la necesidad de soportar todo escritor de alguna boga, declara respirando por una herida reciente:

— Más que tristeza o amargura, tales diatribas producen desilusión.

### **La envidia entre escritores.**

Ya le pueden llamar Verlaine a un bardo del Río de la Plata — tanto da decir Flaubert, tratándose de un prosista — que nadie

le enseñará el diario donde se inserta el elogio. Pero como en alguna hoja de publicidad os dediquen gentilmente lo que en argot periodístico se denomina un «brulote», descuidad que no tardaréis en conocerlo.

Os lo llevará vuestro mejor amigo.

Localizando este pintoresco fenómeno, acaso pequemos de injustos: el mal no es ni argentino, ni uruguayo, ni chileno... Es ¡de todas partes!

La envidia y la malsinación han sido características hasta de los más grandes hombres de letras. En cierta oportunidad nos divertimos mucho (en compensación a lo que debieron desesperarse ellos) leyendo cosas que se decían entre sí figuras, hoy universales, de la literatura:

«Cuando hace algo bueno Esquilo — sentenciaba Sófocles — no sabe lo que hace». «Ese pobre mendigo manco» — escribió Cervantes el falso Avellaneda. Y Bossuet de Molière: «¡Es un histrión infame!» «Las obras de Shakespeare parecen escritas por un salvaje borracho» decía Voltaire. A Byron le pidieron los críticos de la *Revista de Edimburgo* que dedicase sus facultades al comercio.

Pero la nota más fuerte y divertida, tal vez, fué la de Barbey d'Aurevilly, lanzada como una bomba contra su impugnador Mirabeau:

«Fácilmente se le toma por un león; pero no es sino un marrano de melena larga».

Frase para la cual, en nuestros días, tres tiros fueran poco...

### La muerte y los necios.

Mientras viva usted, todo es amargarle la vida. Si trabajamos, dicen que la ambición nos domina; si permanecemos ociosos nos tildan de parásitos; si hacemos economías prudentes: «¡Oh, qué avaricia, cuánta sordidez!» Si se derrocha: «¡Cómo se conoce que no le cuesta ganarlo!» No hay mira de acertar. A todo se le ve el exceso.

Pero se muere el hombre más egoísta, o más malvado, o más ladrón y todo son encomios. ¿Han visto ustedes un solo suelto necrológico en que no se le llame inteligente y laborioso, probo y humanitario al que se va de la vida?...

Si a ustedes, una vez se les ocurrió decir de este usurero o de

aquella daifa: «¡Era de lo más cínico!», veinte, treinta voces se alzarían para amonestarles:

— ¡Un poco de respeto ante la muerte!

Mientras existamos y luchemos, han de perseguirnos, de acecharnos, de calumniarnos. . . Pero no se desespere usted — ¡bravo consuelo! —: el día que muramos nos glorifican. Y ved ya. . . triunfando de nuevo, el viejo concepto simbólico.

La humanidad progresa muy despacio. Hombres inteligentes y mortales estultos, todos se confunden para dejar que subsista un estado de cosas ilógico, arbitrario. Y es así como Mariano José de Larra sigue teniendo razón cuando deja sentado:

— La diferencia que hay entre los necios y los hombres de talento, suele ser sólo que los primeros dicen necesidades y los segundos las hacen.

¡Todo es uno y lo mismo!

### Mal de muchos.

Antonio Zozaya se indigna ante el número de malas novelas que se están editando. «No hay escritor indocumentado que no quiera ser novelista en España». ¡Y en casi todas partes, maestro! Si viera usted cuántos amigos nuestros exclaman con el mayor desparpajo:

— ¡Voy a escribir una novela!

Con el teatro sucede algo idéntico. A todos les place ser autores dramáticos. De continuo se «perpetran» despropósitos escénicos. Anúncianse con bombos y platillos. Acude la gente al coliseo, en vista que los periódicos no ponen tasa a las ponderaciones. ¡Qué sopor el que se apodera de las almas luego! Bostezan hasta los candelabros.

Así, insensiblemente, vamos desacreditando la producción nacional. Nos quejamos de que se venden pocas obras. De que no hay curiosidad por los libros de América. Lo extraño es que aun queden espíritus animosos que los reclamen en las librerías.

Mal de muchos. Hay tantos malos sonetistas que, naturalmente, quitan toda su importancia a quien es capaz de tejer un buen soneto. En un campo alfombrado de tréboles corrientes ¿cómo puede darse con el «cuatro hojas» rarísimo? . . . La profusión desanima. Florencio Sánchez atrajo al público hacia los coliseos

nacionales. Los que vinieron después se encargaron de ahuyentarlo.

Es deplorable que seduzca a tantos tener «barniz de intelectualidad». Los países pierden una porción de buenos zapateros, sastres, médicos, agricultores... A la postre se agarran, como a la balsa el náufrago, al armazón burocrático. Y un día, cuando miopes, gastados los ojos en el estudio y el trabajo caigamos los «profesionales» por sus dominios, nos dirán con aire displicente:

— ¡Ah, usted sigue escribiendo! Lo compadezco. Yo también hacía dramas y novelas. Pero ahora estoy desengañado. ¡Esas cosas no dan importancia!

### **Beneficios de la enemistad.**

Un enemigo es siempre un factor importante para quien aspira a que lo tengan en cuenta, para quien apetece progresar. «Del enemigo el consejo» dice un adagio antiquísimo.

Recibido el consejo, basta hacer lo contrario de lo que se nos dijo, en la seguridad de que habremos acertado.

El enemigo es para el luchador lo que la boya luminosa para el barco que avanza entre las brumas de la noche. Con dejar distancia de por medio, habremos salvado ya un escollo.

¡Desdichados los que en su paso por la vida no vean erguirse junto a ellos la planta hispida de la antipatía o el odio! Sin censuras, los elogios caen en el vacío. Lo estamos viendo todos los días.

Un vate desmedrado compone un libro hético; los amigos le tejen una guirnalda de elogios rimbombantes; le llaman Heine, que es la mejor manera de matar, con un solo tiro, a Heine y al poeta novel; nadie arruga el ceño; a lo sumo tal cual sonrisita irónica...

El vate, intelectualmente, está perdido. Ha quedado dentro de los ditirambos, como en un ataúd. Nunca nadie podrá resucitarlo.

Pero que se empiece a vapulear a un artista... Como tenga condiciones, se impone, vaya si se impone! Es cuestión de que trabaje con entusiasmo.

Sin la campaña terrible que se le hizo a Zola, lo más vigoroso de su obra tal vez aun no se hubiera popularizado. El sentido práctico de los alemanes les ha hecho forjar este proverbio: «Tener muchos enemigos es grande honor».

Nuestras gentes, aun las más incultas, cuando ven que se ataca mucho a una persona es cuando principian a darle importancia:

— Nadie tira piedras a árbol que no da fruto — sentencia de un modo cauto e infalible.

El enemigo nos enardece, dándonos mayores arrestos para la lucha; además, como suele ponderarnos algunas condiciones, a fin de que no caigan en el vacío sus dicterios, resulta que nos hace un favor. Dice Barret que la vida sin lucha, es olvido y es muerte:

— La admiración que no es envidiada, resulta indiferencia.

### **El saber esperar.**

Consecuentes con nuestra teoría de que se debe influir sobre lo circundante, fuere cual fuere el esfuerzo volitivo que impongan las circunstancias, no sólo dejamos de contaminarnos por las impacencias de muchos de los que nos rodean, sino que asumimos la actitud filosófica que más puede diferenciarnos de ellos.

Mientras se encaraman, mientras trepan, con los ojos fulgentes de codicia, nosotros sumimos nuestro espíritu en los serenos ámbitos de la meditación. Y como sentimos, nos enternecemos. Y es esta ternura, «placer por fuera, por dentro dolor», la que nos induce a perdonar, a olvidar, a sonreir. . .

¡Inefable sonrisa que nos va desgarrando el alma como si fuese un sollozo incesante!

¡Saber esperar! He aquí, quizá, la única sabiduría. Continuamente estamos viendo fracasos. Y se explican. Los únicos que no suelen explicárselos son aquellos que los sufren. Se quiere ir demasiado aprisa. Federico Onix decía a sus discípulos con una página admirable:

— ¡No tengáis prisa por adelantaros a vuestras obras, madrugando antes de que amanezca!

Y porque no supieron aguardar el amanecer ¡cuántas almas se sumen hoy en la tiniebla de la desconsideración y el olvido!. . . No nos conocen los que nos suponen modestos. Nuestra modestia es una resultante de nuestro orgullo. El orgullo nos mantiene sobrios, serviciales pero incontaminados.

Nos estimamos tanto, que rehuimos todo aquello más o menos grato — desde luego ostentoso — que podía convertirnos en esclavos de tal o cual hombre influyente o dispensador. Vemos el

triunfo en la integridad. Hacia la integridad vamos. Porque nos repugna resultar como hombres «ese zurcido de compromisos, de caprichos y de concesiones» que critica Ortega y Gasset.

Aislándonos de los demás, nos encontramos a nosotros mismos. Nuestro paso suscita miradas de simpatía o repulsas disimuladas, que nunca es un alma semejante a las libras esterlinas, cotizadas por doquier.

Con el mismo derecho que un íntimo balbuce un elogio exagerado, arriesga el adversario su juicio demoledor.

Ni nos fascina aquél, ni nos confunde éste. Confiamos en la obra justipreciadora del tiempo. Mientras llega, vamos acumulando artículos y esperanzas, libros y desengaños. Nadie nos quitará, al menos, lo sufrido, lo aportado. Seamos sagaces recordando verdades de Azorín:

— ¿Triunfamos?... Los amigos nos felicitan. ¿Fracasamos?... Los amigos se felicitan.

¡Oh, endiablada contextura de este saco de pasiones que es el hombre, a todas las edades y en todas las latitudes!...

VICENTE A. SALAVERRI.

Montevideo, 1917.

## PALABRAS . . .

*A Roberto F. Giusti.*

Morir hoy o mañana, ¿qué me da  
si con ese trasmonte decisivo  
he de llegar al lúcido y esquivo  
seno donde mora la Eternidad?

¡Ser o no ser! El inquietante abismo  
deja impávida mi imaginación;  
cuanto más hondo clama mi optimismo  
menos turbado siento el corazón.

¿Que mi rastro al pasar fué simple y leve?  
Yo no tengo la culpa. Estaba escrito  
que el ave ha de dejar intacta nieve  
cuando quiera ascender al infinito.

Pero tuve mi ensueño y lo mantuve  
no obstante el angustioso combatir,  
y si no lo alcancé, sin duda tuve  
el ansia de un eurítmico existir.

Esto sólo, esto sólo ya me basta,  
y una humilde flor sobre mi ataúd,  
y una lágrima bondadosa y casta  
que llene de perdón mi juventud.

Morir hoy o mañana, ¿qué me da  
si con ese trasmonte decisivo  
mi aliento dejará de ser cautivo  
de esta impura mortaja corporal?

\*

Si la nociva hierba invadió tus verjeles  
y abandonó la abeja su fábrica de mieles;  
si la Duda detuvo en tu lar sus corceles  
y aullaron sus mastines como perros infieles;

si un torcedor designio malogró tu quimera  
y fuiste campo yermo en plena primavera;  
si tu fontana dijo su cantiga postrera  
y se hizo la noche cuando aun el día era,

no te alarmes, ni gimas, ni impreques, ni implores.  
Haz como las alondras que dejan los alcores  
cuando a su nido llegan ruidos turbadores:

orienta hacia otro rumbo tus íntimos amores.  
Y sé como la espuma, como la blanca espuma,  
que sigue siendo blanca bajo el gris de la bruma...

\*

Ten en tus labios pronto un gesto de desdén.  
Eso vale la vida... que, sin embargo, amamos.  
Forma trunca del mal, forma errada del bien,  
si por ella reímos y por ella lloramos,  
¿ha de cubrir por eso de nieve nuestra sien?

¡La vida! Los veinte años risueños y los veinte  
amargos y otros veinte que hacia la sombra van...  
Eso es todo. No más. Y una luz del Oriente  
y un albor del cenit... Y ya en el alma están  
todos los sinsabores definitivamente.

\*

(Al azar, unos ojos que de l'hondo nos miran  
y en su espejo duplican la mortal inquietud,  
y unas manos albisimas que vanamente aspiran  
a parar un instante la huyente juventud).

Admonición:

Junto al sereno Ganges de tu desdén eleva  
tu frente a la callada y azul inmensidad.

Deja pasar la vida y en sus olas renueva  
 tu sosegado espíritu sin odios ni ansiedad, —  
 no de otro modo el agua al sitibundo abreva, —  
 hasta que llegue la hora de ser Eternidad. . .

\*

Señor: si alguna vez mis ojos te miraron  
 sin temer que los ciegue tu sacrosanta luz,  
 fué cuando desolados vientos me arrebataron  
 de la serena ruta que iluminó tu Cruz.

Yo tenía el espíritu como la mar revuelta.  
 Mis cruentas entrañas aguijoneaba el mal;  
 galopaba el Destino, lanzado a rienda suelta,  
 por un acerbo y ancho paraíso artificial.

¡Qué larga fué la noche, la noche turbadora  
 en cuyo vientre oscuro mí corazón tembló!  
 ¡Qué distante la estrella que apacenta la aurora,  
 la estrella de los Magos, qué distante, Señor!

Mas Tú eras. De nuevo mis mortales despojos  
 sintiéronse entre rosas bañados por tu luz.  
 Una santa vislumbre me iluminó los ojos  
 y de nuevo vi alzarse purísima tu Cruz. . .

\*

Si un Superior Destino nos señala  
 el oriente del áspero camino,  
 y hasta la ruta insólita del ala  
 está marcada en el azul divino;

si el Hado siempre ha de lograr su intento  
 y con la rosa ha de medrar la espina,  
 y la carne ha de hallar padecimiento  
 hasta en l'alma que a reposar la inclina,  
 ¿por qué oponer obstáculos al viento  
 y al hacha torpe la augural encina?

Más razonado es declinar la suerte  
en las manos de Dios con mansedumbre,  
y correr la aventura de la muerte  
llenos los ojos de su vasta lumbre. . .

Plegaria:

Señor: sea mi frente tu escabel;  
mas antes de que llegue mi última hora,  
disminuye el acíbar de mi hiel  
y haz en mi noche un poco de tu aurora.

ARTURO PINTO ESCALIER.

Buenos Aires, 1917.

---

## EL ODIO

Los que no conozcan la vida de las selvas tropicales, jamás podrán penetrar en el misterio que rodea la muerte de Gaddo Rinaldi, el célebre paisajista, autor de «El titán».

Rinaldi, como todos sabéis, vino de Italia en 1902. Acababa de exponer con suerte, en los últimos salones de Milán. La crítica tuvo, sin embargo, sus reparos sobre la vulgaridad de los asuntos. Era una lástima que aquella técnica admirable, que aquella elocuencia del color se malgastaran en desusados temas hortícolas, en los olmos y almendros sacramentales, en manoseadas vendimias y asuntos del establo, propios de aprendices y medio-cucharas. Estos reparos a sus triunfos primigenios fueron una prevención y un estímulo. Es decir, que para la obra definitiva, necesitaba beber en otra fuente, ensanchar el límite de aquella vida rústica, tan en contacto con su público, para que pudiera interesar como espectáculo trasladado al lienzo. Herido en su amor propio, pensó que para definir su personalidad, debía dar nuevos horizontes a su paleta. Pero, más que todo, sintió miedo, un miedo cerval de caer achatado por el anónimo; un miedo irreductible de que aquella vulgaridad lugareña pudiera apoderarse de su espíritu y matar la chispa genial que ardía en su cerebro. Fué entonces cuando emprendió su viaje a América.

Su paso por Buenos Aires fué un relámpago. En compañía de su esposa, Alicia, joven encantadora hija de las campiñas vénetas, remontó el Paraná en un barco de la carrera. Como una mariposa, se dejó atraer por la luz de los trópicos. En la Asunción permaneció el breve tiempo reclamado por la preparación de sus avíos de turista. Cruzó en el transparaguayo la hermosa región valletana, donde se escalonan las primeras florestas, precursoras del bosque infinito. Tomó lenguas en Encarnación sobre los caracteres de la comarca altoparanaeña y se lanzó en la carrera del norte, llamado por las salvajes cataratas y el encanto del río.

Después de su excursión ribereña hasta el turbulento Guairá, poseído de aquel panorama de la selva tremenda, enamorado del paisaje montaraz, sintió que su alma, como una flor humedecida por el beso de las estrellas, abría su corola bañada en la luz del ideal.

Gaddo Rinaldi acababa de orientar su destino.

\*

En tierra misionera fijó su rancho. Por aquella época, el gobierno licitaba la venta de una extensión de bosques sobre el río. Rinaldi eligió la más salvaje de las lomadas, atrinchada de hirsutos tacuarembosales y en cuya honda caleta doraba el sol de la mañana las cerrazones desflocadas del río. Un mes demoró el joven matrimonio en preparar la vivienda, adquirir en los negocios de Posadas el sencillo menaje y la lancha de rigor. Por fin se instalaron definitivamente al morir de una tarde de octubre, frente a la magnífica agonía del sol. Alicia, espíritu romántico y sentimental, estaba encantada con aquella agreste iniciación. Abrazada al cuello de su esposo, por largo rato dominó el curso del sol desde la loma. El río empurpurado, infinito y tranquilo, corría abajo como un amigo fiel. Cruzó una canoa como una alma abandonada... Se ocultó el sol tras la fronda maciza de la ribera opuesta. Un pájaro de la familia de los euphonos, cantó en una rama su trino vespéral: «berrrrrrrrrrre... tshitshi... tshitshi... tshitshi...» Por fin aquellas almas, prisioneras de la selva virgen, sujetas como pobres libélulas a la llama de aquel tramontar maravilloso y triste, aquellas almas, sin alma ya bajo el sugestivo poder de la naturaleza primitiva, fundieron su nota de ternura en la melancolía de la tarde.

—¡Oh Gaddo mío!... ¡t'amo tanto!... ¡t'amo tanto!... — suspiró ella, mientras dejaba caer su cabeza como un lirio sobre el pecho del amado.

Nada dijo el artista. Su corazón solía guardar estas vigiliadas para volcar todo su sentimiento en los pinceles. Nada dijo, pero sintió sobre sus mejillas el surco de las primeras gotas de rocío que fueron a morir en su boca frías y salobres...

\*

La selva los recibió con los brazos abiertos. Pasaba la Primavera poniendo colores en las ramas, alegría en los nidos y fres-

cura en los arroyos. ¡Qué silencio! ¡Qué dulce soledad! ¡Qué misterioso encanto en la fronda salvaje! Aquello fué una revelación para Gaddo y su alegre mujercita. Como dos palomas azotadas por el viento, venían a tejer su nido en una rama del bosque, seducidas por dulce y recóndita atracción.

—¿Sabes?— solía decir el artista, — debe haber un matorral umbroso y fresco, circundado de glycinas y flores del aire, donde los silfos tienen su epitalamio. Cuando la siesta derrite su aliento sobre las copas altas y duerme el mundo de los pájaros, suben a la barranca las nereidas del río a tender sus cabellos sobre el trebol... ¿Y has oído, entonces?... Una brisa sutil agita los cañaverales de la ribera, mientras las palmeras del bosque, las gemebundas euterpes, tremolan un intraducible florilegio como una dulce invitación. Es la hora del inmenso connubio. Por la tupida ramazón se filtran las náyades como estrías de luz, salvando los espinosos madroños y las urticáceas aceradas... ¿No has notado su huella sutil en el rocío de los helechos? ¿No has visto desaparecer los claveles de las epífitas en las horquetas inaccesibles? ¿Y no has encontrado a tu paso por la selva, algunas flores del irupé que sólo crece en los remansos del río?... ¿Pensaste, acaso, quien pudo traerlas hasta el bosque?... Pues son las driadas del río que buscan el amor de los silfos del bosque. Pero sus rastros se pierden en el inextricable laberinto, entre los agudos bambúes y las hojas brillantes de las rubiáceas... ¡Tremenda comunidad, monstruoso himeneo del gran río y de la selva impoluta!... ¡Oh amada mía! ¿Dónde está la glorieta divina en que ofician esta salvaje conjunción los trópicos?... Quizá junto a la fuente pródiga de un arroyo; quizá bajo el silvestre naranjal estrellado de azahares; tal vez en la gruta ignorada que cavó el torrente o en algún claro de la selva saturado del perfume de las gramíneas?...

¡Oh romance ingenuo y sentimental el de la pareja amartelada que venía a los trópicos buscando paisaje y amor!...

\*

Mientras tanto, florecía la selva como una bendición. Enjocíanse los isypós con fraganciosos racimos, mientras sus ramas bravías se aferraban como garfios a los cedros corpulentos y a los laureles y buscaban la luz entre el follaje de los vanidosos ambays. Florecían los gnavirós y los yacaratiás presagiando abun-

dosa cosecha de sus dulces y amarillas pomas. La yerba mate, — la ca-a' guaraníca, — se difundía en aislados arbustos intensificando con sus hojas oscuras la gama tornadiza de la floresta. Las palmeras, como columnas infinitas, surgían del matorral de los helechos, se abrían paso entre aquella vegetación arborescente, acometían con la ramazón de las mirtáceas y extendían sus graciosos abanicos bajo el dosel de los ficus y de los gigantes del bosque posesionados del sol. De vez en cuando, de entre aquel hálito fragante, saturado con el perfume del caraguatá, de las bromeliáceas, del arazá y de mil arbustos odoríferos, se destacaba el aroma insinuante de las flores de los citros, derrochadas por el apepú y el limonero al paso de Flora vestida con el traje nupcial... ¡Qué mundo maravilloso el de la selva! ¡Qué vida pasional desenvuelta en el misterioso laberinto! Las copas altas, que dominan los vientos, se apoderan del sol y de las estrellas. Hasta allá se arrastran las lianas trepadoras buscando una caricia de luz. Y cuando llegan ¡qué venganza tremenda! Cada sarmiento es una culebra que se retuerce sin piedad sobre la rama abatida del árbol fuerte. Y sucede, a menudo, que la planta rastrera, que llevaba a la altura el encono de los helechos y de las orquídeas confinadas a la eterna sombra de abajo, se apodera de la fronda de algún atleta de la estirpe de los ivapoys <sup>(1)</sup> y la inunda de blancos racimos como un reto a la dolorosa infecundidad del coloso... ¡Sugestiva venganza de la infinita belleza sobre la torpe fatuidad!

Gadllo Rinaldi se sintió dominado y perplejo ante la naturaleza maravillosa, sugestiva, única. ¿Qué cuadro ensayarían sus pinceles? ¿Quizá este bosque enmarañado, hasta cuyo fondo, tamizado de sahumadas piperáceas, de orquídeas festoneadas de oro y carmín, baja un discreto hacecillo de luz? ¿Tal vez este claro inexplicable, donde el matorral de arrayanes y de salvias rojas, reclama la escena faunesca de un romántico espionaje? ¿Quizá el misterioso sendero que cae al río, aquel sendero trabajado por quién sabe que fauna irreal, bajo la fronda primitiva? ¿O sería menester dejarse arrastrar como un ensueño por los bosques, buscando el alma mater de aquella salvaje virginidad? ¡Oh la belleza, la emotividad, el color inviolado, eran la nota eterna y caudalosa del país de la selva! Allí estaba la Castalia, el impecado nacedor donde debía beber el artista.

---

(1) Arbol que da frutas y no flores. (Del guaraní).

Ya no copiaría las manoseadas escenas de la huerta de su aldea septentrional, ni aburriría a las gentes del Salón con sus almen-dros en flor y sus telas parroquiales con rollizas tamberas o asien-tos de mercado oliendo a coles frescas y guisantes. ¡Y con qué placer les daría por los ojos a «quelle scimie delle stampa», aquellos tendenciosos que sancionaron de nota trivial sus prime-ras telas! Saturado de belleza, picado de inspiración y de legítimo encono, emprendió su obra. De esta iniciación nació su cuadro maestro «Natura Virgo», paisaje maravilloso que aseguraría su fama y que fué el reto definitivo enviado de ultramar a sus incrédulos paisanos.

Mientras tanto, Alicia seducida también por el salvaje encanto, dejaría correr su vida como una cinta de agua, bulliciosa y ale-gre. La joven sentía revivir su niñez. Renovaba sus manzanos en los mirtos esbeltos espiando el poema de las aves gárrulas. Acometía contra los helechos; trepaba como una colegial a las ramas bajas para desprender glycinas y claveles. Era Diana con los pájaros y raposuela con los nidos. ¡Qué maravillosos collares satisfacían su inquieta curiosidad, ensartados con cáscaras de huevos, blancos de djaku-po-i, azules verdosos de macucos, pun-tuados de canela de siete colores, diminutos como perlas de mai-numbies! Con apresuramiento infantil inició su herbario, sin preocuparse en la distribución vegetal de sus ejemplares y por el simple diletantismo de juntar en hojas y flores belleza, perfume y color. Coleccionó nidos, aves, luciérnagas, mariposas. . .

\*

Con el verano comenzó la naturaleza a transformarse. Se tro-caron en vainas los racimos de las enredaderas. Se poblaron de frutas los pindós y los aguáis. Tomaba nuevo aspecto la selva. Germinaba la vida en el mundo de los insectos. El derroche ve-getativo de la floresta intensificó la luz. Era la influencia de las precipitaciones acuosas, según la ciencia de los ribereños. Menu-dearon los aguaceros y se iniciaron los rocíos estivales, intensos como garúas. La tierra roja exudaba su vaho bochornoso como si tratara de ahogar en espesas neblinas el triunfo de la luz. Un amodorramiento letal suspendía el latir de la selva. Comenzaron los días soporíferos, pesados, silenciosos, mientras las noches magníficas llenas de frescura y de bondad favorecían la agitación febril de aquel gran universo. Alicia, antes que su marido, sintió

que comenzaba a desvanecerse el ensueño. Y fué para ella primer dolor cruel, el espectáculo de su herbario destruído por las hormigas y la humedad. Ya el bosque hubo de hacerle sentir su potestad inviolada, pero en su atolondramiento infantil, no había echado de ver la avaricia de la selva. Este acontecimiento tan sencillo la hizo meditar.

— ¿Te acuerdas, — le dijo al artista, — de aquellos helechosafiligranados que recogimos junto al arroyo, de hojas temblonas como el culandrillo, pero más límpidas, más sutiles, más claras?...

— Sí.

— Pues se han secado, — prosiguió con un hondo suspiro. Y no me dirás que no tuve cuidado en el trasplante. Los recogí con su misma tierra y les busqué su sombra propicia bajo el corredor...

Y luego, casi llorando, anunció otra desgracia:

— ¡ Mis epífitas!... ¡ también mis epífitas!... Las descolgué de un mirto con toda precaución, sin lastimarlas... Y han muerto también... ¿Lo concibes?... Las epífitas son hijas del aire... ¡ Yo no les he quitado el aire, qué esperanza!... Y han muerto... ¿Sabes, Gaddo, de que han muerto mis epífitas?

— De nostalgia.

¿Qué otra cosa podía decir el artista? Si la vida de estas plantas aéreas no depende de los jugos nutritivos del árbol que las protege, de qué pueden morir las epífitas, sino de nostalgia o de amor al desprenderse de su tronco natal?

Alicia sintió que su alma se torturaba con esta revelación. «¡ Claro! — pensó — es la selva que se defiende contra la invasión». Y recordó que los pájaros que cayeron en sus tramperas, habían muerto enjaulados o no cantaban ya. Pensó en la nube de himenópteros que envenenaban su piel con agujones brutales. Se cubrían de asquerosos reptiles los senderos. Y asociando ideas, recordó con cierta repulsión que, en la tarde anterior, persiguiendo los pichones de pava montés desprendidos de un higuerón, había encontrado los helechos plagados de garrapatas. Comenzó a sentir tristeza. De día, la humedad asfixiante que subía como un hálito tibio desde el fondo de la tierra ocre, aprisionaba sus pulmones y su corazón en una infinita angustia. De noche, cuando la inmensa urbe de las fieras, los insectos y las aves, se significaba en su misterioso tragin, para cada ruido tenía una absurda y dolorosa interpretación. Los cantos eran quejas de almas vagarosas que expiaban su pecado en la esclavitud de la selva. De la tristeza,

pasó al miedo. A veces, en mitad de la noche, se incorporaba de pronto en el lecho con los ojos desmesuradamente abiertos y, presa del terror, sacudía como una loca a su esposo que dormía tranquilamente a su lado.

—¿Has oído?— le preguntaba, —¿has oído?... Alguien se ha quejado en la pajarera donde se murieron mis zorzales...

—No seas niña, —la tranquilizaba el artista, besándola en los ojos. Es el balido de un apereá junto al río... Tal vez el canto del caraú que es lastimero y triste... Y la estrechaba contra su corazón. Y volvía a conciliar su sueño tranquilo.

«Si, debe ser un caraú,—pensaba Alicia.—Pero el caraú es un alma y no un pájaro». Y recordaba la conseja que le habían contado los carpincheros de la vecindad: «El caraú era un joven bullanguero, hermoso como un sol, bailarín como una ardilla y cantor como un corochiré. Su presencia avivaba el amor en las mujeres y despertaba envidia en los mancebos. Sucedió que una vez, en una tertulia, trataron sus rivales de buscarle gresca. Para burlar el peligro que corría el tunante, un amigo quiso valerse de un ardid: «Caraú — le dijo — vamos a tu casa por que se acaba de morir tu hermano». — Hay tiempo para llorar,—contestó el calavera. Y continuó bailando. «— Caraú — volvió a decirle el amigo, — vamos a tu casa que acaba de morir tu madre». — Hay tiempo para llorar, — volvió a responderle. Entonces apeló su camarada a un recurso supremo: «— Vamos, vamos, Caraú, que acaba de morir tu amada». Entonces se operó una transformación maravillosa en el joven bello y cantor. Cesó de bailar y de reír. Y pudo la concurrencia atónita presenciar la metamorfosis de aquel airoso cuerpo que fué perdiendo las formas y achicándose poco a poco hasta convertirse en ave. Cuando se vió con alas, alzó el vuelo y fué llorando, llorando a perderse en la espesura de la selva. Y llora siempre. Es el caraú fatídico de hoy...

Tomó cuerpo la tristeza en la joven bulliciosa. Se insinuaba la neurastenia con sus síntomas característicos: insomnio, inapetencia, tedio, sobresaltos, mal humor... Alicia empezaba a palidecer como un nenúfar. Era preciso una reparación inmediata. Debía la joven abandonar la selva y retornar a Italia a recuperar la lozana salud trabajada por la gran emoción de la vida contemplativa. No opuso reparos el pintor. ¡Ella, primero ella! — pensó. Y la dejó partir. El se quedaría en la maraña trabajando su celebridad que era la gloria común. Tenía una concepción estupenda.

Con Alicia iría su tela «Natura Virgo», destinada a triunfar. Se despidieron por fin. Comenzaba el otoño a sazonar la semilla de los aromos y poner su matiz gualdo sobre las hojas.

— ¡Oh Gaddo mío!... ¡t'amo tanto!... ¡t'amo tanto!... — volvió a decir ella, ocultando su cabecita bruna en el pecho del artista.

Cuando Gaddo Rinaldi se quedó solo, volvió a sentir sobre sus mejillas el surco de dos gotas de rocío que fueron hasta su boca, salobres y frías...

\*

Se operaba una transformación en el artista. En el fondo de su alma sentía florecer un sentimiento de aversión. ¿Podía explicarse aquel contrasentido? ¿Podía concebirse aquella retribución exigida por la selva? Tenía al alcance de su mano la gloria. Pero ¡a qué precio, gran Dios! ¡A costa de qué doloroso desprendimiento! Comenzó a sentirse extraño en aquella implacable soledad que le acababa de quitar su amor. Pesaroso, agobiado, sin voluntad, sin espíritu, estuvo a punto de defeccionar. Pero una fuerza superior, más poderosa que la emulación y que el arte mismo, le aferraba a su caballete. De aquel choque pasional debía surgir la creación consagratoria.

Los pobladores de la ribera notaron bien pronto, el cambio operado en el pintor. Pero nadie se asomó hasta el fondo de su alma. Aquella repentina hosquedad, aquella frialdad cavilosa, aquel rostro de dolor que contrastaba con el temperamento jovial del artista ¿en dónde podría tener origen sino en un desengaño sentimental?

Los motivos de esta transformación debían de obedecer a un proceso sencillo, según la imaginación de los pobladores: la desarmonía conyugal, la escena violenta y la separación de mutuo acuerdo... ¡Oh! debía de ser una pérfida aquel diablejo con faldas que se trepaba como un varon a las ramas de los ibirapitás para saquear los nidos. ¿Y él? Ya se conformaría... ¿Para qué era artista, si no para ser veleidoso como el colibrí? Ya le verían como un saltamontes desperdigando su escopeta sobre las indefensas palomas; ya sentirían el «tok... tok... tok...» de su lancha veloz y oirían sus cancionetas alegres despertando el río. Y pasó el comentario vecinal como un chubasco de diciembre. Y lejos de reaccionar el hurraño, se sentía cada vez más angus-

tiado, más triste, más solo. Tenía la admirable concepción de su obra, pero le faltaba, sin embargo, el modelo. ¡El modelo! Pero ¿y su libertad para vagar por la maraña buscando aquel cuadro que perturbaba su cerebro? No era dueño, — ¡dueño! — del bosque, acaso?

Mientras tanto, recobraba su poder la selva hollada. Se tupían de zarzas los caminos familiares que abrió a machete con sus peones. Renacían los brotes jugosos de las raíces abandonadas en el desmonte y se cubría de jarales el rozado que destinó al maizal y a la huerta. La naturaleza inexorable, aprovechaba el doloroso descuido del pintor para tomarse la revancha. ¿Debía seguir luchando contra la adversidad? ¿O es qué pretendía vencer a la selva? Del convencimiento de esta enorme rivalidad, vino el agotamiento de sus fuerzas. Comenzó a sentirse pequeño ante la monstruosa majestad del bosque. ¡Ah, si pudiera juntar todos los árboles y trenzarlos en un haz, para castigar con él su destino! ¡Qué látigo! Y así crecía aquella pasión instintiva que debió volcar en su tela póstuma.

A veces algún botero trashumante se aproximaba hasta su vivienda para pedirle permiso «para una hachadita, de cañas, no más, pa poblar...» ¿Acometer contra la selva?... ¿talarla?... ¡Si era su gloria! «¡Hache, hache! — solía ordenarle, con un asentimiento jubiloso que nunca alcanzaron a interpretar los ribereños. Por fin, su concepción trabajada por largas vigiliass encontró el modelo. Suelen los temporales de fines de estío batir sin piedad la selva misionera y arrancar de raíz los árboles corpulentos. La tempestad debía darle su tema mágico. De la tragedia nació «El titán», su mejor obra. Pero «El titán» vencido, mancillado, servil... Fué uno de los progenitores del bosque, un inmenso iba-po-í, humillado por el huracán. El árbol, desprendido de cuajo, agonizaba aún, enhorquetando su copa abatida entre las ramas de un guavirá a manera de piadoso rodrigon. ¡Qué Prometeo! De nada le habían valido sus garras para salvar las furias de Eolo, hecho Júpiter ante aquella miserable ambición de atesorar la luz!

Gaddo Rinaldi requirió sus pinceles abandonados y afrontó la obra. Durante un mes consecutivo laboró su tela. Tejían ya las plantas rastreras su mortaja al modelo y era menester ganar tiempo sobre aquella dolorosa agonía. Este esfuerzo emocional aniquiló su organismo. Pero no se dejaría vencer. Sobre la exi-

gencia del matiz y del detalle, buscó el concepto pasional de las plantas. ¿Lloraban, acaso, los viejos árboles en aquel rocío matinal desprendido de las copas altas? ¿Odiaban los arbustos, las hortigas y las enredaderas en su afán de dar sepultura al coloso? En la interpretación de este misterio aseguraría la gloria de su tela. Cuando terminó su labor no podía moverse. Estaba aniquilado, exánime. De aquel incesante laborar, sorprendiendo el efecto uniforme de la luz, de aquella eterna zozobra ante la transmutación caprichosa y salvaje de la naturaleza, de aquella impaciencia febril en copiar de prisa el accidente y el color, sobrevino un relajamiento nervioso que le llevó a la cama.

Se moría el pintor. . .

\*

Su cuadro en el Salón de París fué un triunfo sin precedentes. ¿Recordáis? El arte no tuvo reatos para magnificar aquella obra estupenda, por su novedad y su colorido, por su técnica y la unidad de su procedimiento, por el espíritu conceptual, en fin, resultado de una invalorable genialidad. La prensa parisina volcó sobre el cuadro sus mejores ditirambos. «Es raro que este pintor no sea francés, — decía *Le Figaro*, con su plausible vanidad nacionalista, — por que sólo un cerebro francés puede culminar en tan maravillosa concepción.» Sin embargo, del fárrago de fragantes laudatorias, del juicio de los eruditos y los maestros, no se impuso jamás el concepto ajustado de la obra que debía morir con el secreto pasional del artista. Nadie se atrevió a pensar que más allá del triunfo del estilo y del arte, había una nota de emoción interior, incomprensible para los que no conocían la selva del trópico ni habían sufrido el doloroso desgarramiento del artista. Aquella caída brutal del árbol, tenía todo el misterio de una imprecación. Era anatematizante, más que natural. Parecía un apóstrofe al poder irreductible de la selva, más que un accidente de la tempestad. ¿Y los raigones? Allí estaba la médula genial del cuadro. Los raigones eran una hidra. Retorcidos, anarquizados, bravíos, como la cabellera de Medusa, llenos de odio, parecían culebras diabólicas, garfios malditos que prendían a la tierra lasciva y fecunda aquel monstruo genésico de la selva inmortal!

\*

¿Concebís ahora la muerte de este magnífico pintor?

— Fué un misterio, — me decía un vecino de la comarca cuando, el año pasado, al realizar mi segundo viaje al alto Paraná, visitaba, lleno de emoción, la añorada vivienda del artista. Murió en una forma rara. Se vino abajo de golpe, como los árboles... Alguien supuso que se había envenenado... ¡Hay zumos tan malignos en la selva!... O tal vez la tisi... Cuando murió creo haberle visto un hilito de sangre deslizarse de entre sus labios de cera...

Y después de un breve silencio, se atrevió a interrogarme:

— ¿No piensa usted, que había una amarga decepción conyugal?... ¡Aquella mujer!...

«No, — he pensado. — Rinaldi murió de emoción, de intensidad de vivir. Murió enfermo de arte. De nostalgia, tal vez. ¿No morían los claveles del aire desprendidos del tronco protector?...

Pero la sencillez ribereña no podía concebir esta dolencia inmaterial.

— ¿Sabes cuáles fueron sus últimas palabras? — me dijo, como un argumento ilevantable. — «¡Oh, la odio!... ¡la odio!» Y expiró.

\*

Después de esta revelación, me he explicado el misterioso encanto de «El Titán», que no alcanzaron a comprender ni los eruditos, ni la prensa que le colmó de elogios, ni los burgueses mediocres que se disputaron su adquisición en el Salón de París. El «titán» vencido, mancillado, servil... Era la tremenda venganza del pintor inmortalizada en aquella derrota de la selva.

Y podéis creerlo: Gaddo Rinaldi murió de odio. De odio a la selva...

W. JAIME MOLINS.

## LOS LIBROS Y LOS HECHOS

### EL ARTIFICIO Y LA REALIDAD

*La palabra de vida.*

Hace tiempo que la sección telegráfica de los diarios porteños se ocupa con persistencia en la crisis de renovación que se desarrolla en la vida política de España. Ultimamente los síntomas de esa evolución se han acentuado en forma tal que ha habido días en que esperábase lógicamente la brusquedad de un cambio, ya regresivo ya de avance liberal. Esto acontece desde que un problema de política peninsular ha sido planteado con absoluta precisión fuera y dentro del parlamento por los hombres más representativos de Cataluña.

*El problema catalán* se titula el libro que acabo de leer, destinado a puntualizar los fundamentos del conflicto al través de los discursos pronunciados en el Congreso de los Diputados, por las eminencias de todos los partidos. Su lectura es desconsoladora al propio tiempo que optimista. Por ella se afirman en el espíritu antiguas convicciones sobre el impulso arrollador de las ideas de raíz democrática, cuando son profesadas con entusiasmo y viril acción, y lo deleznable de las creencias arcaicas, condenadas a desvanecerse por su propia vacuidad y el esfuerzo constante de lo nuevo, que es naturalmente impetuoso. El artificio derrumbado al contacto de la realidad viva.

Este es el efecto que se siente leyendo los parlamentos altisonantes de un Melquíades Alvarez, de un Alcalá-Zamora, de un Alejandro Lerroux hablando en nombre de la vieja España, de la España-fantasma del gran poeta Maragall y la prosa moderna recia y vertebrada, elegante y sobria, razonadora y precisa,

de Cambó, genuino representante de la otra España, la que, irguiéndose sobre la cuestión catalana, clama enérgica y a veces exaltada sus ansias, y reclama fuerte y a veces violenta su derecho a la vida, a la libertad, a la propia gobernación del país. Cada vez que los oradores rimbombantes del trasnochado régimen han proferido sus apóstrofes, bellamente retóricos, contra la heregía nacional, — *heresis*: disonancia, disconformidad, protesta — sus partidarios creyeron definitivamente aplastada la hidra que tildaron de separatista para hacerla más odiosa. «Lerroux — se dijo una vez (el 28 de junio de 1916), antes se había dicho de otros oradores — ha desnudado enteramente al muñeco. A zarpazos ha desgarrado sus vestiduras. El catalanismo ha experimentado una sacudida mortal de aquellos labios. Eso ha triunfado con el aplauso máximo de España.» Y un año después, como había sucedido en épocas anteriores: (desde 1901 la vida pública del catalanismo ofrece una trayectoria triunfal hasta llegar a la constitución de la Mancomunidad, embrión de la soberanía catalana;) un año después de condenación tan rotunda, aparecen sus hombres, dados por muertos en discursos, periódicos y libros, junto al gobernalle de la nave española, dispuestos a imprimir nuevo rumbo al Estado en el mar tempestuoso de un pueblo agitado por ráfagas de contradicción, surgidas en período de debilidad y aturdimiento.

La razón es obvia. El artificio decreta un día, de palabra y por escrito, que la afirmación nueva y perturbadora, ha sucumbido a los hachazos de un parlamentario, de un periodista, de un escritor. Aquello es cosa terminada. Pero al día siguiente sale el sol, es decir, vuelve a salir a pesar de lo terminantemente convenido por los que se entozudecen en vivir a media luz, o en las esplendideces de la luz artificial, cuando no en las tinieblas tan propicias a la quietud de los buhos. Y el sol, la idea renovadora, tenaz y fecunda, hace desarrollar metódica y serenamente la semilla y la planta, la flor y el grano, que llega a invadir los trojes: o sea, la evolución en plena paz. Así se ha desenvuelto y agrandado el problema catalán hasta desbordarse súbitamente y elevarse en forma tal que parece preparar su triunfo definitivo en plena legalidad.

Esto quiere decir que la España viva lucha por sustituir a la España muerta. La realidad está empujando al artificio, que iba enrareciendo tanto el aire alrededor de los pulmones nacionales, que la tisis empezaba ya a secar los espíritus y hacía languidecer

el organismo físico que, por otra parte, se negaba a disolverse en la muerte aniquiladora. Y con transformación iniciada por los regionalistas, que llegan de la periferia al centro, se vislumbra el remodelamiento de una España devuelta a su esencial característica, con una unidad espiritual surgiendo de su rica variedad étnica.

En *El problema catalán* se recoge uno de los más pintorescos artículos de don Miguel de Unamuno sobre el catalanismo. Dice que sus partidarios como buenos levantinos, mediterráneos, son teatrales, espectaculosos. «Tienen un aniversario, tienen un himno, tienen una bandera; ¿para qué más?» El día del aniversario pueden desfilas cantando el himno, enarbolando la bandera y lanzando *vivas que a nadie resucitan*.

¿No? Pues ahí están camino de lo más alto, de la plena vida, que es un gobierno, los enaltecedores de sus hechos históricos, de sus cantos viejos, de sus leyes y costumbres desaparecidas para siempre. Sus entusiasmos no se dirigían precisamente a los hombres y las cosas del tiempo muerto sino en cuanto constituían un símbolo, un espíritu y una fe en el evangelio de los tiempos presentes y aun futuros. Esas innovaciones a lo pretérito han despertado a los vivos que dormitaban, lanzados en el tren de la muerte. Ni aun en Cataluña sabían todos el significado del aniversario, del himno y del *viva*. Menos los entienden en el resto de España. Y, sin embargo, unos y otros se despabilaron, se agitaron y encendiéronse. Y en los vastos territorios de España el pueblo empieza a entusiasmarse al sonido de la palabra nueva, comprendida o no. Y por instinto, propio de todas las masas, adivina que en aquellos hombres *bárbaros* (extraños, extranjeros) vibra ideal salvador, late fuerza renovadora, esplende luz que da calor y fecunda.

Y es que aquel pueblo, todo pueblo, hambriento siempre de verdad y justicia, por esa misma intuición confirmada ante la mudez de la película, alcanza mejor el gesto, que la palabra. Cree en la palabra-acción que es la verdadera palabra de vida.

J. TORRENDELL.

## «GRIS»

### Poesías de Pedro Miguel Obligado

En nuestra ciudad, en nuestro país, los libros de versos no tienen grande fortuna. Las gentes no han tomado aún placer en la poesía. En general, no han tomado mucho gusto por la lectura tranquila, reposada, lejos del tráfago callejero y oficinístico. Hay, sin embargo, como en todas partes, y acaso más que en otras muchas, lectores excelentes — lectoras, mejor — que en medio de las agitaciones de la vida emprendedora y práctica, mantienen la soflama de una pura idealidad.

Para esos lectores y lectoras está compuesto el libro de Pedro Miguel Obligado, *Gris*, que acaba de publicar la benemérita sociedad editorial «Buenos Aires», ejemplar agrupación de escritores.

No es el de Obligado un espíritu fuerte, ni es su poesía rotunda, sonora. La rotundidad, la alta voz, el gran aliento, han desaparecido de la lírica moderna, más honda, más subjetiva, de mayor cantidad de matices que la antigua. El lírico de nuestros días no busca grandes motivos, ni, para los que escoge, amplios desarrollos. Observador de las menudas cosas exteriores y de su propia vida interior, puede, en voz baja y en pocos versos, rimar sus emociones y decir su idealismo. Detesta la oratoria, cara a los poetas de mediados del siglo pasado, y prefiere a la larga frase ampulosa, la breve e íntima.

Se ha dicho que la poesía contemporánea se resiente de la vaga personalidad del autor. «En todos los libros de versos, sean tristes o alegres, graves o ligeros, no hay jamás sino un personaje, sino un héroe que ocupa la escena, y que siempre habla en su nombre, el poeta mismo», ha escrito un autor francés. La observación es exacta, pero errado el juicio. Lejos de ser vaga la personalidad

del autor, se hace por la misma prescindencia de lo ajeno, más firme y precisa. No puede un verdadero poeta huronear en lo más íntimo de su ser, sin sonar claras notas personales, sin hallar un estilo propio, sin dar — por lo menos — matices nuevos. En algunos, estos matices, estas notas originales, se confunden y pierden en una retórica común, de escuela, desdeñable siempre, que las gentes mal dispuestas juzgan antes que la voz buena y propia del poeta.

No podría asegurarse que *Gris* revela una musa nueva, pero sí un delicadísimo temperamento, una sensibilidad fina y simpática. Obligado está muy cerca de todos los poetas contemporáneos amantes de la niebla, de la tristeza, de la soledad silenciosa, de la noche calma. Finos espíritus, saben aquéllos el valor de las frases inconclusas, de las medias palabras nacidas como una queja o como un sollozo. La frase larga en verso de ritmo rotundo, hiera a sus oídos como un clangor tremendo. Algo elegíacos, se complacen en divagar sobre su tristeza, sobre su melancolía, en versos breves, rotos. Aman las palabras de la imprecisión, dicen la extrañeza de las cosas, la inmaterialización de los objetos. Benedetto Croce, implacable siempre, los llamó *operai de la grande industria del vuoto*, — obreros de la gran industria del vacío. Algo de eso son, seguramente, si franqueando los límites de su sinceridad, se complacen en una retórica huera, que el mismo Croce llamó *ineffabile*.

Pedro Miguel Obligado es un poeta sincerísimo. Vive sus versos en delicadeza, en emoción, en bondad. Por esto, *Gris* es un libro excelente. Acaso le falten otras virtudes, mas, por ser externas y por no ser frecuente su ausencia, preferible es no extrañarlas.

Obligado, como los poetas modernos, observa la realidad cuidada y menudamente, pero de ella se sirve para expresar sus sentimientos. A veces esto mismo resta valor a la poesía que, como cuadro, simplemente, sin proloquio subjetivo alguno, sería encantadora. Pero el poeta vive en plenitud su alma, y le es difícil, al andar por el mundo, no confundirla con todas las cosas puras, delicadas, débiles, que en él existen.

Veamos cual es uno de sus procedimientos. El poeta cuenta cómo, entre yuyos y piedras, en la aridez de los desiertos campestres, surgen «cual las estrellas anónimas del cielo», las silvestres florecillas.

«Nadie quiere su aroma, nadie cuida sus plantas.  
Sufren sol, frío, lluvias: si obtuvieran las flores,  
como las almas, gloria, éstas por sus dolores  
deberían ser santas...»

El poeta dice, después, cómo crecen en todas partes esmaltando «el vestido sutil de la barranca, como una llovizna que hubiese florecido». Las florecillas adornan la casa del labriego, y son, como «llantos de las praderas» cuando el buey, el perro, el potro y el burrito mimoso caen muertos entre ellas, en los campos.

El poeta concluye:

«Como ellas, sin nombre, descuidadas, yo tengo  
muchas fragancias puras;  
como ellas soporto el ciclón, y mantengo  
entre yuyos y piedras, la flor de mis dulzuras.

«Soy débil a los vientos; cuando abrazo me espino  
con las púas de un cerco...; en sendas solitarias  
sufro sol, frío y lluvias: hay mucho en mi destino  
de las flores agrarias.»

Procedimiento, por lo demás, muy conocido, pero que en estos casos de noble y abierta sinceridad, adquiere significación.

En la poesía titulada «Un muerto desconocido» — una de las más bellas del volumen — el poeta le describe en la negra caja, con algunas pocas vecinas que le rezan cerca. A sus lados no están ni la madre, ni los hermanos — que acaso no tuvo, — ni un amigo — que tal vez no halló. El poeta siente compasión y tristeza. Quisiera poner en las manos del muerto su corazón, que es lo mejor que tiene, pero su dolor nace — más bien — de su incierta suerte futura.

«Tal vez yo no encuentre nadie que me quiera  
y tal vez me muera, como tú, así...»

Es Obligado un poeta ligeramente pesimista, que en el pesimismo se complace. «La vida es triste», nos asegura, pero la tristeza nos muestra que dentro de las cosas — toda suavidad — hay un alma. Nace de aquí su resignación, su conformidad con el destino, su orgullo — casi. *Ya no se es poeta impunemente*, decía Taine; «la delicadeza de sus sensaciones habituales le da ciertas tentaciones de creerse dios.» Se apartan de las gentes comunes que no aman la belleza, porque — ¡los pobrecitos! — no la creen útil «en

su libro de actas». Perdónenos Obligado, pero piensan bien. Decía Ortega y Gasset, con mucha justeza, que «tanto para leer como para crear una poesía debiéramos exigir cierta solemnidad. No una solemnidad de exteriores pompas, mas sí aquel aire dé estupor íntimo que invade nuestro corazón en los momentos esenciales.» Obligado, dueño de una sensibilidad exquisita, quisiera hallar en el mundo solo suavidad: suavidad de colores y de perfumes, suavidad en la pasión y en el dolor. De ahí, su amor a lo gris, al perfume de heliotropo, a la vaguedad sentimental, a la pena . . . Estas preferencias le aislan en su personalidad y, como otros poetas, lamenta que la vida — que por cierto no es nada — no sea tan suave en todo hombre y a toda hora. Pero, porque es sincero, debe ser apreciado el autor de *Gris*. Es un poeta de verdad, a pesar de sus exíguos medios de expresión, a pesar de algunos versos balbuceantes, entrecortados, triviales — a veces. Y la aparición de un poeta verdadero no es acontecimiento que, por cualquier insignificante motivo, puede descuidarse.

Pedro Miguel Obligado se incorpora bellamente al grupo de nuestros poetas líricos, cuya floración nunca fué tan rica en este país. Diríamos también que, guardando prudentes proporciones, nuestra lírica es digna de países de mayor tradición intelectual y de sensibilidad más largamente cultivada. Lugones, Banchs, Capdevila, Fernández Moreno, Barreda, Arrieta, serían considerados, y algunos de ellos hasta muy estimados, entre los líricos jóvenes de cualquier nación. Comparados con los españoles contemporáneos, cuyo número y selección Azorín aprecia excepcional en la historia literaria de España, los nuestros no perderían mucho y algunos, acaso, liquidarían a su favor.

JULIO NOÉ.

## LA CANCION DE UN NIÑO <sup>(1)</sup>

### I

Yo soy un árbol nuevo que florece  
primaveral, eternamente joven,  
y el viento que mis ramas estremece  
tiene los dedos sabios de Beethoven.

Abierto en una multitud de ramas,  
—¡en cada una triunfa Floreal!—  
porque sé de sus raros pentagramas  
me prodigo a su genio musical.

Y canto mi canción, ruda y salvaje,  
cumpliendo mi armonioso ministerio.  
El viento sopla y vibra mi cordaje . . .  
¡y su soplo es el soplo del Misterio!

Yo canto sin querer: porque me inspira,  
porque me ordena el viento: lo Fatal;  
por la misma razón que se respira,  
se nutre, se es endeble y se es mortal.

Y ante la Voluntad que así me doma  
cumpro con mi misión de árbol: ofrezco  
la carne blanca de mi roja poma,  
mi aroma, mis canciones . . . ¡y florezco!

### II

Y Dios castigó al hombre que indagaba el Misterio . . .  
. . . Asomado al abismo de sus cavilaciones  
quería de lo Eterno sacudir el Imperio

(1) De un libro próximo a aparecer.

manejando un ariete de sutiles razones.

... Y Dios reveló al hombre la Verdad que no alcanza:  
 los motivos primeros, las razones causales  
 los enigmas eternos, los efectos finales...  
 ... ¡y como era ya inútil se llevó la Esperanza!

## III

¡Tengo miedo! Me acechan los fantasmas  
 en las encrucijadas del sendero...

Señor, si es necesario hacer su derrotero  
 ¿por qué en tan débil cera los caracteres plasmas?

¡Si yo tuviera fuerzas! No habría nada adverso  
 a conseguir el fin que me he fijado:  
 ser un término cierto y ponderado  
 en la exacta ecuación del Universo.

Pero al paso me acechan los fantasmas  
 y no puedo seguir, Señor, no puedo...  
 El ritmo de mis actos ha perturbado el miedo.  
 ¿Por qué en tan débil cera los caracteres plasmas?

## IV

Me ha dominado Fantasía  
 con el infujo de su vuelo;  
 ¡cómo remonta el alma mía  
 buscando cielo, mucho cielo...!

.....  
 ¡Pero en las grupas de mi anhelo  
 cabalga la Melancolía!

## V

*Sic transit*... Era una ilusión  
 que sobresaltó un instante  
 mi corazón.  
 ¡Era una ilusión deslumbrante!

Fué coronada como un Rey  
y su vasallo, el corazón, rendido,  
latido por latido  
se ajustó al ritmo de su ley.

Pasó la vida como un gran río  
torrentoso, por el corazón...  
El cáliz de la ofrenda ritual quedó vacío;  
a incensar otros ídolos fué el turiferario,  
y se apagó la última vela del tenebrario...  
*Sic transit*... Era una ilusión.

PEDRO GONZÁLEZ GASTELLÚ.

---

## LETRAS ARGENTINAS

### LA SOMBRA DEL CONVENTO (1)

¿Qué puede proponerse el novelista cuyo objeto no sea puramente el de combinar una intriga que interese y distraiga? Trazar caracteres, pintar pasiones o costumbres, dicen. En efecto; pero digamos también, desarrollando la fórmula de acuerdo con la moderna evolución de la novela; reflejar un momento histórico; fijar el alma de una época, de un pueblo, de una clase, de un gremio, de una casta; plantear, o plantear y resolver, una tesis de interés común; observar como reacciona el individuo, postulando sus antecedentes personales y de familia, en un determinado ambiente de ideas y sentimientos.

Manuel Gálvez, escritor de filiación naturalista, o realista, si lo primero le incomoda, no escribe, sin duda, ninguna novela, sin tener, con justas pretensiones, un propósito de los expuestos. Con seguridad sabemos lo que quiso hacer en *La maestra normal*: describir la vida de provincia — el mismo subtítulo lo declara —; el alma «voluptuosa, sencilla, poética» de tierra adentro. Se le han atribuido luego intenciones de otro carácter; pero él las ha negado, y siendo así, ya no hay derecho a prejuizar intenciones. Debemos pues creer que el triste episodio de Raselda no entraña una crítica ni del normalismo ni de la escuela laica. Menos aún dudamos sobre *El Mal Metafísico*: es la novela de las almas románticas de los artistas que la gran ciudad fascina y extravía, poblándoles la cabeza de ilusiones, desdeñándolos y abandonándolos después por inadaptados. Queda por saber qué encierra *La sombra del convento*, su tercer novela, aparecida este año.

El autor, siempre muy bien dispuesto a explicarnos el contenido

(1) MANUEL GALVEZ: *La sombra del convento*. Novela. «Buenos Aires». Sociedad Cooperativa editorial limitada. 1917.

de sus libros, acaso porque la gente se empeña en entenderlos a su modo, nos dice: «Expongo... imparcialmente, diversos matices del sentimiento religioso... En mi aspiración a expresar los múltiples aspectos de la compleja alma argentina, no podía dejar de consagrar un libro al *hecho* religioso... Y he elegido como lugar de la acción a Córdoba, porque en matices de aquel sentimiento ninguna ciudad argentina me parece tan rica como ella». Y también: en *El Mal Metafísico* nos ha mostrado Gálvez *cómo se sueña* entre nosotros; ahora nos muestra *cómo se cree*.

Recojamos una última información: «¿Necesitaré agregar que esta novela, como las otras mías, no tiene tesis? El proceso espiritual del protagonista y la forma en que aparece resuelto, sólo me sirven como materia de análisis; no como argumentos en favor de una tendencia determinada». Perfectamente. Quedamos pues en que el novelista sólo se ha impuesto pintar sentimientos y costumbres. El me permitirá, para que mi análisis resulte más claro, que resuelva su propósito artístico en tres elementos, de cuya fusión surge la novela.

Primero: el argumento propiamente dicho. Un noviazgo de los tantos, contrastado por la oposición de la familia de *ella* — profundamente religiosa — a admitir en su seno a *él* — un descreído —, hasta que todo se arregla felizmente, con la vuelta al redil del cordero descarriado.

Segundo: el proceso espiritual de la conversión de *él*.

Tercero, al que el novelista no ha aludido en su prólogo, pero que aparece en todas las páginas: la morosa pintura del ambiente físico y social de Córdoba, como fondo al asunto.

Vamos por partes.

\*

Es el caso, pues, que a José Alberto no le permiten casarse con su prima Teresa. Ella pertenece a una familia de firmísimo e intransigente sentimiento religioso; él, ha regresado enfermo de cuerpo y de espíritu, después de diez años de ausencia en que viajó por el viejo mundo. Los dos primos, novios de la infancia, vuélvense a tratar y el amor renace llameante de la brasas no apagadas. Todo marcharía bien, y a José Alberto se le curaría bien pronto la neurastenia que ha traído de Europa, si el diablo no se mezclara en el asunto, quiero decir, porque me he dejado

llevar por una frase hecha, si no se mezclaran los jesuitas. Los antecedentes de José Alberto no lo recomiendan mucho ante el padre y el hermano de Teresa, los doctores Belderrain, creyentes de una sola pieza, rígidos y sectarios. A los veinte años puso término a una adolescencia disipada, disparándose un tiro e hirién dose gravemente; a los treinta, vuelve de lejanas tierras, donde ha vivido intensamente, con la sensación de su irremediable fracaso, sin carrera, sin ilusiones, sin ideales, sin la fe de sus mayores. Pero como no le preocupa gran cosa el problema religioso, si se callara y aceptara la nueva existencia que Córdoba le impone, todo iría bien; creyendo en su sincero arrepentimiento del pasado libertinaje, su tío parece dispuesto a echar un velo sobre aquello. El amor de Teresa haría lo demás. Lo malo es que José Alberto comete el error de exponer sus ideas adversas al sectarismo clerical, y como todo se sabe y los jesuitas no duermen, las puertas del doctor Belderrain se cierran inexorablemente para su sobrino. Y aquí se inicia el proceso de su conversión, que merece párrafo aparte.

Lo que te sucedería o te hubiera sucedido a ti, lector, si de pronto, sin causa aparente, te cerraran o te hubieran cerrado en las narices la puerta de la casa de tu novia, y ésta se mete monja, le sucede a José Alberto. Apenas se entera de quienes son los que se han puesto en el camino de su dicha, se apodera de él una incontenible irritación contra todos y comete a renglón seguido unos cuantos desafueros que agravan su situación: tiene un incidente con el hermano de su novia, se entrevista con el jesuita que ha armado el lío, con la esperanza de amansarlo, y concluye, naturalmente, por insultarlo; por último, desahoga su rencor escribiendo contra los jesuitas en un periódico liberal. Pero al mismo tiempo, por otro camino se va operando en su alma un cambio que ha de resultarle más útil para su objeto que aquellos desatinos. Me refiero al proceso de su conversión.

No es posible seguir aquí todas sus fases, porque, como cualquier proceso psicológico, éste, muy complejo además, pide un lento y minucioso análisis, como sólo puede hacerlo el novelista. Tomaremos nota, sin embargo, de las principales. En primer término es necesario recordar que el padre de José Alberto alternó en vida entre el misticismo y la indiferencia, y que, si pasó por liberal, ante los católicos, por su falta de celo, murió como católico fervoroso. Gálvez, experto urdidor de novelas, no podía

olvidar estos datos, y otros también, de carácter *hereditario*. La exacerbación religiosa que nacía en el padre, del pecado de la carne, cuando el cansancio y el hastío llegaban, y su inquietud de la muerte, que volvióle profundamente devoto en la vejez, explicarán asimismo los pródromos de la conversión del hijo. Es indudable que vuelve a Córdoba predispuesto. Antes de regresar, «coincidiendo con su neurastenia, habían aparecido en su alma torturantes preocupaciones religiosas». «La idea de la muerte no le abandonaba. . . La idea del dejar de ser, la posibilidad de que no hubiese otra vida, le inquietaban también muy a menudo». También le prepara su amor al arte. Hombre de Córdoba, que ha leído a Mauricio Barrés, José Alberto ama la religión y la Iglesia por la belleza de sus creaciones arquitectónicas, odia a aquellos que, sin respeto de la tradición, destruyen la herencia de un pasado de fe y espiritualidad. Cuando el conflicto pasional se produzca, la conversión marchará como sobre carriles. ¿No habrá perdido a Teresa, por haber olvidado a Cristo, abandonado a Dios? ¡Más le valdría morirse! ¡Ah, si él creyera! Porque entonces se sentiría confortado en su aflicción. ¿Qué pueden afectarle las miserias de la vida presente al que tiene la convicción de la otra? ¿Y cómo pasarse sin esa convicción? «No se conformaba con la idea de dejar a los seres queridos, las ilusiones, la vida misma, y no recuperar nada jamás, jamás». Consecuencia: la esperanza es necesaria. Después, en el momento en que él está a punto de morir a manos de un malevo, de una oscura muerte que él mismo, hartado de padecer, ha ido a buscar (porque ya no se atreve a suicidarse, temeroso del posible castigo divino), en ese trágico instante, tiene su espíritu como nunca la visión espantable del más allá y *siente* la existencia de un Causa Suprema que gobierna a los hombres y a las cosas. Una enfermedad de su tía, sus lecturas de la *Imitación*, sus meditaciones sobre el misterio de la muerte, sus piadosos coloquios con un cura liberal y sencillo, van, paso a paso, devolviéndole la fe perdida, sin mucha resistencia de su parte. Y llega la hora en que reza. Además, lector — esto lo habíamos olvidado y el autor nos lo recuerda como al descuido en la página 219 —, «pensaba en la posibilidad de casarse con Teresa, y se prometía ser un hombre perfecto y útil, bajo la disciplina de la religión». En fin, por lo uno y por lo otro, Dios le toca el corazón, él se confiesa y comulga, y las puertas de la casa de Belderrain se le abren. Que es lo impor-

tante. La novela todavía no termina, pero el asunto está agotado.

Ahora yo agregaré que esta conversión no me convence. Y posiblemente tampoco al novelista, el cual, por boca de un amigo de José Alberto, juzga el caso de este modo: «Cuando pase su luna de miel con la Santa Madre Iglesia, le volverán en ciertos momentos, sus inquietudes». Así me parece que el doctor Belderrain, a no morir tan pronto — en el último capítulo — se habría tenido que arrepentir más de una vez de haber abierto a su sobriño, con tanta presteza, la puerta de su casa. En definitiva, el doctor, a pesar de su intransigencia, se conforma con poco. Basta que José Alberto se confiese y comulgue, para que crea hecho el milagro. ¿Y si el simpático mozo sólo lo hubiese hecho por el amor de Teresa? Nosotros sabemos que no, que durante un instante ha sentido a Dios y cree creer; con todo, no son sus creencias tales como para satisfacer a un Belderrain.

Me han dicho que un diario clerical de Córdoba ha atacado agriamente esta novela, y aunque no sé qué mosca le habrá picado al articulista, porque me guardo muy bien de leer diarios clericales, comprendo perfectamente su enfado. José Alberto, diletante de la religión, se arregla para su descanso, un catolicismo, o mejor, un cristianismo, o mejor aún, un deísmo, tibio, blando, cómodo, relleno de amor y fraternidad, acolchado de tolerancia y coquetonamente bordado de inquietud, apenas con cuatro hilos de color rosa. Yo, como el lector sospechará, carezco de toda ciencia teológica, y tan sin cuidado me tiene esta ignorancia — ¡oh perversión de los tiempos! — que todavía no me ha entrado la gana de leer el viejo *Curso Teológico* que acaba de publicar, traducido, la Universidad de Córdoba, a expensas del estado, claro está. No obstante, tengo la certidumbre de que cuanto despotrica José Alberto en materia de religión a través de todo el libro, y principalmente en su conversación con Bustamante, en el capítulo noveno, es pura herejía. Y no menos sospechoso es el excelente padre Rincón, muy cristiano pero demasiado poco católico. ¡Cómo no han de enojársele los diarios cordobeses!.

José Alberto me interesa medianamente mientras es agitado por interna lucha; cuando se reintegra al seno de la Iglesia, se me hace, más que un convencido, un contemporizador. Estoy seguro de que a pesar de su aversión al rito grosero y al rígido formulismo, le veremos pronto figurar en cualquier archicofradía y marchar en las procesiones; pero advierto de antemano a quie-

nes le vean por ahí llevando el palio, que no se ha producido por el momento en él una conversión franca y manifiesta, que no hay en su historia, que Gálvez nos ha relatado inteligentemente, un significativo acto de contrición que no deje lugar a dudas, tampoco en las dos culminantes escenas de la confesión y la comunión.

Ignoro a ciencia cierta qué es una conversión; pero entiendo que no es *eso*. No podría explicar como perdí la fe, ardentísima en mi infancia, y menos podría decir como se la recobra. Sin embargo, tengo la clara impresión de que la de José Alberto no es conversión que pueda regocijar a un católico sincero.

Repasemos otra historia de un alma en crisis, que cree y es atrozmente torturada por el pecado de la concupiscencia y de la duda: *En Route*, de Huysmans. El protagonista, Durtal, no sabe como se ha vuelto católico: «lo ignoro — dice —; todo lo que sé, es que después de haber sido incrédulo durante años, ahora creo». No ha habido en él un sacudimiento súbito y violento del alma, así como la caída en el camino de Damasco, sino algo análogo a la digestión de un estómago que trabaja, sin que lo sienta. Pero cuando ahonda, ¿qué encuentra? Poco o nada. Lo mismo que en José Alberto: el amor del arte, la herencia, el hastío de vivir... Aquí agrega que acaso haya habido la premoción divina, la gracia, lo que volvería inútil toda psicología de la conversión. ¿Acaba con esto la conversión de Durtal? No; que sólo empieza. Ahora, vuelto hacia Dios, comienza su *vía crucis*, la inquietud, la lucha, el martirio del alma atormentada por el demonio con deleitosas imágenes, sutiles argumentos, fatigosos escrúpulos, graves temores, desesperantes desfallecimientos, mortales recaídas, hasta conocer el horror de aquella *noche obscura* de que habla San Juan de la Cruz; a la vez que crece su afán de penetrar en los misterios y las delicias de la Mística.

Reconozco que los dos casos son muy diversos. José Alberto es un mozo romántico y enamorado que se convence de que es provechoso y dulce, creer; Durtal es un endurecido pecador violentamente atarazado por una sobrehumana inquietud. José Alberto se casa y será un tranquilo rentista cordobés; Durtal, que ha querido conocer durante unos días la vida absurdamente dura (y serena, asegura Huysmans) de un monasterio de la Trapa, quizás concluya por sofocar en él su congoja. «Allí debéis ir para convertirlos», le dice el abate Gévresin, y allá va. Fijémonos bien: *para convertirlos*. No obstante, cree, pero, ¿con cuántas rebeliones

de la carne y el espíritu! ¿Podemos pues decir que esté convertido José Alberto?

Todo lo cual me lleva a lo siguiente: el caso de José Alberto, mera conversión oficial al catolicismo, motivada por un noviazgo contrariado, no es interesante materia de arte. En cambio, aun sin la fe, aun regocijados por las místicas consejas que Huysmans nos cuenta gravemente, con su innoble y pintoresco vocabulario de cocina y botica, no se puede sino admirar la fuerza dramática de la guerra terrible desencadenada en el alma de su personaje. Como que entre uno y otro caso psicológico hay la distancia enorme que va del moderno catolicismo — y el cordobés, por añadidura — a la Mística.

\*

Un elemento que persistentemente influye en José Alberto para volverlo a la fe perdida, es el ambiente en que vive, penetrado de religiosidad. No sé si decir que los deliciosos paisajes cordobeses determinan en gran parte la conversión de José Alberto, o que el proceso de ésta le sirve de pretexto a Gálvez para pintar a aquéllos. Allá va José Alberto por la alta y baja Córdoba, de día y de noche, roído por sus cuitas, y ante nuestros ojos desfilan plazas, parques, paseos, panoramas, descriptos con puntualidad y poética elegancia; cuadros en la mayoría de los cuales acierta el novelista, si bien los prodiga demasiado. Y aquí dejo constancia del tercer propósito que me permití atribuirle: describir a Córdoba, paciente, cariñosa, líricamente; que no sólo aspira Gálvez «a expresar los múltiples aspectos de la compleja alma argentina», sino también a pintar los ambientes físicos característicos de la patria: La Rioja, ayer; ahora, Córdoba.

Observemos, para concluir con esto, que quien ve tantas cosas no puede ser José Alberto, pues con la procesión que le anda por dentro, cuando se acoda aquí o allá a remover el poso de su aflicción, que mire hacia arriba o que mire hacia abajo, muy poco ha de ver. Como se supondrá, Gálvez ve por él. Sí es posible que José Alberto sienta la «dulzura panteísta» de los lugares, aquel «algo de místico» de los paisajes, que el novelista líricamente exalta más de una vez. Eso está de acuerdo con su estado sentimental.

Recordaré también las escenas de carácter arrancadas al *folk-*

lore de aquel pueblo fanático y supersticioso, y otras no menos peculiares de Córdoba — la colación de grados y la muerte y entierro de Belderrain —, para establecer el hecho evidente de que Gálvez, escritor realista, afecto a buscar el color local, ha querido ofrecernos una especie de álbum de la ilustre ciudad mediterránea, con sus paisajes, monumentos, escenas y tipos.

No diré, a fin de que la costumbre no se pierda, que los caracteres están bien delineados. Gálvez sabe observar a los hombres y pintarlos con gráfica exactitud, lo ha demostrado en sus anteriores novelas y prueba igual pericia en *La sombra del convento*. Sería aventurado afirmar que los personajes de esta novela son tipos exclusivamente representativos de la sociedad cordobesa y el mismo autor no lo consiente. «He presentado algunos seres humanos como serían si viviesen; y cuanto ellos hablan, sienten y piensan es lo que hablarían, sentirían y pensarían en su caso y en la realidad de la existencia. No soy yo quien lo hace por medio de ellos» — advierte en el prólogo. Justo; pero él debe reconocer que por lo menos una vez ha transgredido este propósito de objetividad: en las páginas en que retrata a los liberales de Córdoba, ásperamente caricaturescas. No me sorprende que me presenten ridículos anticlericales como Baldovino, Zurbarán, Valladares, Márquez, Carmelini, de seguro arrancados sañudamente a la realidad, ¿pero es que no hay otros liberales en Córdoba? Si el novelista se dignara contestarme que sí, que liberales son José Alberto y Bustamante, sentiría mucho tener que contradecirlo. Esos muchachos con «algunas creencias», que odian los dos fanatismos, tanto el de Belderrain como el de Zurbarán, son sospechosos. Y si no, escúchese como hablan.

*Bustamante*: El fanatismo de Belderrain deja vivir, creer a sus enemigos; pero el fanatismo anticlerical no dejaría vivir ni creer sino a sus sectarios. Para mí, el fanatismo anticlerical es reo del más grave de los crímenes: peca contra el espíritu y el buen gusto. El fanatismo católico ha producido las magníficas páginas de De Maistre, de Veuillot y de Félix Frías, mientras el otro sólo ha producido los folletos de Valladares, las novelas de Francisco Gicca...

*José Alberto*: Y tantas otras cosas: la prosa de burdel de Julio Márquez, la risible sociología de Zurbarán, la filosofía de fogón y mate amargo de Agustín Álvarez los discursos de Baldovino... (Página 234).

¿Quiénes son los que aquí hablan, Bustamante y José Alberto, o Manuel Gálvez? ¿Puede afirmar en serio José Alberto que el

fanatismo clerical «deja vivir, creer a sus enemigos»? Si la historia no le desmintiese, ¿no bastaría su caso? Demasiado pronto ha olvidado, con la alegría de volver a abrazar a Teresa, con confesión y comunión previas, se entiende. Y yo que me río como el que más de los libros del señor Francisco Gicca, difundido enemigo personal de Dios, si conversara con aquellos tolerantes neos, me permitiría recordarles que si el fanatismo católico ha producido las *magníficas* páginas de De Maistre, Veuillot y Frías, *el otro* ha producido no menos magníficas páginas de Hugo, Carducci, Galdós, Guerra Junqueiro, Eça de Queirós... ¿O es que no fueron o son anticlericales? Hay sus diferencias, sin duda, entre los que conocen Bustamante y José Alberto y los que yo conozco; pero también las hay, pongo por caso, entre Veuillot y el señor Ortiz y San Pelayo. Apuesto que hablan de muy diverso modo los verdaderos liberales de Córdoba a quienes he tenido el honor de tratar, por ejemplo Martín Gil o Arturo Capdevila. Perdóneme el novelista si prejuzgo intenciones, pero creo que por un momento, sólo por un momento, él se inclina «en favor de una tendencia determinada».

\*

El defecto común a las tres novelas que hasta ahora ha compuesto el autor de *La sombra del convento*, es su monótona difusión. Y la última, con ser la más corta de las tres, es la más fatigosa. El vulgar conflicto que constituye la acción externa, y el mediocre drama interior de José Alberto, lentamente expuesto en largas reflexiones, difícilmente pueden conmover y apasionar al lector. Las interminables descripciones deben por fuerza cansarlo.

Quisiéramos respirar en la novela, ternura, pasión, heroísmo, y apenas si nos llega de tarde en tarde un vaguísimo soplo de tales sentimientos. He hablado de la tibieza afectiva de José Alberto. ¿Qué diré de la dulce y rubia Teresa? Ama, se yergue un instante con energía en defensa de su amor, esa energía pronto se quiebra, cede, se refugia en la paz del claustro, y el día en que el padre le pregunta si desea que vuelva José Alberto a la casa, con lágrimas en los ojos contesta que sí. Eso es todo. Presenciamos ahora la primera entrevista, después de la tormenta.

La puerta se abrió, y apareció Teresa, avergonzada y sonriente. Detrás, Asunción, con gran seriedad. Belderrain se fué en seguida, y Asunción, apenas le vió salir, dijo a su hermana y a José Alberto:

— Me voy para que aprovechen. No sean zonzos.

Teresa y José Alberto aprovecharon la oportunidad de hablar a solas que se les ofrecía, y siguieron a Asunción. Misia Dolores se fué a rezar su novena.

— Ahora, antes que nada, cuéntame cómo ha sido. Tengo que saberlo todo, todo — dijo Teresa, cuando se hallaron sentados en un sofá, mientras Asunción esperaba el desfile de sus admiradores.

José Alberto se hacía de rogar. ¿Para qué recordar lo pasado? Había sufrido cruelmente, y algunas de aquellas cosas ¡eran tan desagradables!

— Pero otras son muy agradables. Las últimas, especialmente. Cuéntame todo.

Y como José Alberto no se resolvía, ella, tomándole una mano con naturalidad y sencillez, le dijo:

— Te lo pido con toda mi alma.

José Alberto comenzó el relato de su conversión.

— ¿No crees que hubiéramos sido desgraciados, habiendo esa diferencia tan fundamental entre nosotros?

— Ahora lo voy comprendiendo. Diferencia fundamental, puesto que se refiere al alma misma, al fondo del alma, a lo eterno que hay en nosotros. Teresa: no hubiéramos podido vivir mirando siempre las cosas trascendentales de distinto modo; yo hubiera concluído por creer.

Y se oprimieron la mano, penetrados de emoción, en silencio y mirándose a los ojos.

Luego, después de los inevitables «te adoro», «¿me vas a querer toda la vida?» y otras cosas análogas, Teresa dijo:

— Verás como ahora, que crees en Dios, nos hemos de querer más que nunca. Cuando se tiene amor a Dios, parece que todo es más lindo, todo tiene otro significado... no sé... no sé explicarme.

— Te entiendo, Teresa.

— ¡Cómo nos iremos a querer cuando comulgemos juntos!

(Págs. 238-241).

Almas flojas, me son indiferentes. Y si ésta es la escena, digamos, a grande orquesta, ¿qué serán aquellas páginas en que no corre aliento de pasión, narraciones y descripciones que ocupan la mayor parte de la obra, para pasar de uno a otro episodio principal? Crónica menuda, pura crónica, hecha de notaciones rápidas y secas, en que la prosa se rompe en frases brevísimas, perdiendo todo brío, amplitud y eficacia.

Anchos horizontes anhela el arte de novelar, que en la estrecha crónica de las existencias mezquinas y los hechos triviales, está muriéndose por asfixia. Un impetuoso viento de heroísmo bate sus alas sobre el mundo: que entre siquiera una ráfaga en la

novela y la vivifique. Poco importa que sea el heroísmo de la acción y la aventura, o el de las almas grandes que arden impávidas en el fuego de la pasión o se retuercen sin un grito en las espiras del dolor. Queremos en la novela el *pathos* trágico. Problemitas del corazón, rozado a flor de piel, ¿qué nos importan? Y mañana ¿quien los recordará? Hay que hincarles en la cabeza a los hombres una dura espina para que se acuerden.

ROBERTO F. GIUSTI.

---

## LETRAS ESPAÑOLAS

José Ortega y Gasset. — *El Espectador*. — II. — Madrid. 1917.

En Enero de 1916 anunció Ortega y Gasset la publicación de *El Espectador* como una revista que aparecería cada dos meses y en la que iría reunida su labor intelectual en todos sus aspectos.

Como sumario del primer número prometía el siguiente:

LA VIDA ÍNTIMA: *Confesiones de «El Espectador»*. — LA VIDA EN TORNO: *Justificación del cinematógrafo*. — *Los caracteres: El «germanófilo»*. — *El «aliadófilo»*. — *El «hispanófilo»*. — VIAJES: *So el vuelo de las cornejas* (Viaje por la ruta del Cid). — ARTE: *Meditaciones del Prado*: I. Tiziano, Poussin y Velázquez. — POLÍTICA: *La descomposición de los partidos y una nueva política*. — FILOSOFÍA: *La superación del idealismo o subjetivismo*.

ENSAYOS DE CRÍTICA. — CIENCIAS MORALES: I. *El libro más sugestivo sobre esta guerra*. II. Eduardo Meyer: *Historia de los Mormones*. III. C. Lloyd Morgan: *Instinto y experiencia*. IV. Freud: *El chiste y sus relaciones con lo inconsciente*. — CIENCIAS BIOLÓGICAS: I. Mme. Dontchef-Dezeuze: *El método de Pavlov*. II. J. von Uexküll: *Principios de la nueva biología*. — PROBLEMAS ESPAÑOLES: Julio Senador: *Castilla en escombros*. — LITERATURA: I. Willamowitz-Moellendorf: *Safo y Simónides*. II. Paredes: *La serrana de la Vera*. III. Pío Baroja: *Los recursos de la astucia*. IV. López Picó y Alej. Plana: *Poesía catalana*. V. J. Moreno Villa: *Poesía andaluza*.

Este plan primitivo hubo luego de ser modificado. El primer número de *El Espectador* no contuvo más que una parte de lo prometido, aunque claro es que no por eso dejó de constituir un volumen interesantísimo, rebosante de pensamiento y de belleza.

En el segundo número persiste la reducción del plan primero.

Por otra parte ha aparecido un año después de la aparición del anterior.

Bien es verdad que de este retraso los argentinos somos los que menos derecho tenemos a quejarnos, puesto que a la estada de Ortega y Gasset entre nosotros se debe principalmente.

Así lo explica el autor en las *Palabras a los suscriptores* con que inicia este segundo volumen.

Ese prólogo contiene, además, apreciaciones muy lisonjeras para el público argentino, que *El Espectador* cree «más perspicaz, más curioso, más capaz de emoción que el metropolitano», y a quien atribuye una cualidad decisiva, «la de distinguir finamente de valores», opiniones ambas que el extraordinario éxito de Ortega en Buenos Aires explica y sobre las cuales ya se ha dicho en esta revista por Roberto Gache lo que correspondía («La vida de Buenos Aires», Diciembre 1916).

El segundo número de *El Espectador* fué escrito en su casi totalidad antes del viaje de Ortega. No contiene así nada sobre lo que él mismo considera justamente como «la experiencia más aguda que puede hacer un español espiritual».

Se compone solamente de cuatro «confesiones», de unas glosas a dos cuadros del Greco, de un ensayo sobre Azorín y de un segundo artículo sobre el libro de Max Sebelli: «Der Genius des Krieges und der deutsche Krieg.»

En un apéndice se inserta un amarguísimo artículo de Larra que Ortega juzga, con mayor pesimismo que de costumbre, aplicable al ambiente español contemporáneo.

De las cuatro confesiones, dos son perfectamente deleznable. Nos referimos a «Deseo» y a «Padre e hijo». Por el contrario, «Democracia morbosa» y «Para la cultura del amor», contienen pensamientos definitivos.

«Democracia morbosa» es un valiente ataque a lo que *El Espectador* llama «plebeyismo», degeneración morbosa del sentimiento democrático. En «Para la cultura del amor», continuación de «Leyendo el «Adolfo», se hacen consideraciones fundamentales sobre la moral amorosa, entre ellas una muy original justificación de la inconstancia.

En las dos estupendas glosas a «San Mauricio» y «Apocalipsis» del Greco — Ortega insiste — al pasar, en dicha justificación hasta decir que Don Juan es «una figura de altísima moralidad.»

Sienta también en esas glosas la doctrina, sin duda peligrosa,

de que la característica del acto moral se halla «en la plenitud con que es querido.»

El ensayo sobre Azorín, dedicado por cierto a una señora argentina, demuestra, como el que en el primer número de *El Espectador* dedicara a Baroja, que Ortega y Gasset es ante todo un gran crítico, superior en finura de visión y en profundidad de análisis, a cuantos las letras españolas han conocido hasta ahora.

**Pío Baroja**, — *Juventud-Egolatría* — Madrid, 1917.

Como su conterraneo Salaverría, este ameno narrador de la vida de Avinareta se siente, al parecer, aburrido del tema guerrero. El escritor, — dice en las primeras páginas de *Juventud-Egolatría*, su último libro — tiene derecho a zafarse de este ruido monótono de los cañones y de los sables.

Es una actitud que puede considerarse general entre los intelectuales que han adoptado ante la guerra la posición germanófila de Baroja.

Dijérase que se avergüenzan de ésta y que así, en cuanto pueden, se ponen a hablar de «la feliz cosecha de las flores» como Salaverría («Espíritu ambulante», p. 90) o como Baroja a «pensar en los motivos eternos de la vida y del arte» (*Juventud-Egolatría*, página 14).

Es de advertir, sin embargo, que dichos «motivos eternos» están en absoluto ausentes del libro que nos ocupa.

Lo reconoce, en un momento de verdadera sinceridad, el mismo Baroja, al decir, casi a continuación, que sólo ha querido lucir y sacar al aire su vanidad y su egotismo (p. 15).

Así es, en realidad. *Juventud-Egolatría* resulta, con pretensiones de autobiografía, una sucesión de desahogos personales de Baroja contra todo y contra todos.

Con la suficiencia de un Dios el autor emite, en sucesión constante, juicios cuya única disculpa se encontrará quizá en que no son seguramente el resultado de una convicción sincera, sino la consecuencia de un deseo casi morboso de llamar la atención, de «épater le lecteur».

El mismo Baroja declara (p. 19) que «no es muy probable» que las cuartillas de este libro sean sinceras.

No es posible, en efecto, que Baroja exprese su verdadero sen-

tir cuando dice, por ejemplo, que Cervantes es pérfido y pedestre; Molière, triste; Víctor Hugo, vulgar; Flaubert, fastidioso y estúpido; los Goncourt, imbéciles; Ruskin, un rastacuero; Macaulay, un pedante; Thiers, un cretino; Pereda, el más antipático de los realistas españoles; Ramón y Cajal, un tartufo; Clarín, un hombre envidioso, un novelista pesado y un crítico sin acierto; Salmerón, un histrión; Joaquín Costa, otro farsante; etc., etc.

Al mismo género de páginas destinadas a asombrar al lector, pertenecen aquéllas en que se declara malthusiano, el capítulo en que trata de explicar, como la cosa más natural, que un hombre tenga un primer movimiento de alegría al saber que un amigo íntimo ha tenido una gran desgracia, el pasaje en que explica su curiosidad infantil por una muerte en garrote, la indelicada relación que hace de un pedido de tres pesetas de Sawa y muchas otras igualmente características.

La preocupación constante de Baroja parece ser la de presentarse ante el lector de *Juventud-Egolatría*, como un ser terrible, demoníaco.

Así declara que es un hombre rabioso, perturbado y desequilibrado, con la sola preocupación de devolver a la sociedad, a quien odia cordialmente, todo el veneno de que dispone (p. 83).

Quizá sea ello exacto, quizá Baroja sea efectivamente el *ente* de tendencia negativa y roedora (p. 123) que él mismo se complace en descubrir.

Pero lo cierto es que el personaje resulta, antes que terrorífico, grotesco, y las miserias morales que lo agobian, antes inspiran compasión que otros sentimientos.

*Juventud-Egolatría* consta de diez y siete capítulos. La última parte de uno de ellos está dedicada a los americanos. Según Baroja, América es el continente estúpido por excelencia y el americano un mono imitador atacado a veces de furia sanguinaria y otras de vanidad de bailarina (p. 283 y 284).

Baroja hace así oposiciones, como se ve, a la plaza que Bonafoux, aplacado por los años y por la censura inglesa, ha casi abandonado.

Es, sin duda, una aspiración bien triste para un escritor de su talla.

**Luis G. Bilbao.** — *Las confesiones de Federico Muga. La era de las iniciaciones.* — Madrid, 1917.

Es éste un pequeño libro que revela a un escritor, aun no completamente formado, pero llamado, sin duda alguna, a grandes destinos literarios.

Hay, en efecto, en «Las confesiones de Federico Muga», interés, gracia, vigor y un lenguaje rico y preciso.

Federico Muga, el imaginario confesante, se halla, al parecer, recluso en un sanatorio psicopático. Desde él empieza la redacción de sus memorias, iniciándolas con el relato amenísimo de los primeros años de su infancia.

Las andanzas de «Fred», desde su bautizo hasta sus primeras alucinaciones, están contadas en forma amable y entretenida y en un estilo, no siempre muy correcto, pero sobrio y, sobre todo, grandemente expresivo.

En todo el libro se destacan por su fuerza sugeridora el capítulo dedicado al rosario y la tertulia, y el que describe la muerte de una vieja criada. En este último, especialmente, hay páginas de una gran belleza. Por su gracia és notable el titulado «Pomona y la teta de cristal» (p. 33). Pero donde las cualidades todas del autor culminan es en «El vertumno de Pomona», digno en sus primeras páginas de un Valle-Inclán y aun de un Galdós.

CARLOS C. MALAGARRIGA

---

## LETRAS ITALIANAS

**La nuova Germania (La Germania prima della guerra)**, por G. A. Borgese, Milán, 1917.

No puede negarse el interés que despierta el conocer — ahora que la realidad espantosa se nos muestra con todo su horror — el ambiente en que se incubó la agresión al mundo. Para eso era necesario haberlo estudiado antes del estallido, en todos sus aspectos.

Ese estudio, tan complejo y fecundo en enseñanzas, es el que ha dado vida — hace varios años — al brillantísimo libro que hoy, por haberse agotado la primera edición, nos ofrece Borgese, reeditado. Si el libro pudo pasar casi inadvertido en esa época, hoy, ante los hechos producidos, adquiere indiscutible actualidad.

Escrito entre 1907 y 1908 por un joven nutrido de admiración — y lo demuestra en muchos pasajes — por muchas manifestaciones de la vida alemana, adherido pasivamente, como tantos otros compatriotas suyos, a la aparente necesidad de la triple alianza, podrá achacársele al libro cualquier defecto menos el de la crítica preconcebida.

Del choque con la cruda realidad nació este libro. Hoy, el autor, releándose, puede afirmar con plena conciencia de causa que la energía atea y desenfrenada de los alemanes modernos, sostenedores intransigentes de la moral titánica y de la desnuda voluntad de poderío, maquiavélicos y testarudos, es la que ha ejercido poderosísimo influjo sobre las causas que han determinado la explosión.

El autor — observador tranquilo y minucioso — no ha dejado capítulo inconcluso y, desde el régimen de la familia obrera hasta la idiosincrasia imperial, ha paseado su lente benévola por todo el ciclo de la vida alemana moderna. Si más de una vez se hace atrás con disgusto, no es posible por cierto atribuirle delicadeza

exagerada. Este libro, tomando un argumento al acaso, será consuelo de muchos de los que creían que en París y en la mujer francesa residían el máximo de relajamiento moral y material.

Y el método seguido por Borgese es, a nuestro juicio, el mejor, si se quieren registrar impresiones verdaderas.

Bien a nuestra costa conocemos en la Argentina la ligereza, la insustancialidad, la poca sinceridad y la falta de juicios profundos que contienen los libros de viajes confeccionados por celebridades importadas, que en una semana se dan vuelta a la República por los cuatro costados, que con algunas opiniones personales oídas en tertulias y saraos, hilvanan teorías y generalizaciones. Pero el viajero incógnito que, bien dotado de cultura y observación, permanece — sin el apuro del turista exótico — dos años en un país, visita regiones distantes y opuestas, vive la vida diaria de las diversas clases sociales, domina el idioma y en consecuencia está en grado de escuchar y de leer continua y pacientemente las opiniones de todos, está en óptima posición para ver, considerar y juzgar. Ese viajero, cuando — como Borgese — tiene conciencia, miras honestas, altura de juicio y profundidad de observación, no puede menos que producir obra verídica y sincera.

Aún hoy, los más encarnizados censores de la conducta alemana, dejan de lado ciertos aspectos del progreso teutón, en la convicción de que son admirables e indiscutibles. ¡Cuántos ídolos se nos vienen al suelo, cuántos colosos con pies de barro nos descubre este libro de Borgese!

Nosotros solo veíamos con la visión magnificada, con el criterio sugestionado por la ampulosidad de las manifestaciones exteriores del gigante. Y en el libro todo proceso de juicio del autor está minuciosamente edificado. De ninguna conclusión puede decirse que es arbitraria.

Viviendo durante dos años la vida alemana en las páginas de este libro — y fueron los años fecundos en sobresaltos políticos y diplomáticos, los años que siguieron a la conferencia de Algeciras, los años de los procesos Eulenburg y Harden, los años del cancillerato de Bulow, los años de las guerras coloniales — en ese lapso, la idiosincrasia de todas las capas sociales alemanas se nos revela en plena luz.

La vida privada, las costumbres de la sociedad, la vida urbana y la rural, el régimen electoral prusiano y el alemán, el

mundo de la banca y el de los negocios, los debates parlamentarios, las intrigas de palacio, los procesos ruidosos, ese complejo problema del socialismo alemán; el verdadero rol, alcance y funciones del Reichstag; los métodos de colonización, el militarismo y el navalismo, la política comercial, los sistemas de política exterior, la política especial hacia Inglaterra, el ambiente de los consejeros y amigos del Emperador, el ambiente de las numerosas y pequeñas dinastías de la confederación alemana, y todo otro capítulo que podía contribuir al juicio definitivo ha sido analizado y presentado por Borgese en su estilo ameno y brillante. Se trata así de una obra ilustrativa e interesante.

A pesar de la opinión que habíamos podido formarnos personalmente, confesamos que la luz que el libro arroja sobre la persona del Emperador, sus costumbres y sentimientos, nos lo hace juzgar algo diverso de como lo pinta Almafuerte, por ejemplo. . . Pero es que aquí es pura impresión, allá es sereno análisis. Borgese nos demuestra al Emperador como enamorado ante todo de la grandeza de su país, apóstol de su progreso y como soberano que sólo exaltado por su propia gloria, sugestionado por la servil adulación de su «entourage» ha podido, por una vez, prescindir de las amenazas y pasar a los hechos.

A este respecto, Borgese expresó un juicio que tenía algo de profético: «El Emperador se ha convertido en una tenebrosa «fórmula de alquimia en la cual se compendian todos los peligros que amenazan al mundo.»

Un pasaje de este libro me trae a la memoria un episodio reciente: En una de las últimas cenas mensuales de NOSOTROS, hablando con un distinguido y estudioso diputado del grupo socialista sobre la premeditación alemana en esta guerra, mi interlocutor, para probarme lo contrario, me citó un libro de autor insospechable, que no recuerdo ahora, donde se relataba una conversación tenida, antes de la guerra, con dos altos oficiales rusos, en la que se había comentado, con lujo de detalles «La guerre de 1914. . .»

Quiera el culto legislador hacerle el mismo honor a Borgese y entérese de lo que cuenta en un pasaje de su libro:

«Os refiero el credo de la política nacional alemana, tal como lo he recogido de los labios de un alto oficial, muy tranquilo, muy inteligente, muy cortés, muy lejos de ser un loco moral:

« 1 ). La flota alemana podrá, dentro de pocos años, afrontar la

« escuadra inglesa en el Mar del Norte ; y ese día el golpe de mano  
 « en Inglaterra será la cosa más fácil del mundo ;

« 2 ). No vale la pena incorporar las tierras alemanas de Aus-  
 « tria, porque el Austria alemana y eslava hace la política que le  
 « ordena Alemania ;

« 3 ). A Francia se le negará la neutralidad y se le impondrá  
 « la elección : con nosotros o contra nosotros. Si se decide por  
 « el *contra*, *la destruiremos en quince días* ;

« 4 ). Heredar el dominio mundial de Inglaterra no es tan fá-  
 « cil ni tan cómodo. Pero la hegemonía europea es el destino más  
 « próximo que espera a Alemania. ¿ Por qué la temen los pueblos ?  
 « Alemania siempre hizo el bien de las naciones que dominó ; *en*  
 « *la Edad Media creó la nueva cultura* ; en el siglo XIX ha sacado  
 « a los Polacos de la barbarie y de la miseria. »

¡ La verdad la dirá la historia !

**Dalla Guerra Mondiale alla civiltá internazionale**, por Giorgio Quartara,  
 Milán, 1917.

El doctor Giorgio Quartara, conocido y apreciado internacio-  
 nalista italiano, expone en este libro sus puntos de vista para  
 llegar a una estabilización política mundial.

La idea no es nueva. Desde los contemporáneos de Enrique IV  
 hasta las iniciativas pacifistas del ex zar Nicolás II de Rusia, el  
 proyecto hermoso ha provocado exteriorizaciones de parte de  
 pensadores ilustres — entre ellos Jeremías Bentham y Manuel  
 Kant. — Pocos, de tantos, contaban con una base de criterio  
 verdaderamente práctico ; los más eran pura fantasía, como aquel  
 que proyectaba dividir a Europa en un determinado número de  
 pequeños estados de idéntica superficie y población. . .

Empieza el autor analizando la situación política europea antes  
 de la conflagración y el estado en que se encontraban las gestio-  
 nes pacifistas en Europa, tendientes a asegurar la paz duradera.

Condena la premeditación alemana cuya acción califica como  
 política internacional culminante en el propósito de predominio  
 de una raza sobre otra, tendiente a la extensión del poder alemán  
 sobre pueblos de diferente nacionalidad, ya sea hacia Salónica,  
 Amberes u otra dirección, política universalmente condenada en  
 la época moderna, tanto como la esclavitud en la pasada, cuando  
 hoy sólo debe tenerse por principio inviolable el equilibrio de los  
 Estados sobre bases nacionales. Y por eso considera la guerra

actual, desencadenada por los alemanes, que no tenían ni un solo palmo de territorio sujeto al extranjero, como un delito histórico, sin el menor atenuante.

Estudia luego el autor la vida y el camino recorrido por ese nuevo principio internacional, a través de los tratados y de la acción de los gobiernos.

Reseña con erudición los diversos proyectos tendientes al objeto de conseguir la paz perpetua; presenta, con el apoyo de la historia, el proceso de evolución de la ley de expansión del Estado para llegar por fin — después de estudiar los diversos sistemas existentes de confederaciones — al estudio detallado de la Constitución de los Estados Unidos de Norte América, — que preconiza como el único modelo de confederación verdaderamente adaptable a la sociedad humana.

Pero, entendámonos, esta adhesión no es, ni puede ser, incondicional. Debe amoldarse a las especialísimas circunstancias en que se encontrará Europa después de esta guerra sin precedentes.

Disentimos, por ejemplo, con el autor, en cuanto desearía reunir en una confederación los estados unidos de Europa, Asia y América, por creer que, si — como su libro lo evidencia — quiere salirse del campo de la utopía para señalar rutas prácticas, esta reunión es por lo menos prematura. Reputamos paso bastante adelantado aquel que lleve a la confederación europea.

Las circunstancias especiales a que he aludido más arriba consisten en la necesidad — ineludible, por cierto — de hacer sentir a los vencidos el peso de su culpa, no sólo en los campos de batalla. Efectivamente, si la moral y el derecho privado legislan la pena, y si — como es obvio — repugna a la conciencia admitir una moral privada y una moral de Estado, quien cometió el delito que lo purgue; o bien, que el pueblo que fué instrumento inconsciente de una casta borracha de dominio y de violencia, que la repudie, niegue su solidaridad y haga acto de contrición, dando garantías de su conducta futura. Ciertos sentimentalismos, frente a ciertos desastres, están fuera de lugar.

Y si no, exclúyasele por un par de generaciones, a lo menos, del concierto de los pueblos cuya civilización presenta miles de facetas que no culminan en la adoración de la fuerza bruta. No se pide su destrucción ni su dispersión como al pueblo de Israel, por qué ya hoy en día no se pega a los locos ni se mata a los leprosos y gana camino la supresión de la pena del talión. Ade

más, los nietos no pueden ser responsables de los delitos de los abuelos. ¿Pero que estrechen la nuestra las mismas manos que han asesinado, violado, pillado, robado, saqueado, incendiado? Eso, nunca!

Es, pues, indispensable que la confederación que se propone contemple especialísimas medidas de cooperación mutua por lo que se refiere a la legislación fiscal y aduanera, y de protección en el campo económico, contra los enemigos de hoy.

El autor pasa luego a estudiar las vicisitudes del arbitraje, su aplicación efectiva y posible, y, por último, la probabilidad de su aplicación a todos los casos, en forma tal que pueda impedirse para siempre la adopción del extremo recurso de la guerra.

El libro representa un valioso aporte a la obra de reparación que la guerra exigirá, y la competencia del autor en materia internacional le da un carácter de marcado interés.

FRANCISCO A. ALBASIO.

---

## BIBLIOGRAFIA HISTORICA

**Delfino Urquía.** — *Artigas, en su silencio y su ostracismo voluntarios*. París, 1917. — 113 páginas.

El opúsculo del escritor uruguayo, corre como correlativo de su congénere concerniente a *San Martín*. Aunque, propiamente hablando, no encuadran dentro del rigorismo de la producción histórica, son susceptibles de ser examinados, como frutos de una lectura asidua de las fuentes documentales, hechas en vista de los principios más generales que la acción de los grandes hombres encarna.

¿Por qué Artigas, desde su derrota final, permaneció enigmáticamente callado hasta el día de su muerte?

Los más variados y sugestivos comentarios pueden bordarse sobre el asunto <sup>(1)</sup>. Para Urquía, en definitiva, fué porque no estaba de acuerdo con la marcha de los sucesos, posteriores a su internación en la selva paraguaya. Y no estaba de acuerdo, porque sus ideales habían sido otros y muy distintos, que los prolijados por los equivocadamente considerados como sus continuadores.

Tendremos ocasión de volver sobre el tema, cuando estudiemos la obra del forjador de leyendas, cuya segunda edición acaba de aparecer. Sobra hoy considerar cuales eran los ideales de Artigas, según Urquía.

*La gran idea de la patria grande, con tu ambición del núcleo principal en la parte oriental del Plata, y el sistema de la federación, de esa federación que fué tu gran sueño obsesionante, la gran pesadilla de tus días vividos en holocausto de la tierra que-*

---

(1) Nos atrevemos a citar el libro de Lamy Dupuy: *Artigas en el cautiverio*, como refinado ejemplo del mal gusto puesto al servicio de una mediocre inteligencia del sujeto, y apasionados prejuicios sobre acontecimientos que no se estudiaron con suficiente luz, ni capacidad. Zorrilla de San Martín, benévolamente, dice: «Lamy Dupuy, en su interesante libro...»; pero es favor de compatriota

*rida, se alzó en el altar de mis conclusiones definitivas.* (Pág. 28).

Frente a este aspecto que podríamos denominar constructivo y que explica toda la acción del caudillo, coloca aquella otra faz de su conducta política que había de ser blanco de los denuestos y rencores de sus adversarios. Urquía, siguiendo su método, la define así:

*Abrazaste la creencia de una independencia americana de pura enjundia criolla y fundada sobre la base de un federalismo absoluto y entre una libertad con reflejos realistas u otra unitaria con dependencia de un directorio central de Buenos Aires, te fuiste, inconsciente, hacia la anarquía y la derrota.* (Pág. 45).

La filosofía deducida de estas características, por supuesto, encierra una particular interpretación de todo el período histórico cubierto por la acción artiguista. Y, para nosotros, quizá excesivamente unilateral.

Ha sucedido en efecto que, hasta hoy, los que escribieron acerca de la época que va desde mayo del año diez a los sucesos del veinte, han tomado una posición, posterior a los hechos, como antagónicamente preestablecida entre los ocurridos en una y otra orilla del Plata.

Pues bien; reputamos tal posición como viciosa, y creemos que los que escribieron la historia de dicha época desde un punto de vista argentino, como desde un punto de vista uruguayo, erraron camino y malograron esfuerzos. Tan compenetrados están los sucesos, tan estrechamente vinculados los personajes, tan identificado el escenario político, que será siempre imposible comprender los acontecimientos, si se quiere renegar de dicha natural comunidad de esfuerzos y de luchas.

Las nacionalidades habían de surgir más tarde. El sentimiento de destinos inconfundibles había de cimentarse posteriormente (1). Pero por esa época será del todo inútil querer hacer historia argentina o historia uruguaya, pues habrá que hacerla *una* necesariamente. Urquía parece sentir esta urgencia de solución, y en un momento exclama:

*Siento a mi patria chica, encerrada como está en los estrechos*

(1) Tan es así, que concurriendo a este fin, surge en la República Oriental el culto al héroe, forjado en épica leyenda por Zorrilla de San Martín. Y entre nosotros, igualmente, el ensalzamiento de los ideales revolucionarios en la *Argentinidad* de Rojas. Ambos libros tienen un mismo carácter y responden a una idéntica necesidad.

*límites que la circundan, cuando tú la quisiste de una grandeza material y moral que fuese suficiente para el respeto de sus decisiones, impregnadas siempre en la fuerza de la razón.* (Pág. 90).

Y este sentimiento cobra mayor fuerza cuando examina el momento inicial del estado uruguayo:

*Confesemos, más bien, que nuestro gran hombre se había equivocado en sus anhelos patrióticos, y que la voluntad del pueblo uruguayo es permanecer libre e independiente. Y así Artigas quedará como un héroe que luchó por una idea grande y generosa, pero una idea que no es la nuestra.* (Pág. 107).

La disconformidad entre los ideales de Artigas, y los que sostenidos por otros dieron como resultado la imposición, por las circunstancias, de la independencia uruguaya, está probada, según Urquía por el silencio de Artigas, *ante el desarrollo de los sucesos, contrario a sus anhelos.* (Pág. 111). Por supuesto, que el patriótico fervor del escritor puede tener estas licencias interpretativas, que estrictamente, si bastan para fundar una creencia, no alcanzan a demostrar un aserto. Sin embargo, no deja de llamar nuestra atención, como dirección original dentro de la farragosa literatura polémica existente sobre el asunto, en ambas orillas del Plata.

Hay un dejo de amargura en las palabras de las últimas páginas; amargura que tradúcese acremente en estas frases:

*En aquella hora de nuestra historia se aceptaron los sucesos sin la previa meditación necesaria, sin el valor de una protesta, y con la postdata de un agravio al que pasaba sus días en las tristes soledades del Paraguay. Por eso es que, aun hoy, en el presente en que vivimos, tenemos que soportar la donación, generosamente ofrecida, es verdad, pero donación al fin, de un derecho por el costado de la laguna Merim; y de una negación por el costado del Plata.* (Pág. 112).

Por supuesto, esta afirmación, nos obliga a puntualizar claramente los primeros pasos del naciente estado. Así cuando Zorrilla de San Martín, dice, *la nación o el estado que, . . . se constituyó en 1830.* Urquía diría: el estado y no nación que constituyeron. . . *los dos colosos que nos limitan, y la intrusión indebida de la Inglaterra.* (Pág. 108).

Veamos pues, cómo se produjo la constitución definitiva del nuevo estado.

La invasión portuguesa, que a fines de 1816 penetró en la Banda Oriental, y subsiguiente dominio de la misma, trajo como consecuencia la preparación de un estado de cosas que tarde o temprano acarrearía la guerra entre las provincias argentinas, y el Brasil <sup>(1)</sup>. Producida ésta, terminado el litigio con la convención que creaba el estado oriental, canjeadas las ratificaciones (4 octubre 1828), y dictada la constitución que regiría al nuevo estado (10 de septiembre de 1829), era necesario que ésta, para su jura, fuera previamente examinada y aprobada por ambos altos contratantes. A dichos efectos se les envió el texto auténtico de la misma (19 septiembre)

Las consecuencias de la guerra del Brasil fueron desastrosas para las provincias argentinas. Complicada su situación interna, por la caída de Dorrego, entronizamiento de Lavalle, y sucesos posteriores, el gobierno de la provincia de Buenos Aires (25 septiembre), se dirigió al senado consultivo, <sup>(2)</sup> proponiendo dos soluciones que condujeran al cumplimiento de los compromisos contraídos en la convención preliminar de paz con el Brasil, con referencia al examen de la constitución oriental.

La primera, consistía en obtener la anuencia previa de los estados del litoral, para luego notificar a los demás confederados, la gestión realizada; la segunda, procurar obtener la autorización de todos los confederados, para proceder luego al nombramiento del comisario que había de proceder a la revisión de la constitución uruguaya. <sup>(3)</sup>

Herrera, encargado de negocios uruguayo en Río activó lo más posible su gestión ante el gobierno imperial. Conociendo el

(1) La laboriosa gestión diplomática, tendiente a rechazar el dominio portugués y luego brasileño, sobre la Banda Oriental, fué iniciada por Pueyrredón, entonces director supremo, y luego continuada por los gobiernos argentinos, a pesar de las contrarias afirmaciones de ciertos escritores.

(2) El senado consultivo surgió del convenio adicional del 24 de agosto de 1829, entre Lavalle y Rosas, y asistía al gobernador provisional, para preparar las elecciones de la nueva legislatura.

(3) Documentos en el Archivo General de la Nación. Copias en el Ministerio de Relaciones Exteriores. La parte interesante del asunto, es que fué debido a la perentoria exigencia de la convención con el Brasil, que la delegación del manejo de las relaciones exteriores se hizo en el gobernador de Buenos Aires; centralizándose desde entonces la representación nacional. — Cf. 18 de octubre de 1829, Pacto entre Buenos Aires y Santa Fe, art. 16. — 27 octubre 1829, Pacto entre Córdoba y Buenos Aires, art. 16 (canje de ratificaciones, 17 diciembre).

estado de las provincias argentinas, y temiendo sin duda la postergación de la revisión del texto constitucional, procuró obtener una aprobación por separado, así como la intervención de delegados uruguayos en la futura convención definitiva de paz, entre el Brasil y las provincias argentinas. Pero el canciller imperial difirió para mejor oportunidad semejantes exigencias. (1)

Santiago Vázquez, encargado de negocios en Buenos Aires, vióse obligado a ser testigo de la restauración de la legislatura bonaerense (1.º diciembre 1829), elección de Rosas como gobernador (6 diciembre), y sucesos posteriores, y a retardar su gestión, hasta que reconocida por la mayoría de las provincias en el gobierno de Buenos Aires la representación exterior, dió comienzo a la misma (15 de febrero de 1830).

El gobierno imperial había ya nombrado como comisario a su ministro de relaciones exteriores, Calmon du Pin e Almeida, y aprovechando esta circunstancia, Vázquez (20 febrero) y Lavalleja, ministro de relaciones uruguayo (25 febrero), insistieron en el pronto nombramiento del comisario argentino. Las pretensiones de fijar en Montevideo el sitio de las conferencias, fueron desechadas por Rosas, quien aceptando sin mayor discusión como punto de reunión a la ciudad de Río, procedió a nombrar a su ministro de relaciones exteriores, don Tomás Guido, comisario argentino para revisar el consabido texto constitucional (9 de marzo). (2)

El comisario argentino, en viaje a Río, llegó a Montevideo el 23 de abril, y encontró los ánimos completamente divididos. Rondeau habíase visto obligado a dimitir el mando supremo, asumiéndolo Lavalleja, con la oposición de Rivera. La situación de Guido era en extremo escabrosa. Solicitado por todos los bandos, apenas si consiguió mantenerse alejado de los mismos; (3) confirmándose así la prudencia habida en la no aceptación de Montevideo como

(1) Archivo General de la Nación, copia en el M. R. E.: Minuta de conferencia entre el Excmo. Señor Ministro de Negocios Extranjeros del Brasil y el Señor Encargado de Negocios de la República Oriental del Uruguay, en Janeiro, a 14 de enero de 1830. — *Ibidem*: Nota de Guido al M. R. E., argentino. Río de Janeiro, 18 de agosto de 1830.

(2) Cf. *Centenario del general Guido*, pág. 208. — Nota del M. R. E., J. M. de Anchorena, al M. R. E. brasileño, comunicando el nombramiento de Guido. — Este libro que no citamos en un anterior artículo bibliográfico, sólo por azar pudo ser conseguido, y ratifica nuestros conceptos de entonces.

(3) Archivo M. R. E., carpeta 4. — Nota reservada, 26 de abril.

lugar donde debieran ser tenidas las conferencias. Tanto más cuanto que solicitada su intervención, y gestionada ante él una acción por separado de la brasileña, debía remitirse a la inteligencia de la convención preliminar, por el manifiesto deseo del gobierno bonaerense de mantenerse fiel a las obligaciones del antesmencionado tratado. Fracasó, pues, también aquí, la tentativa de alejar al gobierno de Buenos Aires del cumplimiento del pacto <sup>(1)</sup>.

Llegado Guido a Río de Janeiro, activáronse las gestiones. Sin que hubiese tiempo a las ingerencias de Herrera, fueron realizadas las conferencias, en que analizado el texto constitucional, quedó aprobado. (25, 26 y 27 mayo de 1830).

En el mismo día comunicáronse los resultados a Herrera y al ministro inglés <sup>(2)</sup>. El gobierno imperial alistó un navío, y las actas aprobatorias fueron conducidas a Montevideo, donde el 18 de julio de 1830 se juró solemnemente la constitución revisada <sup>(3)</sup>.

DIEGO LUIS MOLINARI.

#### APENDICE

COPIAS DE LOS PROTOCOLOS DE LAS CONFERENCIAS CELEBRADAS ENTRE EL COMISARIO ARGENTINO GENERAL TOMÁS GUIDO Y EL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DEL BRASIL, DESIGNADOS PARA EXAMINAR LA CONSTITUCIÓN DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. (4).

Archivo de Relaciones Exteriores. Carpeta N.º 3, del año 1830.

A los veinticinco días del mes de mayo de mil ochocientos treinta, comparecieron en la Secretaría de Estado de los Negocios Extranjeros los

(1) Archivo M. R. E., 1830, carpeta 4. — Mayo 18. Nota reservada del M. R. E., a Guido, adjuntándole: a) un oficio del M. R. E., a Guido, 6 de mayo de 1830, contestando su nota de 26 de abril; b) un duplicado de la misma; c) copia de una nota del M. R. E., uruguayo, Giró, 12 de mayo de 1830; d) copia de la contestación a la anterior, Bs. As. 17 mayo 1830.

(2) La misión de Guido dióse por terminada en agosto 13, estando de regreso en Buenos Aires a comienzos de noviembre de 1830. — Cf. *Centenario del general Guido*, págs. 209 y sgs.

(3) Esto difiere un tanto de lo que libros sin importancia relatan como proceso de la jura, cuando no lo callan. Así: Julián O. Miranda, *Compendio de historia nacional*, Montevideo, 1911; Orestes Araujo, *Nueva historia del Uruguay*, Montevideo, 1915; Pablo Blanco Acevedo, *Historia de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1913, etc., etc.

(4) Fueron publicados por primera vez en la *Colección de tratados celebrados por la República Argentina*, Buenos Aires, 1884, t. I, pág. 145; luego reproducidos en la *Colección de tratados, etc.*, Buenos Aires, 1911, t. II, pág. 421, pero suprimiéndole la redacción portuguesa de la conferencia del 26 de mayo. Por haberse agotado la anterior edición, reproducimos el interesante documento, cuidadosamente revisado en presencia del documento oficial que existe en el archivo del M. R. E.

Excmos. Sres. Ministros y Secretarios de Estado Miguel Calmon du Pin e Almeida y D. Tomás Guido, nombrados Comisarios, el primero por S. M. el Emperador del Brasil y el segundo por el Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, para examinar la Constitución del Estado Oriental del Uruguay de conformidad al artículo 7.º de la Convención preliminar de Paz entre el Imperio del Brasil y las dichas Provincias, firmada en el Río de Jauciro en 27 de agosto de 1828.

Presentados los competentes Plenos Poderes fueron hallados en buena y debida forma.

El Sor. Comisario Argentino pidió que se insertara en el Protocolo la declaración que iba a hacer, y es la siguiente: Que él sentía mucho placer en asegurar, cuan satisfecho había quedado su Gobierno, cuando supo, que S. M. el Emperador, luego que se recibió en esta Corte la mencionada Constitución, había nombrado con la mayor brevedad y buena voluntad su Comisario, ordenando sin embargo, que se esperase la concurrencia del Comisario Argentino y que por esto, el mismo Gobierno, queriendo por su parte corresponder a esta prueba de su consideración y acelerar el examen de la Constitución del Estado Oriental, prescindió de entrar en la cuestión de la elección sobre el lugar de la reunión de los Comisarios, que quedó omitida en la Convención y que podría motivar embarazos; y pasó a enviar a esta Corte el dicho Comisario, evitando con esto toda y cualquier demora, y dando una prueba de la mutua y buena inteligencia, que existe entre ambos gobiernos.

Hecha esta declaración, se leyó la Constitución del Estado Oriental. Los Comisarios Brasileros y Argentino, limitándose únicamente a lo que se halla pactado en el artículo 7.º del precitado tratado preliminar, aprobaron la misma Constitución, por no hallar en ella cosa alguna que se oponga a la seguridad de sus respectivos Gobiernos.

No dejaron sin embargo de hacer algunas observaciones, sobre la intelerancia Religiosa, que la misma Constitución parece admitir, contra los principios luminosos reconocidos por todos los Gobiernos Liberales; y sobre algunos otros artículos Constitucionales, y juzgados tales, que a su juicio, deben ser perjudiciales a la organización, estabilidad y conservación del nuevo Estado.

Después de esto convinieron los Comisarios Brasileros y Argentino en extender los actos de su declaración en las dos lenguas Portuguesa y Española. Y se dió por concluida la conferencia.

(Ido.) Guido.

(Ido.) Calmon.

#### CONFERENCIA DE 26 DE MAYO

Leído el protocolo de la conferencia pasada fué aprobado.

Los Comisarios Brasileros y Argentino entraron a discutir el modo mas conveniente de redactarse el Acta de la Declaración y después de hechas de parte a parte las debidas observaciones, convinieron los mismos Comisarios en la redacción siguiente:

Los abajo firmados, el General Dn. Tomás Guido, Ministro Secretario de Estado en los Departamentos de Gobierno y Relaciones Exteriores del Gobierno de Buenos Ays. y Miguel Calmon du Pin e Almeida, del Consejo de Su Majestad el Emperador del Brasil, Ministro Secretario de Estado

de los Negocios Extranjeros, Comisarios nombrados por sus respectivos Gobiernos de las Provincias Unidas del Río de la Plata y del Brasil, conforme al artículo 7.º de la Convención preliminar de Paz, firmada entre los referidos Gobiernos a los 27 días de agosto de 1828, en esta Corte del Río de Janeiro, y ratificada en el día 30 del mismo mes por Su Majestad Imperial y en el día 29 de septiembre del mismo año, por el Gobierno de la Unión del Río de la Plata, y debidamente autorizados por sus plenos poderes, que fueron hallados en buena y debida forma, para examinar si la Constitución Política de la Provincia de Montevideo, formada por los Representantes de ella en virtud de la mencionada Convención, contiene algún artículo u artículos que se opongan a la seguridad de sus respectivos Estados; habiendo procedido al determinado examen con toda madurez y circunspección, declaran del modo más esplicito y solemne y de común y mutuo acuerdo; que en la Constitución formada para la dicha Provincia de Montevideo que tiene por título «Constitución de la República Oriental del Uruguay» sancionada en el día 1.º de septiembre de 1829 por la Asamblea General Legislativa y Constituyente de la misma República, firmada por el Presidente de la referida Asamblea y Diputado por Montevideo Dn. Silvestre Blanco y por veintiocho Diputados más de los Dep. a saber, 7 por Montevideo; 2 por el Cerro Largo; 4 por Santo Domingo Soriano; 3 por San José; 2 por la Colonia; 4 por Maldonado; 2 por Paysandú; 2 por Canclones; 1 por Durazno y 1 por Sandú y por los Secretarios D. Miguel A. Berro y D. Manuel J. Errazquín; y finalmente tal cual fué presentada a sus respectivos Gobiernos, impresa y sellada, por los Encargados de Negocios de la misma República en la ciudad de Buenos Aires y en la Corte del Brasil; no existe artículo u artículos algunos, que se opongan a la seguridad de la República de las Provincias Unidas del Río de la Plata y del Imperio del Brasil; y que por consecuencia puede ser inmediatamente jurada y debidamente ejecutada en la forma adoptada y prescripta en la misma Constitución en toda la República Oriental del Uruguay. En fe de lo cual los Comisarios abajo firmados nombrados por los Gobiernos de las Provincias Unidas del Río de la Plata y del Brasil en virtud de sus plenos poderes, firmaron con su mano esta declaración y la sellaron con el sello de sus armas.

Fecha en la Ciudad del Río Janeiro a los veinte y seis días del mes de mayo del año del Nacimiento de Nuestro Sr. Jesu Cristo de mil ochocientos y treinta. — Firmados. — *Tomás Guido — Miguel Calmon du Pin e Almeida.*

Os abaixo assignados, Miguel Calmon du Pin e Almeida, do Conselho de S. M. el Emperador do Brazil, Ministro e Secretario de Estado dos Negocios Estrangeiros, e o General D. Thomás Guido Ministro e Secretario de Estado nos Departamentos de Governo, e Relações Exteriores do Governo de Buenos Ayres, Commissarios nomeados pelos seus respectivos Governos do Brazil e das Provincias Unidas do Río da Prata; conforme o Artigo 7.º da Convenção Preliminar e Paz, assignada entre os referidos Governos dos 27 d'agosto de 1828 nesta Corte do Río de Janeiro, e ratificada no dia 30 do mesmo mez por Sua Magestade Imperial, e no dia 29 de Setembro do mesmo anno pelo Governo da Union do Río da Prata e devidamente authorizados pelo seus Plenos Poderes, que forão achados em boa e devida forma, para examinarem, na Constituição Política da Provincia de Montevideo, formada pelos Representantes della, em virtude da mencionada Convenção contem algum Artigo ou Artigos que

se oppomtrão a segurança dos seus respectivos Estados: tendo procedido ao determinado, exame con toda á maduresa e circuspecção, declarao do modo o mais explicito e solemne, e de commun e mutuo accordo, que na Constituição formada para a dita Provincia de Monteideo que tem por titulo: Constituição da República Oriental do Uruguay, sancionada no dia 10 de setembro de 1829 pela Assamblea Geral Legislativa e Constituinte da mesma República; firmada pelo Presidente da referida Assamblea, e Deputado por Monteideo Silvestre Blanco, e por mais vinte oito Deputados; a saber 7 por Monteideo; dous pelo Serro Largo; 4 por Domingo Soriano; 3 por San José; dous pela Colonia; 4 por Maldonado; dous por Paysandú; dous per Canelones; hum por Durazno; e hum por Sandú; e pelos Secretarios Miguel A. Berro e Manuel J. Errazquin; e finalmente tal qual foi apresentada aos seus respectivos Governos impresa, e sellada, pelos Encarregados de Negocios da mesma Republica na Corte do Brazil e na Cidade de Buenos Ayres, neu existe Artigo ou Artigos algum, que se oppontrao a segurança do Imperio do Brazil e da República das Provincias Unidas do Río da Prata; e que por consequencia pode ser immediatamente jurada, e devidamente executada pela forma adoptada e prescripta na mesma Constituição em toda a Republica Oriental do Uruguay. Em fe do que os abaixo assignados, Commissarios, digo, os Commissarios abaixo assignados, nomeados pelos governos do Brazil e das Provincias Unidas do Río da Prata, em virtude de seus Plenos Poderes assignarao com os seus punhos esta Declaração e lha firerao pôr o sello de seus Armas.

Feita na Cidade do Río de Janeiro aos vinti e seis dias do mez de Maio do Anno do Nascimento de nosso Senhor Jesus Christo de mil oitocentos e treinta. — Assignados: *Miguel Calmon du Pin e Almeida.* — *Thomás Guido.*

Los Comisarios Brasilero y Argentino quedaron en reunirse mañana 27 del corriente para firmar el acto de la declaración. Y se dió por concluida la conferencia.

(fdo.) *Guido.*

(fdo.) *Calmon.*

#### CONFERENCIA DE 27 DE MAYO

Leído el Protocolo de la Conferencia pasada fué aprobado.

Los Comisarios Brasilero y Argentino habiendo leído el Acto de la Declaración hecho en las lenguas Española y Portuguesa, lo hallaron en buena y debida forma y por tanto lo firmaron y le hicieron poner ei sello de sus Armas. I así terminaron las conferencias.

(fdo.) *Guido.*

(fdo.) *Calmon.*

## EL TEATRO ARGENTINO EN EL AÑO 1917

Cuando en 1902 — hace sólo 15 años — se inició con el drama del señor Enrique García Velloso, *Jesús Nazareno*, la segunda época de nuestro teatro nacional, la *era ciudadana*, como en otra oportunidad la he calificado, en contraposición a la *era gaucha*, que agonizaba ante la indiferencia de públicos que no sentían ya como cosa propia, modalidades que no les pertenecían, nadie hubiera creído que una evolución que empezaba tan modestamente, con una compañía de artistas en formación y en un teatro, aunque central, de tercer orden entonces, llegaría en tan poco tiempo al resultado que hoy anotamos, esto es a que los teatros que cultivan la producción nacional en toda la república, hayan alcanzado este año a recaudar la gruesa suma de tres millones de pesos. Sin embargo, este innegable progreso material no creo que esté de acuerdo con el adelanto de nuestro teatro, en cuanto a obras se refiere. En realidad, de diez años a esta parte, el teatro rioplatense no ha hecho otra cosa que retrogradar. No quiere decir esto que durante este tiempo no se hayan escrito comedias dignas de consideración, algunas quizás notables; pero, en conjunto, puede afirmarse categóricamente que este largo período ha sido muy inferior en su producción al que comprende los primeros cinco años que corren desde 1902 a 1907. •

Al iniciarse este año la temporada teatral, con seis compañías nacionales en la ciudad de Buenos Aires, manifesté de antemano mi pesimismo sobre el resultado final, por creer que tal exceso de compañías redundaría en perjuicio del arte nacional, pues los autores de cartel, queriendo cumplir con todas las empresas, harían una obra para cada una de ellas, dándonos así cuatro obras mediocres, cuando podían haber escrito con conciencia, una sola buena. Pensaba además que no todas estas compañías lograrían llegar al final de la temporada, porque les faltarían autores, ya

que no era humanamente posible que en los nueve meses de actividad teatral se escribieran 72 obras dramáticas en tres actos y 72 sainetes o revistas, que era lo menos que necesitarían las seis compañías, si subsistían. La prueba de que no me equivocaba está en que a los cinco meses suspendió sus representaciones la compañía Rosich-Ballerini e idéntica cosa le hubiera acontecido, con anterioridad, a la de Pablo Podestá, a no haber tenido la suerte de encontrar el filón inagotable, que resultó ser el drama de Emilio Berisso, *Con las alas rotas*. Con todo, bien o mal, se ha sostenido la mayoría, estrenándose, más o menos, unas 45 obras de tres o cuatro actos y unas 60, entre sainetes y revistas de un acto.

Este año, como el anterior, el público ha manifestado su evidente preferencia por las obras cómicas. Los teatros Argentino y Apolo, en los que eran reyes exclusivos de la risa los señores Parravicini y Casaux respectivamente, han sido los más concurridos. *El tío soltero*, de Ricardo Hicken, *Conservatorio La Armonía* de Discépolo y De Rosa, *Mister Franck*, de Belisario Roldán y *El mascotón* de Enrique García Velloso, bastaron para mantener la temporada del teatro Argentino, pues cada una se sostuvo en el cartel alrededor de cincuenta noches consecutivas. El Apolo tuvo idéntico éxito con dos de las obras estrenadas en el año: *El caballo de Bastos*, de José Antonio Saldías, e *Instituto Internacional de Señoritas*, de Enrique García Velloso. Exceptuando el *Caballo de Bastos*, que en oportunidad de su estreno, calificué de obra inmoral y antiartística, creo que el éxito de las restantes se justifica, pues la mayoría se mantuvo por sus méritos propios, independientes de la actuación de los intérpretes.

Esta preferencia pues no nos alarma, pero, en cambio, sí nos, alarma profundamente la inclinación revelada por el público hacia cierta burda clase de espectáculos teatrales que, con el nombre de sainetes o revistas, se le ha brindado a diario durante este año, en dos de nuestros teatros más céntricos. En el número anterior de *Nosotros*, y con motivo del fracaso ruidoso de una de esas revistas, tuve oportunidad de manifestar cual era mi opinión respecto a tal género de obras. Y si ahora insisto es porque ante el importante negocio realizado en el año por los empresas de los teatros Nacional y Buenos Aires, hay el peligro de que el año próximo sea éste el género que se cultive con especialidad. Por lo pronto, ya se anuncia la formación de una o dos compañías más. Ya sé que mi protesta será inútil y que el atentado se cometerá

igualmente, pero no importa; hasta, por el momento, que haya una voz que dé el alerta! Ya vendrá algún día la reacción. . .

Sin embargo, a pesar de estas preferencias del público, la obra de mayor éxito durante este año ha sido el bello y fuerte drama de Emilio Berisso, *Con las alas rotas*, que ha llegado casi hasta las 200 representaciones consecutivas, caso único en la historia de nuestro teatro. Junto a ésta, creo que debe guardarse memoria de las siguientes obras: *Liniers*, drama histórico en cuatro actos, del doctor David Peña; *El complot del silencio*, comedia en tres actos de César Iglesias Paz; *El casamiento de Laucha* y *La victoria de Samotracia*, de Enrique García Velloso.

Algunos autores nuevos nos ha hecho conocer el año 1917: la temporada del Apolo se inició con la comedia en tres actos *Río revuelto*, original de los señores Juan Valliera y A. Lázaro, obra que sirvió para ponernos de manifiesto a dos verdaderos hombres de teatro, de los que mucho bueno puede esperar nuestra escena: el mismo teatro nos hizo conocer posteriormente la intencionada comedia política de Arturo Lorusso, *La ínsula de Don Felino*, y la regocijada, aunque suavemente sentimental comedia de los señores Darthes y Damell, *El novio de Martina*. También este teatro nos dió la primer obra de un joven periodista español, José M. Bosch, la discreta y bien realizada comedia *La gallega*; desgraciadamente, su muerte casi inmediata, nos privó de aplaudirle en futuras mejores obras. Vemos pues que el Apolo ha sido el único escenario que ha permitido agregar nuevos nombres a la historia de nuestro teatro, y todos de hombres jóvenes. Vaya por ello nuestro sincero aplauso al director artístico, don Joaquín de Vedia.

El género gauchesco, afortunadamente ha estado este año en decadencia. Esas obras netamente criollas, *nacionalistas*, en el peor concepto del vocablo, antiextranjerías, que quieren hacernos creer que en el gaucho y en sus virtudes se encuentran todas las bellezas del alma nacional, estuvieron representadas por sólo dos obras: *La casa de los Batallán*, drama de Alberto Vacarezza, y *La inundación*, drama también, de Rodolfo González Pacheco.

El doctor Vicente Martínez Cuitiño, uno de nuestros hombres de teatro que tiene más dominio de la escena, nos ofreció al comienzo de la temporada teatral un fuerte drama realista, *La fuerza ciega*, muy discutido y al que yo atacué rudamente, por no pensar, como el autor, que ese drama significara una reacción de

arte superior, después del éxito desmedido de las piezas cómicas, ahora en auge, sino, por el contrario, que obras como ésta, de un orudo realismo, pueden determinar en el público un nuevo rebajamiento del gusto, más grave quizás que el atribuido al teatro para reír. Posteriormente, este mismo autor estrenó otra obra, *La humilde quimera*. En esta bella comedia, cuya acción se desarrolla lógica, clara y sencillamente, el doctor Martínez Cuitiño nos ofrece un hermoso carácter de mujer, concienzudamente delineado. Creo que, sin temor a errar, puede afirmarse que ésta ha sido la mejor obra del año que termina.

En resumen, este año nos ha dado, junto a una gran prosperidad material: tres millones de pesos recaudados, y una abundante producción dramática: cuarenta y cinco obras de tres o cuatro actos y sesenta en un acto, muy pocas obras buenas y ninguna obra maestra. Sin embargo, no hay que olvidar que el teatro rioplatense sólo tiene quince años de vida y que todo está aún por hacerse, en estos países tan jóvenes. Esperemos. . .

### LA CRITICA URUGUAYA Y EL TEATRO ARGENTINO

Con motivo de una nota pasada por el señor Enrique García Velloso a la Sociedad de Autores Dramáticos, en la que manifestaba su resolución de no permitir que se representen sus obras en Montevideo, por considerar sistemática la actitud de la prensa uruguaya para con la producción argentina, la Sociedad de Autores ha creído del caso solidarizarse con la actitud de dicho autor y en consecuencia resolvió a su vez enviar al Círculo de la Prensa de la capital vecina una nota suscrita por la totalidad de sus miembros, en la cual hace una larga serie de consideraciones sobre el caso ocurrente, el que, dice, «aparte de su aspecto meramente personal, inviste una real importancia, si, como no sería extraño, dada la generalización de esa actitud de la prensa uruguaya, se repitiera en varios más o en todos los autores argentinos, provocando represalias y contribuyendo a esos enojosos y perjudiciales distanciamientos entre instituciones o pueblos hermanos, cuando hay impertinencias en unos e intolerancias en otros.» En el deseo de verificar la verdad de estas afirmaciones, visité el local de la mencionada sociedad, a fin de que se me facilitaran los antecedentes que dieron margen a tal resolución. En el libro de

recortes que se puso a mi disposición no encontré ninguno de los sueltos de referencia ; en cambio, sí pude leer algunos comentarios que los principales diarios de la vecina orilla hacían con relación al conflicto, y puedo asegurar que pocas veces he leído palabras más justas y elevadas. Sin poner en duda la injusticia que García Velloso atribuye a ciertas críticas, lo que por otra parte no debía extrañarle, dado que entre nosotros la mayoría de los críticos y autores son injustos con él, creo que se ha magnificado un asunto de por sí sin importancia, dándosele una trascendencia exagerada y contraproducente.

Por estar en absoluto de acuerdo con las ideas expresadas por el señor Julián Nogueira en un comentario que hiciera en *El Día* de Montevideo, y especialmente en la parte en que se refiere a la influencia perjudicial de las sociedades de autores, sobre la producción artística, creo de interés reproducirlo íntegramente. Y dese el incidente por terminado.

«En Montevideo no hay esa supuesta hostilidad para la producción argentina, porque es argentina, sino que aquí las opiniones están libres del interés creado por sentimientos muy respetables, pero que nada tienen que ver con el arte. Los autores uruguayos y argentinos son tratados aquí con el mismo rasero y éste tiene los agujeros mucho más pequeños que los de la crítica porteña, porque aquí no se siente la influencia inmediata del autor argentino o uruguayo que allí estrena y reside. Esta causa es la principal que determina aquella diferencia de criterio, pero de ninguna manera puede atribuirse ella a una estulta argentinofobia que nunca ha existido, fuera de algún caso aislado que yo no haya podido advertir.

Entre nosotros no se ha comercializado todavía la producción literaria y pseudo literaria, como en Buenos Aires y en los demás centros intelectuales de intensa labor. Por eso y porque se produce poco, las sociedades de autores aquí no viven mucho y nuestras leyes sobre derechos son deficientes.

En un artículo retrospectivo de fin de año, decía yo que las sociedades de autores de finalidad comercial ofrecen el beneficio de asegurar el justo pago del trabajo intelectual, pero establecen también el vicio de escribir mal y de prisa, sin depuración en la forma ni en el concepto, para satisfacer los gustos del público, que, en general, son pervertidos. En esto estriba que, donde existen sociedades de autores bien organizadas, se escriba mucho para el

vulgo que paga y, por lo tanto, mal. Que las obras así concebidas y las compañías organizadas para el caso tengan buen éxito, nadie puede dudar; pero eso no significa que del mismo modo que el público, deba opinar quien tiene obligación de estar algo por encima del término medio del gusto colectivo. De ahí provienen las diferencias entre el barómetro de la boletería y el de la crítica. Los autores, naturalmente, creen más al público que los aplaude y les paga suntuosamente su trabajo, que al crítico que les advierte sus defectos desde un punto de vista más elevado y, también naturalmente, creen ver en el crítico a un envidioso, a un fracasado o a un enemigo intelectual. Esto puede suceder a veces, pero el autor lo ve siempre y siempre es sincero. La culpa no es suya; es de la aureola deslumbrante y enceguecedora con que lo rodea el público satisfecho en su simplismo y, a menudo, en sus instintos torpes.»

ALFREDO A. BIANCHI.

---

## CRONICA MUSICAL

### Conciertos.

*Sociedad Nacional de Música.* — Con las XII y XIII audiciones, clausuróse la temporada anual de música argentina, que ha sido un bello exponente del talento y de la noble orientación de nuestros compositores. Lástima grande que la carencia de recursos, haya obligado a esta sociedad a concretarse a la música de cámara, pues en la sinfónica existe un crecido número de obras de gran aliento, sumamente originales, que no desmerecen de las que hemos oído este año.

En la XII audición se ejecutaron: el cuarteto op. 23 del maestro Constantino Gaito, obra que hemos juzgado ya y que ocupa un sitio de honor en la música argentina. Su ejecución fué excelente, lógico esto, tratándose de artistas como los profesores Weingand, Gil, Rodríguez y Piaggio.

La señora Paulina Frers de Pellegrini, que debido a su emoción no pudo explayar sus dotes vocales, cantó tres lieder del maestro José André: *Chanson au bord de l'eau* (T. Klingsor), *A ti unica* (L. Lugones) y *Serenidad* (L. González Calderón). En estas dos últimas obras, el autor da más importancia a la parte vocal que en las que hemos oído en años anteriores. La línea melódica es amplia y está sostenida por armonizaciones elegantes. Acompañó al piano el autor.

La talentosa concertista señora Amelia Cocq de Weingand, interpretó con el buen gusto y la maestría a que nos tiene habituados, una hermosa sonata para piano, del maestro Ricardo Rodríguez, compositor de talento, a quien nuestra música debe obras de gran mérito. Su última producción puede contarse entre las más bellas de la música de cámara argentina: sus cuatro tiempos, contruídos clásicamente, sin excluir las últimas adquisiciones del

arte moderno, impresionan por la nobleza del estilo, excluyente de toda vulgaridad, por la pureza de la factura y la elegancia de la ciencia armónica. Rodríguez es un artista demasiado modesto, que debe hacerse conocer; sepa el lector que esta sonata fué escrita en 1911 y únicamente este año ha sido ejecutada.

La velada terminó con tres romanzas del fogoso y lírico maestro César A. Stiatessi. *En el templo* (E. Morales), *O Rondinella* (E. Mazzarino) *Evocación* (S. Stagnaro), esta última sobre un motivo popular. En estas obras, impera una línea melódica cálida, pasional, comentada en forma moderna. Las cantó, acompañada por el autor, la señora Frers de Pellegrini.

La última audición del año, comenzó con la sonata op. 18 del maestro Ernesto Drangosch, para piano y violín, que más se asemeja a una suite que a una sonata: sus tres tiempos, Allegro appassionato assai, Barcarola, Rondó, no llaman la atención ni por la distinción y personalidad de las ideas, ni por su construcción. Obra de escaso mérito artístico, se oye sin interés. El autor y el concertista maestro Andrés Gaos, no lograron dar realce a esta producción.

El maestro Athos Palma, presentó tres lieder con letra de M. Maeterlink: *On est venu dire...*, *Elle avait trois couronnes d'or* y *Ils ont tué trois petites filles*. El carácter sombrío de la poesía, ha sido traducido con talento por Palma, que ha sabido comentar tanto en la melodía como en el acompañamiento, el pensamiento del gran poeta belga.

Del maestro Carlos Pedrell, oímos seis lieder, de los cuales cuatro por primera vez. Sabido es que este compositor cuenta, en su obra, con un crecido número de hermosas producciones para canto y piano, en las cuales exterioriza un talento artístico interesante. Sus últimos lieder, sobre poesías de Paul Fort, nos agradaron mucho. Desde el místico *Prière au saint silence*, el melancólico *Feuille morte*, hasta la alegre y fresca *Ronde* y la *Fille morte dans ses amours*, Pedrell comenta con arte obras de diferente carácter, dando a cada una de ellas una subjetividad apropiada.

La señora Susana Schuelle de Pedrell cantó las obras de Palma y Pedrell, con éxito grande y merecido, pues jamás ha dominado tanto su emoción, logrando así interpretar estas nuevas composiciones, con inteligencia artística, dicción clara y voz agradable.

Con un bello trio op. 54 del maestro Alberto Williams, finalizó el concierto. Esta obra, de vasta y robusta construcción, exterioriza

a lo que puede llegar su autor, técnico impecable y temperamento artístico personal. *El Allegro moderato*, es una página musical sonora, vigorosa, cuyas hermosas ideas están desarrolladas con maestría; la deliciosa y delicada *Berceuse*, contrasta con aquélla, es un suave descanso tras las grandes sonoridades del primer tiempo, un descanso lleno de ternura y poesía, hasta que el brioso Final, nos transporta de nuevo a las complicaciones armónicas. En resumen un nuevo éxito de Williams, que fué interpretado con talento por los profesores Gaos, Drangosch y Piaggio, en el violín, piano y violoncelo respectivamente.

Antes de finalizar esta crónica, queremos lamentar que el maestro Alberto Machado, que tanto éxito obtuvo el año pasado con sus hermosos *Preludios* y Carlos López Buchardo, no hayan figurado este año. Así como el maestro Eduardo García Mansilla, autor de tan delicadas páginas de canto y el maestro Franco Paolantonio, que hubieran aportado, a no dudarlo, obras dignas de elogio.

*Conservatorio Buenos Aires.* — En dos conciertos sinfónicos, presentáronse los primeros premios de piano y canto de este establecimiento pedagógico. El conjunto de once alumnas que se hicieron oír logró un éxito sumamente halagador para nuestra cultura, pues es digno de cualquier institución similar europea.

Las jóvenes concertistas, fueron: señorita María Cora Welsh, que ejecutó el primer tiempo del segundo concierto de Saint-Saens; señora Laura Escalante de Bosch, que en el allegro maestoso del concierto op. 11 de Chopín, evidenció exquisita sensibilidad artística, excelente técnica y sobresalientes dotes de pianista; señorita Ernestina Bravo, de quien nos hemos ocupado ya, que en el Rondó de Chopín, confirmó plenamente los elogios que le tributáramos anteriormente; se trata de una joven pianista de talento, que puede hacer una bella carrera; señorita Celia Yankelevich, interpretó magistralmente el concierto op. 16 de Grieg; esta talentosa pianista es ya una artista consumada; su técnica es admirable, su sonoridad potente, sin exageraciones, es hermosa y lo que es más, a juicio nuestro, sus dotes interpretativos son muy personales e interesantes; en resumen es una joven artista capaz de imponerse ante cualquier público; señorita Paulina Pfefferman, que actuó correctamente en el final del concierto op. 26 de Mendelsshon. En la segunda audición sobresalieron la señorita Berta Hurtado, que acreditó un bello temperamento en el allegro affe-

tuoso del concierto op. 54 de Schumann y la señorita Nélica C. Franco, que en la brillante fantasía húngara de Liszt, cosechó nutridos aplausos merced a su clara y hermosa digitación; sumamente encomiable la actuación de las señoritas Elena San Feliú (concierto op. 25 de Mendelssohn), Elsa Herzfeld (capricho brillante op. 22 de Mendelssohn) y Andrea Luque (intermezzo y allegro vivace de concierto op. 24 de Schumann).

La señora Brígida Frías de Fitte, cantante eximia, interpretó con su hermosa voz, bien timbrada, con su dicción impecable y su temperamento de artista, una vidalita para canto y orquesta del maestro Williams, el aria de Lia del *Enfant prodigue* de Debussy, ésta acompañada al piano por don Faustino Alsina Bustamante; debiendo conceder un bis ante los insistentes aplausos del auditorio.

El maestro Alberto Williams, nos hizo conocer su segunda suite argentina para arcos, que nos agradó más que la primera. Sus cuatro partes: *Vidalita, Milonga, Arrorró, Cielito* son páginas características, llenas del sabor y colorido de nuestros cantos populares, páginas en las cuales palpita el alma de nuestra raza, tan despreciada hoy por los superhombres europeizantes, que en realidad son insensibles a la poesía ambiente. *Milonga* es una composición sumamente emotiva y evocativa de la pampa y *Arrorró*, una página deliciosa de ingenuidad y ternura. En resumen una nueva afirmación más de que nuestro folklore es capaz de inspirar bellísimas obras, cuando se pone a su servicio talento, personalidad e intenso sentido poético.

*Asociación wagneriana.* — Aplicar al joven compositor austriaco Erich Wolfgang Korngold, la célebre frase de Schumann referente a Chopin «*Descubrios, señores, un genio*», nos parece aventurado, pues si bien el joven que a los 15 años ha escrito la sonata en el sol mayor, op. 6 para violín y piano, hará cosas extraordinarias, no es posible aún vaticinar si es el genio que el arte musical europeo espera y necesita.

Dos son los ejemplos de precocidad artística no malograda, que Korngold recuerda; Mozart y Mendelssohn, notándose mayor analogía con este último, pues el primero debutó con obras más emotivas que técnicas, llenas de ingenuo lirismo y personalidad, mientras que Mendelssohn, que a los 17 años escribió la célebre obertura del *Sueño de una noche de verano*, obra orquestal en la que aplica con sabiduría lo que sus antecesores y contemporáneos

innovaron, se asemeja mucho a Korngold, que en su sonata y su obertura para un drama, también sabe aprovechar los procedimientos nuevos, por medio de una técnica formidable, que provienen de Wagner, Brahms, Max Regger, Malher y Debussy, dentro de una personalidad definida y una indiscutible originalidad. Mas, si científicamente es asombroso, su facultad emotiva es relativamente pobre; sus frases melódicas amplias, grandilocuentes, distinguidas, no denotan gran sensibilidad, defecto serio en un joven de 15 años, edad ésta en que el lirismo intenso, la fogosa pasión, son cualidades que se llevan al último extremo. Poco nos fijamos de los adolescentes que tienen espíritu maduro; cada edad posee sus peculiaridades, y quien no haya sufrido sus influencias carece, por lo general, de temperamento.

Hechas estas salvedades, que anhelamos sinceramente sean desmentidas en el futuro, podemos asegurar que Korngold es ya un maestro eximio en el arte de manejar las notas; lo que de él puede esperarse asombra, y si logra dar rienda suelta a su inspiración sin sujetarla a las formas, podrá ser un genio digno de parangonarse con los más grandes de la música.

De las obras oídas poco podemos decir, pues una audición única no es suficiente ni mucho menos para juzgar composiciones de semejante vuelo.

En orden cronológico, se ejecutaron: *El hombre de nieve* (vals y serenata); *Escenas de cuento*, (gnomos y baile en el palacio encantado), para piano, que la concertista señora Dora Runge de Heirseck, interpretó con arte consumado; obertura para drama, op. 4, reducción para piano a cuatro manos, por la señora de Heirseck y la señorita Ivonne Zaepffel, que lograron un éxito de buena ley y la sonata en sol mayor op. 6, para violín y piano. La parte de violín estuvo a cargo de don Pablo Grotz, quien se reveló como un artista de talento y como un técnico admirable. Las grandes dificultades de esta sonata, dificultades capaces de desalentar a cualquier buen ejecutante, fueron salvadas con maestría y seguridad fuera de lo común. La señora de Heirseck, actuó con inteligencia artística, sólo le reprochamos cierto abuso de las grandes sonoridades, hoy de moda!

— Una bella audición fué la que nos proporcionaron los concertistas A. Morpurgo (violoncello) y C. Fanelli (piano) el 6 de Diciembre, ejecutando cuatro obras nuevas de compositores modernos franceses, todas ellas desconocidas en Buenos Aires.

Jean Huret, en una obra que por su forma puede clasificarse casi como suite, demuestra poseer una inspiración muy francesa, escasamente personal; en resumen un temperamento de segundo orden, cuyas obras se oyen con agrado pero que carecen de trascendencia. El *Choral varié* de Vincent d'Indy, eximio técnico, es una bella y noble composición, sumamente interesante, que no desmerece de su autor. La mayor expectativa de la velada residía en la sonata de Debussy, última obra del gran compositor francés. Como lo hace notar Mauclair, después de *Pelleas* Debussy ha sostenido únicamente su fama sin agregar un laurel más a su corona. La sonata, interesantísima y muy personal, tampoco eclipsa sus hermanas mayores; su forma antigua pero tratada a la moderna, el bello lirismo del prólogo, lleno de fina emoción y la serenata y final, en las que predomina el humorismo, logrado con efectos muy nuevos y del mejor efecto, todo permite clasificar esta obra entre las más ingeniosas de nuestra época, pero no como una digna sucesora de *Pelleas* o de *L'après midi d'un faune*, dentro de la comparación que puede establecerse entre obras tan diferentes. La sonata de Guy Ropartz, fué la composición que más agradó. Ya hemos hablado con elogio de su sonata para violín; su última obra no desmerece por cierto de aquella; Ropartz, netamente franquista, sombrío, profundo, trascendental, tiene un espíritu poco francés; su sensibilidad de bretón, de celta, que conserva merced al cultivo del folklore de su raza es bastante diferente de la de sus compatriotas parisienses, más claros, más alegres y digamos, más superficiales.

El concertista A. Morpurgo, es un notable ejecutante y un inteligente intérprete, que sabe matizar las obras, compenetrarse de su espíritu, para dar versiones interesantes y de real valor; el pianista C. Fanelli, buen ejecutante, pero que siguiendo la moda de hoy, abusa de las sonoridades al punto de ahogar las del violoncelo. En esta época, por lo general los pianistas cuando ejecutan sonatas para piano y otro instrumento, tratan de ocupar el primer sitio o bien se concretan a un mero acompañamiento: ambos criterios erróneos, desde que fuera de las sonatas clásicas, las otras requieren equilibrio de sonoridad entre ambos.

— Con una interesante audición de coros del Orfeo Catalá, ha terminado la temporada anual de la Asociación Wagneriana.

Las masas corales de aquella sociedad, que actualmente sufre una reorganización total bajo la dirección del maestro Pedro

Bosch, se desempeñaron con corrección; los elementos son buenos, pero dado que hace poco tiempo que actúan, no han logrado la afinación deseable. Esperemos pues el año venidero para juzgarlos con entera justicia.

Las obras cantadas fueron las siguientes: *Negra sombra*, de Montes; *Serenata*, de Franz Otto; *El Emigrante*, de Vives; *Barquicijanto*, de Mendelssohn y *Testamento de Amelia*, del maestro argentino Carlos Pedrell, bella obra coral sobre temas populares catalanes. En la segunda parte figuraban: *Motete*, op. 102 de Bach; *Madrigal*, de Walliante; *La Virgen del Remedio*, de Millet; *La mare de Deu*, de Nicolau, cantada con gusto artístico y sencillez por la señorita Elisa Ramonda Juliá; *Sabbato Santo ad Matutinum*, del gran compositor español Cristóbal Morales, obra intensamente mística y de gran complicación armónica. Ante los aplausos entusiastas del público, el coro tuvo que cantar dos veces *L'Ampurdá*, de Morera.

*Cuarteto Santa Cecilia*. — La última audición anual de este cuarteto, ha confirmado plenamente la justicia de los elogios de la crítica: los jóvenes ejecutantes: Remo Bolognini, Isidoro Schweitzer, Ricardo Bonifiglioli y Luis Pratesi, han logrado admirable afinación, e interpretaron las obras con envidiable criterio artístico. Estas fueron: Cuarteto en re menor op. 75 de A. Bazzini, Cuarteto op. 47 de Schumann, Cuarteto op. 10 de Debussy, obras difíciles que los cuartetistas dominan con maestría. El violinista Schweitzer, ejecutó con talento y con excelente técnica el concierto ruso de Lalo.

Los distinguidos pianistas señorita Aída Gaudencio y Guido Capocci, tomaron parte en el concierto de Lalo y el cuarteto de Schumann.

Hacemos votos para que el año venidero este cuarteto continúe su brillante campaña artística para bien de la cultura de esta ciudad.

GASTÓN O. TALAMÓN.

## LIBROS VARIOS

**Zorrilla. Su vida y sus obras**, por Narciso Alonso Cortés. Obra publicada por el Excmo. Ayuntamiento de Valladolid. Tomo I. Valladolid, 1917. Imprenta Castellana.

Don Narciso Alonso Cortés es un sabio y laborioso escritor vallisoletano, a quien debe la historia literaria de España muy valiosas contribuciones, fruto de pacientes rebuscas. Larga es la lista de sus obras, a partir de su primer libro, la leyenda *La Mártir*, publicada en 1895; siendo de notar como con preferencia casi exclusiva, ha consagrado sus desvelos de erudito a ilustrar la historia de Valladolid, de los casos en ella ocurridos, de sus hijos ilustres y de las obras que tienen por teatro aquella ciudad castellana. A él debemos muy interesantes publicaciones sobre los romances y cantares populares de Castilla; una antología de poetas vallisoletanos; una linda edición, doctamente anotada, de *El Licenciado Vidriera*; las ediciones de Villegas, el P. Nieremberg y Moreto, publicadas por *La Lectura*; una traducción del portugués, con notas, de *La Fastiginia*, de Pinheiro da Veiga — valiosas memorias sobre la Corte de España en 1605 — y otros no menos importantes y útiles trabajos críticos y bibliográficos, que le han valido el nombramiento de corresponsal de las Reales Academias Española y de la Historia, y de Cronista de Valladolid, junto con el aprecio de los entendidos.

Su obra más reciente, de la cual sólo nos ha llegado el primer tomo, es una extensa, minuciosa y escrupulosa historia crítica de la vida y obras de José Zorrilla, cuyo nacimiento en Valladolid, en 1817, ha sido conmemorado, como es notorio, este año. Tan extensa y minuciosa la biografía, que constando este tomo de 480 apretadas páginas, no llega más que al año 1845, en que Zorrilla, después de sus ruidosos triunfos teatrales, por trastornos literarios y familiares, emprendió viaje a Francia, llevando con-

sigo, muy adelantado, su poema *Granada*, cuya publicación desde Francia le habían propuesto.

En cuanto a la cantidad y puntualidad de los datos reunidos, no podría pedirse nada más completo; y como las fuentes de información del crítico son muchas y variadas, no desdeñando la anécdota, la tradición y aun la leyenda, esta biografía, aunque minuciosísima, se lee con tanto interés como provecho. Ciertamente que falta en ella la reconstrucción viva y luminosa de hombres y escenas; la eliminación de lo secundario para realce de lo principal; en una palabra, el espíritu de síntesis, el rasgo que define y pinta, resumiendo; pero acaso no ha querido el biógrafo llegar a ello, sino decirnos, como hasta ahora no había sido hecho, todo cuanto se sabe de la vida del famoso poeta romántico, de sus antecedentes de familia, de su aparición en el mundo literario, de sus casos personales, de su filiación artística, del cuándo y cómo y por qué de cada uno de sus éxitos y fracasos.

El primer capítulo está destinado a historiar la familia del poeta y la infancia de éste, transcurrida en Valladolid hasta los siete años. El segundo nos cuenta la estada de la familia en Burgos y en Sevilla, donde el padre del poeta fué respectivamente gobernador y miembro de la Audiencia — como había sido relator en Valladolid —; y luego en Madrid, donde el padre fué elevado, bajo el triste reinado de Fernando VII, a la superintendencia general de policía del reino, y el futuro poeta internado en el Real Seminario de Nobles. Las condiciones de España en aquel tiempo, la miseria, la inmoralidad, la delincuencia en todas las clases sociales, ocupan extensamente al biógrafo del superintendente general, empeñado en mostrarnos sus sobresalientes cualidades de rectitud y energía. Por otro camino seguimos los estudios del poeta, antes en Madrid, luego en Toledo y Valladolid (en 1832, con los cambios políticos, el absolutista superintendente había perdido el favor real y había sido desterrado de la capital!), sus primeros amores, sus primeros ensayos, su escapatoria a Madrid y los apuros pasados en la corte hasta el día en que Zorrilla conoció la primera ráfaga de popularidad sobre la tumba de Larra. Los *Recuerdos del tiempo viejo* del propio Zorrilla, son puestos numerosas veces a contribución por el biógrafo, en esta parte de su trabajo.

El tercer capítulo (págs. 125-236) constituye una recomendable historia del romanticismo en España. Lamenta el autor que no

exista una historia del romanticismo español, porque no son tales ni el libro del cubano Enrique Piñeyro, *El romanticismo en España*, ni *La literatura española en el siglo XIX* del P. Blanco García, ni otros estimables estudios, incompletos o fragmentarios; y si bien él no considera que este su capítulo contenga otra cosa que «someras indicaciones» sobre el desarrollo y vicisitudes de la escuela romántica española, justo es recomendárselo a los estudiosos como un trabajo de información nutridísima, del cual no podrán pasarse hasta que no sea ventajosamente sustituido.

Los tres capítulos restantes entran ya a estudiar la carrera literaria de Zorrilla, después de aquel su triunfo de adolescente, y el carácter y origen de cada una de sus obras.

Ilustran el texto once grabados.

Tal es el contenido de este primer tomo de una obra que será por mucho tiempo capital para el conocimiento de las letras españolas en el siglo XIX. Releyendo las muchas transcripciones que hace Alonso Cortés, confesamos haber experimentado una profunda tristeza ante la pobreza y vaciedad de tanta producción romántica que un tiempo, ¡ay!, admiramos; tristeza nacida principalmente de tanta desilusión. Sin embargo, es necesario que todo eso sea estudiado, porque nuestra sensibilidad del siglo XX debe juzgar las obras que admiraron y sobre las que lloraron nuestros antepasados y explicarse el porqué de esa admiración y esas lágrimas. Ahora bien: fuerza es declarar que don Alonso Narciso Cortés, aunque crítico de buen gusto, no tiene nuestra sensibilidad y saborea aquellos platos románticos con un paladar que le envidiamos.

**Historia de la Lengua y Literatura Castellanas, comprendidos los autores hispano-americanos**, por don Julio Cejador y Frauca, catedrático de lengua y literatura latinas en la Universidad Central. Tomo VI: Epoca del siglo XVIII: 1701-1829. Tomo VII: Epoca Romántica: 1830-1849. Madrid, 1917.

Otro trabajador, éste, formidable de veras: don Julio Cejador y Frauca. Díganlo sus dos tomos de *La Lengua de Cervantes*, los doce hasta la fecha publicados, del *Tesoro de la Lengua Castellana*, sus cuidadosas ediciones de los clásicos, sus novelas, sus colecciones de artículos, sus gramáticas griega y latina, y ahora esta vasta empresa que está llevando a feliz término: la *Historia de la Lengua y Literatura Castellanas*, cuyos voluminosos tomos VI y VII han aparecido este año.

De la laboriosidad ejemplar de este erudito es testimonio el siguiente dato: Vió la luz el primer tomo de dicha *Historia* en 1915, y ya tiene su autor en preparación los últimos — no sabemos si dos o tres más —, en total unas cinco mil páginas macizas.

En la *Carta a guisa de prólogo a don Adolfo Bonilla y San Martín*, que encabeza el primer tomo, Cejador expresó atinada y francamente las razones que habíale movido a componer esta *Historia*. Debióla escribir Menéndez y Pelayo, cuyos monumentales trabajos son los más sólidos sillares de la obra por realizar; debiera escribirla el propio Bonilla, tan sabio como modesto; podría escribirla Rodríguez Marín, si su cargo y ocupaciones se lo permitieran. Los elementos existen; la obra no. ¿O se conformarán los españoles con el viejo Ticknor, o los modernos manuales de Fitzmaurice-Kelly y Ernesto Merimée, muy eruditos, sin duda, pero no siempre satisfactorios en cuanto a la crítica, los tres de hispanófilos extranjeros, que por más conocedores que sean de las cosas de España, nunca podrán penetrar del todo en el espíritu de la raza? «Alguna disculpa tiene, pues, mi atrevimiento — escribe Cejador — y si con él lograrse echar no sea más que las zanjas y asentar anchos cimientos, y si no descontentándoles la traza, ustedes los que saben u otros que después vinieren quisieran levantar sobre ellos más gallardo y macizo edificio, daríame por bien pagado».

Efectivamente; porque no es posible considerar esta obra como definitiva, sino más bien como un riquísimo minero de noticias y apreciaciones, en el cual el erudito historiador ha expuesto todo cuanto se ha trabajado y escrito sobre literatura castellana, hasta nuestros días, por propios y extraños, prestando así un incalculable servicio a los estudiosos, siendo de mucha utilidad a quienes deseen trabajar en algunos puntos particulares y reuniendo el material necesario para el esperado libro de selección y síntesis, que junte la puntualidad de la información a un criterio estético agudo y moderno.

Sin ánimo despectivo, podemos decir que la obra de Cejador es un vasto almacén, donde todo se encuentra. Por cierto, su información no es siempre de primera mano. Aunque su diligencia y laboriosidad sean tales que imponen respeto, es absolutamente imposible que un hombre lea cuanta obra aparece citada en esta *Historia* y se informe directamente sobre todo lo que contiene en materia de noticias biográficas y bibliográficas,

como que en ella figuran no sólo los escritores de primera y segunda línea, sino hasta los más bajos y olvidados, y no únicamente las obras literarias, sino también las de cultura general, aunque entre estas últimas haya escogido las de mayor momento, sin pretender agotar la inagotable bibliografía. ¿Sorprenderá, pues, que haya en la obra lagunas y se hayan deslizado errores? ¿Sorprenderá que el autor haya repetido algún juicio ajeno, olvidando las comillas, como le ha sido demostrado y es fácil de comprobar por cualquiera que conozca las obras magistrales de la erudición y la crítica en este orden de estudios?

Honestamente, Cejador acompaña todas las citas ilustrativas que reúne respecto de cada punto tratado, como más significativas e interesantes, con la obligada indicación bibliográfica; pero alguna vez, principalmente en los primeros tomos, él ha hablado por boca ajena. Si esta obra no fuese muy personal, si no contuviese muchos valiosos descubrimientos (por ejemplo, su hipótesis sobre el autor del *Lazarillo*) y originales juicios críticos del autor, sobre hombres y libros; si sólo fuera, en una palabra, un baratillo de cosas ajenas, aquellos hurtos serían indisculpables. En el caso presente no cabe hacerle al autor un gravísimo cargo, porque la vastedad de la empresa, la cantidad del material manejado y el tiempo escaso, explican si no justifican, aquellas distracciones.

Que son explicables también por lo siguiente: Cejador es hombre entusiasta, de convicciones estéticas y sociales muy firmes, y toma animosamente partido en pro o en contra de los escritores que le apasionan por cualquier motivo, satisfaciendo o contradiciendo sus gustos e ideas. Entonces hay que verlo: el espectáculo es hermoso. Principalmente concita su entusiasmo el elemento de salud, de fuerza, de espontaneidad que descubre en las obras literarias; lo popular, lo castizo, lo que fluye del genio de la raza. Lo extranjero, el remedo crudito, llámese clasicismo, renacentismo o afrancesamiento, la delicadeza, la medida, le son insoportables: su vocabulario no tiene suficientes adjetivos para alabar lo rudo, franco, desgarrado, viril, o para imprecisar contra lo culto, blando, acicalado, afeminado. Mas, cuando debe tratar de escritores que en ningún sentido le interesan, su pluma pierde el brío y la originalidad, y apenas si alcanza a cumplir con su cometido; es entonces que repite lo ya dicho

Dos útiles elementos contiene por lo tanto esta obra: la abun-

dantísima información y los juicios personales del autor sobre los escritores que le cautivan o enojan. Además, como su título lo declara, no es solamente Historia de la Literatura, sino también de la lengua, principalmente de sus orígenes, y a esta investigación ha aportado Cejador su indiscutible ciencia filológica y su ardiente vascofilia, para exponer y sustentar con argumentos muy dignos de ser tomados en cuenta, su doctrina de la identidad de los antiguos iberos con los éuskaros, y del preponderante elemento éuskaro en el romance castellano.

En la composición de esta *Historia* el autor ha seguido el orden cronológico: «orden riguroso de años en los cuales se imprimió la primera obra de cada autor, desde que hubo imprenta, o en los cuales se compusieron, antes de haberla, esto es, del tiempo en que cada uno comenzó a darse públicamente a conocer por sus escritos: tal ha sido mi pauta». (Carta a Bonilla, antes citada). Su dominante criterio estético, como ya dijimos, ha sido el de rechazar lo extraño y postizo y ensalzar el cultivo de lo nacional, según las cualidades del sentir de cada nación, que en eso consiste imitar el arte griego. «En España cultivar el realismo es imitar a los griegos cuanto a su idealismo; ahondar en nuestra historia, leyendas y espíritu es imitarles cuanto a su mitología.» (Carta citada). «Lo nacional es lo único natural y grande en cada pueblo. Tal es la razón de mi criterio, que pudiéramos llamar democrático y que no es mío, sino de la ciencia y de la estética moderna, para la cual vale más un cantar enteramente popular que el mejor poema erudito, si no es popular a la vez». (Ibid.).

Los tomos VI y VII, este año publicados, comprenden a los autores hispano-americanos, ordenados cronológicamente al lado de los españoles, sin distinción alguna. Así, entre Mesonero Romanos y Estébanes Calderón, aparece intercalado Ascasubi; entre Ayguals de Izco y Donoso Cortés, Echeverría. Damos el criterio por lo que vale. Es interesante, sin embargo, encontrarnos con nuestros escritores, ampliamente tratados, en esta Historia literaria compuesta por un español: los juicios respecto de aquéllos casi nunca son personales; en cambio, la bibliografía, si no completa, es rica y variada, no faltando en ella los juicios de muchos escritores contemporáneos. Puede así imaginarse el lector con qué interés aguardamos el último tomo que llegará hasta nuestros días y para cuya composición ruega Cejador a

los escritores contemporáneos y a los amigos de los escritores poco ha difuntos, le faciliten las noticias biográficas y bibliográficas necesarias.

El tomo VI trata de la época que corre de 1701 a 1829, de erudición y crítica, de lucha del arte nacional y del seudoclasicismo francés; el VII trata de la *época romántica* (1830-1850), iniciando el estudio de los escritores con el juicio sobre Larra, precedido de un extenso examen de la naturaleza y orígenes del Romanticismo, de la aparición del romanticismo en España, de la independencia y el romanticismo en América, y de los géneros románticos cultivados. El tomo VIII, próximo a aparecer, abarcará la primera parte de la *época realista*, hasta la Revolución: de 1850 a 1869.

**Cervantes**, por Paolo Savj López. Traducción del italiano por Antonio G. Solalinde. — *Casa editorial Calleja*. Madrid, 1917.

Anunciamos algunos meses atrás la aparición de este nuevo libro sobre Cervantes. Lo publicó el culto hispanista italiano Paolo Savj López, en 1913 (Nápoles — Ricciardi), con aplauso de los entendidos, y lo ha traducido al castellano para la *Biblioteca Calleja*, don Antonio G. Solalinde.

Lo consideramos uno de los más notables estudios escritos hasta la fecha sobre la obra cervantina, ensayo que es digna muestra de la moderna crítica italiana, que convierte su labor en creación personal, a la cual la erudición sirve de sostén interno y no de pesado y visible andamiaje.

Nada de enojosos tiquismiquis bio-bibliográficos ni de fatigosísimas notas. El autor correlaciona, estudia en todas sus faces y coloca en su ambiente histórico la vida y obra de Cervantes, con desenvuelta naturalidad, tratándola como materia fresca y viva y no como fósiles tricentenarios, en seis amplios y animados capítulos que llevan por título: Introducción, Cervantes árcade, Don Quijote, Las Novelas Ejemplares, El autor dramático y La última novela. Obra humana, aunque inmortal, hizo Cervantes, y como tal deleznable, falsa, equivocada en más de una ocasión; no lo oculta el crítico italiano, al contrario, porque su empresa no es de ciega adoración sino de alerta examen, y por lo mismo nos es más simpática, por inteligente, comprensiva y franca.

**Miguel de Cervantes Saavedra.** Reseña documentada de su vida, por Jaime Fitzmaurice-Kelly. Traducción española con adiciones y enmiendas, revisada por el autor. Humphrey Milford. En las Prensas de la Universidad de Oxford, 1917.

Esta obra sobre Cervantes del ilustre hispanista inglés Jaime Fitzmaurice-Kelly, profesor de la cátedra cervantina en la Universidad de Londres, es cosa muy distinta de la de Savj López, que acabamos de comentar. Aquí interesa al crítico sólo la vida del famoso manco, y no nos ha ahorrado puntualísimos documentos y notas para informarnos sobre ella del modo más ajustado a la verdad. Ahora bien, como los documentos son muchas veces insuficientes o contradictorios, no son pocas las veces en que Fitzmaurice-Kelly, para decir toda la verdad, resuelve, en la duda, abstenerse. Quien quiera enterarse de lo que se sabe hasta la fecha *incuestionablemente* sobre Cervantes, de lo que se cree sin tener pruebas decisivas, de lo que se conjetura y sospecha y de lo que se ignora, no tiene más que leer esta minuciosísima biografía, compuesta según los más prudentes cánones de la crítica erudita moderna. Ella está en la tradición de las clásicas obras de Mayáns, Pellicer y Navarrete, completadas por toda la documentación descubierta posteriormente, en principalísimo lugar por los 161 documentos inéditos aportados en 1897 y 1902 por el benemérito Cristóbal Pérez Pastor, que hicieron necesario volver a escribir la vida de Cervantes. Esta obra ha llenado esa necesidad. Su polo opuesto lo representa el admirable libro de Francisco Navarro y Ledesma, titulado *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* (1905), quien también hizo uso de la rica contribución de Pérez Pastor, aunque con distinto criterio: allí donde Fitzmaurice-Kelly anota el dato, secamente, Navarro y Ledesma reconstruye la escena; allí donde el inglés declara, por falta de pruebas: «no sé», el español, inventa. Sin duda tiene razón Fitzmaurice-Kelly cuando dice: «Leyendo a Navarro y Ledesma, no está uno seguro nunca de si una afirmación dada corresponde a un hecho averiguado o a una divagación de la fantasía»; no obstante, ¡con cuánto mayor placer que la reseña documentada se lee la biografía novelesca, y cómo surge de ésta, más completa y más palpitante de vida, la figura del discípulo de López de Hoyos, del soldado de Lepanto, del cautivo de Argel, del desdichado alcabalero y proveedor, del dramaturgo fracasado, del novelista popular aunque incomprendido, del genio más *humano* que recuerde la

historia de la literatura! No queremos con esto menoscabar los méritos de la biografía del reputado hispanista: una y otra obra cumplen con su objeto; la una hacernos *ver*, así sea con los ojos de la fantasía, al famoso manco y a la España de su tiempo; la otra decirnos con la mayor exactitud la verdad hasta ahora alcanzada sobre los casos de su contrastada vida. Toda la verdad. Porque, como muy bien lo dice en su prefacio Fritzmaurice-Kelly: «Cervantes no ha menester de un apologista».

R. G.

## NOTAS Y COMENTARIOS

### La Presidencia de la Universidad de La Plata.

En sustitución del doctor Joaquín V. González, fundador y presidente durante varios períodos, de la Universidad de La Plata, la asamblea de profesores, con asistencia de 142, eligió el 18 de este mes, al doctor Rodolfo Rivarola, actual decano de la Facultad de Filosofía y Letras, quien se hará cargo de su nuevo puesto el 17 de marzo próximo. 85 votos obtuvo en segunda votación el doctor Rivarola, contra 55 que obtuvo el doctor José Nicolás Matienzo, y algunos votos dispersos.

Calurosamente nos felicitamos de esta elección, que ha llevado a aquel representativo cargo a uno de los universitarios más prestigiosos del país, hombre ecuaníme y sereno sobre toda ponderación, a la vez que no sordo a los reclamos del momento, como lo ha demostrado en toda circunstancia, y en estos últimos tiempos asumiendo íntegramente la responsabilidad de sus opiniones en materia internacional, predicando en el periódico y la tribuna, con toda gallardía, la ruptura de relaciones con Alemania. Pero debemos felicitarnos de esta elección los que nos interesamos por nuestra cultura y la Universidad, que muy especialmente la representa, por varios otros motivos: porque el doctor Rivarola cree en la juventud y estimula y protege a los jóvenes; porque mira al porvenir; porque no es un político profesional; porque ha sido nombrado por sus cabales, por su alta autoridad de estudioso y sus dotes personales, y no por influencia gubernativa — muy al contrario —; porque es un filósofo y un moralista con una clara visión acerca de las cuestiones teóricas y prácticas de nuestra organización social, de nuestro régimen jurídico, de nuestro sistema educativo, y no un técnico limitado a su especialidad: en fin, porque el doctor Rivarola como director de la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* es un publicista de alta escuela, y para nosotros un colega cuya simpatía nos honra y enorgullece.

### Nuestro décimo aniversario.

A las manifestaciones de simpatía con que fué acogido por el periodismo y los intelectuales argentinos y uruguayos, nuestro décimo aniversario, de que dimos cuenta en el número de septiembre, se han agregado posteriormente las voces amigas de toda América y Europa, que han llegado y siguen llegándonos en diarios y cartas.

Haciendo una excepción, transcribimos la nota con que nos ha saludado *El Mercurio* de Santiago, por tratarse de la palabra del más autorizado diario de Chile, país en donde un juvenil y valiente núcleo de hombres de letras mantiene con los escritores argentinos muy cordiales relaciones morales e intelectuales, y por parecernos ver detrás de las generosas palabras que siguen, el claro espíritu del más prestigioso crítico chileno, Armando Donoso.

Dijo *El Mercurio*, el pasado 16 de diciembre:

«Diez años de vida acaba de cumplir la revista NOSOTROS de Buenos Aires, que es, sin lugar a dudas, la mejor de su género en América.

En los dos lustros que ha vivido desde que comenzó a aparecer, su dirección ha sabido mantener en sus páginas elevación, cordura y buen gusto, haciendo de NOSOTROS una libre tribuna de la más alta intelectualidad americana y europea. Sus directores, los señores Alfredo Bianchi y Roberto Giusti, no han omitido sacrificios para su mantenimiento periódico, que ha tenido que luchar con crudas dificultades sobre todo durante los primeros días de la guerra mundial.

Durante estos sus primeros diez años, NOSOTROS ha registrado en sus páginas las firmas más conocidas y prestigiosas de América: entre otras recordamos las de Rodó, Rubén Darío, Ricardo Rojas, Roberto Giusti, Paúl Groussac, Amado Nervo, Rufino Blanco Fombona, José Ingenieros, Luis Urbina, Alfredo Bianchi, Francisco García Calderón, Manuel Ugarte, Ernesto Quesada, Emilio Rodríguez Mendoza, Arturo Capdevila, y tantos otros que sería largo enumerar. No pocos escritores chilenos han colaborado frecuentemente en sus páginas como ser: Francisco Contreras, Rafael Maluenda, Emilio Rodríguez Mendoza, Pedro Prado, Alberto Mauret Caamaño, Ernesto A. Guzmán.

Con motivo de la muerte de Rubén Darío y de José Enrique Rodó publicó NOSOTROS números especiales de homenaje a tan

prestigiosos escritores que constituyen una honra de las letras americanas».

### «Inter-América».

Ha aparecido en Nueva York, bajo el título de *Inter-América*, una interesante revista destinada a circular en las repúblicas americanas.

La publicación de *Inter-América* empezó en mayo de este año. Los primeros tres números fueron editados en español, consistiendo en artículos tomados de revistas publicadas en los Estados Unidos y vertidos a dicho idioma. En octubre ha aparecido el 1.º número de la edición inglesa en que se publican artículos tomados de revistas americanas. En el futuro las ediciones española e inglesa se alternarán mensualmente.

Su propósito es alimentar la comunidad de intereses entre el público lector de las naciones de América, venciendo por medio de la traducción recíproca, la barrera del lenguaje que se había interpuesto para la difusión de las ideas corrientes entre los americanos de habla española y portuguesa y los americanos de habla inglesa.

*Inter-América* ha sido fundada por la Dotación Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos fines es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de diversos países, y fomentar la comprensión recíproca y la buena inteligencia entre las naciones.

Los sumarios de este «órgano de intercambio intelectual entre los pueblos del Nuevo Mundo», son abundantes, cuidadosamente escogidos y muy variados: literatura amena, arte, educación, ciencias sociales, filosofía. El precio de cada ejemplar es módico: 15 céntimos de dólar, y más lo es el de suscripción.

Publicamos a continuación el sumario del primer número de la edición inglesa, con la procedencia de cada artículo:

X. X. X: *Rubén Darío* (del *Ateneo de El Salvador*, San Salvador); Froylán Turcios: *The Parricide* (del *Ateneo de Honduras*, Tegucigalpa); Pablo Groussac: *The Congress of Tucuman* (de *El Hogar*, Buenos Aires); Armando Donoso: *Rodó: An evocation of the spirit of Ariel* (de NOSOTROS); Ramiro de Maeztu: *Necessity in law* (de la *Colección Eos*, San José de Costa Rica); Angel Pino: *A Parisian Bargain Day in Chile: Santiago Gossip* (del *Pacífico Magazine*, Santiago); Francisco F. Fernán-

dez: *The Will of Life* (de la *Revista de Filosofía*, Buenos Aires); C. Villalobos Domínguez: *In Praise of empleomanía* (de NOSOTROS); Ernesto Nelson: *Esthetic education* (de la *Revista de Filosofía*, Buenos Aires); Ernesto J. J. Bott: *The Commerce of the United States with Latin-America during the war* (del *Boletín Mensual del Musco Social Argentino*).

A los artículos traducidos, en ambas ediciones, acompañan noticias ilustrativas y breves datos biográficos sobre los autores.

La dirección de *Inter-América* es ésta: 407 West 117th. Street, New York.

### Constancio C. Vigil.

Constancio G. Vigil, copropietario y director acaese su fundación del difundido semanario *Mundo Argentino*, se ha retirado de la dirección de nuestro colega.

No sin pesar, que ha sido el pesar de muchos, vemos alejarse de aquella simpática revista, al noble escritor uruguayo. En sus manos, *Mundo Argentino* habíase vuelto algo más que un semanario culto y ameno; de él hizo también un órgano de difusión, entre el pueblo, de sanas ideas, combatiendo valientemente en pro de algunas generosas causas: por la paz, acompañada de la justicia, entre los hombres; por la libertad del espíritu, contra todo fanatismo religioso; por el impuesto único; por la elevación física y moral de las clases populares.

Bellas y elevadas páginas ha dejado Vigil en las *notas* de su revista, nacidas de sus francas reflexiones sobre las vicisitudes materiales y morales de esta tierra; coleccionadas hace poco, muchas de ellas, en un libro, *El Erial*, mostráronle ser un periodista de los buenos, con ideas e ideales, ágil de estilo, valiente en la expresión.

En este momento en que abandona la que fué por muchos años su casa, nos es grato saludarle con afecto.

NOSOTROS.

---

# NOSOTROS

Año XI — Tomo XXVII

## ÍNDICE

	Páginas
<b>A</b>	
<b>Albasio Francisco</b> .....	Letras italianas..... 252, 533
<b>Albino Américo H.</b> .....	Ciencias Sociales ..... 405
<b>Aymerich Juan</b> .....	Motivos de la ciudad (versos)... 300
<b>B</b>	
<b>Barreda Ernesto Mario</b> .....	Un canto y una respuesta..... 176
<b>Berisso Emilio</b> .....	Crepúsculo de otoño (de Paul Groussac) ..... 160
<b>Bernárdez Juan Carlos</b> .....	Poesías ..... 200
<b>Bianchi Alfredo A.</b> .....	Discurso en el banquete a los Directores de NOSOTROS..... 97
'    '    '.....	Teatro Nacional..... 257, 409
'    '    '.....	El teatro argentino en el año 1917 548
'    '    '.....	La crítica uruguaya y el teatro argentino..... 551
<b>Bonet Carmelo M.</b> .....	Don Quijote y Sancho en América..... 65
<b>Bufano Alfredo R.</b> .....	Estancias (versos)..... 231
<b>C</b>	
<b>Capdevila Arturo</b> .....	La muerte de Urania (versos).. 45
<b>Caro E.</b> .....	Stendhal: El hombre. Su libro y su teoría del amor..... 202
'    '    '.....	Stendhal: Sus novelas y su crítica de arte..... 324
<b>D</b>	
<b>Dickmann Enrique</b> .....	Discurso en el banquete a los directores de NOSOTROS..... 107
<b>Dirección La</b> .....	Hacia la ruptura..... 5
'    '    '.....	La fiesta de NOSOTROS..... 88

	Páginas
<b>F</b>	
Friedrich Hans .....	La filosofía de la Pampa..... 471
<b>G</b>	
Gache Roberto.....	La vida de Buenos Aires..... 234
Gálvez Manuel.....	Discurso en el banquete a los directores de NOSOTROS..... 103
Giusti Roberto F.....	Discurso en el banquete a los directores de NOSOTROS..... 94
» » ».....	Letras argentinas..... 241, 387
» » ».....	Discurso en el Homenaje a Hugo de Achaval..... 380
» » ».....	«La sombra del convento»..... 517
González Gastellú Pedro.....	La canción de un niño (versos).. 514
Guillot Víctor Juan .....	Monólogo del hombre de treinta años..... 453
Guzmán Ernesto A.....	Los nuevos poetas de Méjico... 289
<b>H</b>	
Herrero Ducloux E.....	Del diario de mi amigo..... 311
<b>I</b>	
Ibarguren Carlos.....	Discurso en el banquete a los directores de NOSOTROS..... 91
<b>L</b>	
Lacoste Lilia.....	Una visita al castillo de San José. 315
Lagorio Arturo.....	Letras americanas..... 122, 395
<b>M</b>	
Malagarriga Carlos C.....	Letras españolas..... 247, 528
Manigot Cáceres Marcelo.....	Elevación (versos)..... 353
Mariano Olegario.....	Poesías..... 85
Martínez Estrada Ezequiel.....	Tesoros velados..... 193
» » ».....	El estímulo de vivir..... 457
Mercante Víctor.....	Teoría de la vocación..... 302
» » ».....	Significado pedagógico de la vocación..... 433
Molinari Diego Luis.....	Vélez Sársfield y el Código Civil Argentino..... 114
» » ».....	Bibliografía histórica: Artigas y la independencia Uruguaya.. 539
Molins W. Jaime.....	El odio (cuento)..... 496
Mom Arturo S.....	Íntimas (versos)..... 384
<b>N</b>	
Noé Julio.....	Ángel de Estrada (hijo)..... 145
» » ».....	«Gris», poesías de Pedro Miguel Obligado..... 510
«Nosotros».....	Notas y Comentarios 143, 284, 430, 570

		O	
Obligado Pedro Miguel.....	Poesías.....		321
Orgaz Raúl A.....	Córdoba en la segunda mitad del siglo XVIII.....		162
<b>P</b>			
Palcos Alberto.....	Filosofía y Psicología.....		117
Peña David.....	Elogio de Avellaneda.....		14
Pi Wifredo.....	El concepto nietzschiano y la Alemania actual.....		187
Pinto Escalier Arturo.....	Palabras (versos).....		492
<b>Q</b>			
Quesada Ernesto.....	Avellaneda juzgado por Peña...		9
<b>R</b>			
Redacción La.....	Homenaje a Hugo de Achaval..		379
Ricciardi Aquiles.....	El teatro impresionista.....		181
Rivarola Rodolfo.....	NOSOTROS, en su décimo aniversario.....		112
Rocuant Miguel Luis.....	La palabra.....		446
<b>S</b>			
Salaverri Vicente A.....	Idearium.....		485
Sicardi Francisco A.....	A propósito del décimo aniversario de NOSOTROS.....		110
Silva Goy de.....	Poesías.....		467
Soussens Carlos de.....	Triptyque pour Thérèse Wilms Mont.....		443
<b>T</b>			
Talamón Gastón O.....	Crónica musical... 128, 264, 413,		554
Testena Folco.....	Augusto Rodin (con grabados)..		361
Torrendell J.....	La cultura catalana.....		78
	Los libros y los hechos.....		507
<b>V</b>			
Vallenilla Lanz Laureano.....	Refutación a un libro argentino: «La Argentinidad».....		369
Vázquez Cey Arturo.....	A Cristóbal Colón (versos).....		61
Velasco Carlos de.....	Un duelo de América: Rodó...		49
<b>X</b>			
X. X.....	Libros varios..... 138. 275. 421.		561
<b>Z</b>			
Zubillaga Juan Antonio.....	Algunos recuerdos de Rodó...		355